

Volver a: [www.jesuscampos.com](http://www.jesuscampos.com)

GERBERTO DE AURILLAC

La cabeza del diablo



de Jesús Campos García

OBRA EN LA QUE SE REPRESENTA LA HISTORIA DE

# *GERBERTO DE AURILLAC*

ARABISTA, MATEMÁTICO, MECÁNICO, INVENTOR Y FILÓSOFO MAESTRESCUELA DE REIMS;  
EL CUAL OCUPÓ EL SOLIO PONTIFICIO EN LAS POSTRIMERÍAS DEL MILENIO CON EL NOMBRE DE SILVESTRE II,  
Y DE QUIEN SE DIJO, SIN MAYOR FUNDAMENTO, QUE LLEGÓ A POSEER

## *LA CABEZA DEL DIABLO*

LA ACCIÓN TRANSCURRE EN  
CÓRDOBA, ROMA, REIMS, RÁVENA, PATERNO Y JERUSALÉN (?)  
HACE SÓLO UNOS 1000 AÑOS.

## DRAMATIS PERSONAE

PARA UN ELENCO DE 20 INTÉRPRETES

1. CABEZA PARLANTE
2. YUSUF (COMERCIANTE Y FINANCIERO)
3. GERBERTO DE AURILLAC (SILVESTRE II, PAPA)
4. BEN ABI AMIR (ALMANZOR)
5. MANIPULADOR (MARIONETISTA)
6. RAMÓN BORRELL (CONDE DE BARCELONA)
7. JUAN XIII (PAPA)
8. DAMIANO (TEÓLOGO)
9. OTTON II (EL "ROJO")
10. ARZOBISPO DE SENS
11. ARZOBISPO DE TOURS
12. ARZOBISPO DE BOURGES
13. AIRARDO (MANDATARIO)
14. ADELAIDA (MADRE DE OTTON II)
15. TEOFANÍA (MADRE DE OTTON III)
16. HAIY ABBAS (FÍSICO PERSA)
17. MAYORDOMO
18. ABEN MASARRA (TEÓLOGO SUFÍ)
19. SARA (HIJA DEL RABINO BEN ANOC)
20. OTTON III
21. CONSEJERO
22. GREGORIO V (PAPA)
23. JUAN XVI (ANTIPAPA)
24. TÚSCULO (NOBLE ROMANO)
25. CRESCENZIO (PATRICIO DE ROMA)
26. ESTEFANÍA (MUJER DE CRESCENZIO)
27. SIERVO
28. DAMA
29. CARDENAL
30. LA MUERTE

Así como DAMAS, MANIPULADORES, CLÉRIGOS, NOBLES, HOMBRES DE CIENCIA, SIERVOS, FRAILES, ARMADOS, VERDUGOS, CARDENALES Y PAJES.



## ACTO I

### ESCENA 1ª

(Córdoba, 960 d. C. / 344 H.)

*Rayos y centellas. Entre nubes, un haz de luz ilumina la CABEZA barbada que, suspendida en el aire, se muestra sobre una bandeja. De inmediato, una lengua de fuego sale de su boca, al tiempo que un bramido atruena la sala. Tras el bramido, siguen otros ruidos de naturaleza imprecisa.*

*En la penumbra, iluminándose con un farol de calabaza, los jóvenes GERBERTO de Aurillac, BEN ABI AMIR y YUSUF.*

CABEZA.— Sírveme y te serviré.

*GERBERTO muestra cierto temor, si bien se sobrepone.*

CABEZA.— Obra según mis fines y tus ruegos serán cumplidos.

*La CABEZA gira suavemente a derecha e izquierda.*

CABEZA.— Sírveme y te serviré.

*Silva el viento. Grazna un grajo.*

CABEZA.— Cumple mis deseos y te colmaré en aquello que demandes.

*Relámpagos y truenos sacuden la escena.*

YUSUF.— Impresionante, ¿no?

GERBERTO.— Curioso, diría yo.

CABEZA.— Sírveme y te serviré.

*Su mirada (láser) penetra la oscuridad.*

CABEZA.— Ofréceme tus diezmos y, antes de cinco lustros, habré quintuplicado tu fortuna.

*La CABEZA vuelve a bramar y una lengua de fuego sale de su boca, sin que GERBERTO haga el menor aspaviento.*

GERBERTO.— ¿Y eso es todo lo que sabe hacer?

YUSUF.— También hace conjuros con los que doblegar la voluntad.

GERBERTO.— Pues no es mucho.

YUSUF.— Y supura una pócima por los orificios del degüello que propicia los lances de amor.

*Silba el viento.*

CABEZA.— Sírveme y te serviré.

*Graznidos de grajo.*

CABEZA.— Sométete a mi voluntad y te convertiré en el más poderoso de los mortales.

*Relámpagos y truenos.*



GERBERTO.— (A YUSUF.) Parad el ingenio parlante. Y que cesen los trucos.

YUSUF.— ¿No os gustó el artificio?

GERBERTO.— (Decepcionado.) Esperaba otra magia menos marionete-  
ra.

*A un gesto de YUSUF, la CABEZA se detiene, cesan los efectos  
y se normaliza la escena.*

BEN ABI AMIR.— Pues a mí me ha parecido prodigioso. Y muy convin-  
cente.

GERBERTO.— Dudo que semejante patraña pueda convencer a nadie  
que no esté previamente convencido.

YUSUF.— Córdoba está llena de cabezas parlantes; pero ninguna al-  
canza tanta perfección.

GERBERTO.— Seguro. Tan seguro como que ésta no puede ser la Ca-  
beza que atesora la ciencia del mal. Así que, por mí, ya pueden  
desmontar el tingladillo.

BEN ABI AMIR.— ¿La ciencia del mal? ¿Qué pretensión es esa?

GERBERTO.— No busco artilugios de invención humana; ingenios que  
gesticulan accionados por muelles y resortes. Estas son industrias  
que nada tiene que ver con la sabiduría. (Con sorna.) Aunque se  
fundamenten en saberes tan antiguos como antigua es la necesi-  
dad que tienen los indigentes de escuchar la promesa de su for-  
tuna.

YUSUF.— (A los MANIPULADORES, visiblemente contrariado.) Ya ha-  
béis oído. Podéis recoger los aparejos.

*Entre las cortinillas aparecen las cabezas barbadas de los  
MANIPULADORES, cuyo parecido con la CABEZA parlante es  
muy evidente.*

MANIPULADOR.— ¿No resultó de vuestro agrado?

GERBERTO.— ¡Oh, sí, sí! Sorprendente. Y de mucho mérito. Pero... no  
es lo que ando buscando.

*A una señal de YUSUF, los MANIPULADORES comienzan a  
desmontar el tingladillo.*

BEN ABI AMIR.— Desconozco cuáles son vuestros fines, pero un hom-  
bre culto, como vos, que se valiera de estos artificios, bien podría  
ganarse el sustento.

GERBERTO.— Magos que se quitan el hambre prometiendo fortuna a  
los hambrientos, ya los hay por docenas en Aquitania. No, no he  
venido hasta al-Ándalus para volver cargado con un autómeta.

YUSUF.— Pues ni en Siria —donde, según se cuenta, se concibió la ca-  
beza del mal— encontraréis nada mejor.

GERBERTO.— ¡Cómo según se cuenta? Os lo he contado yo.

YUSUF.— (Cogido en falta.) Bueno, sí.

BEN ABI AMIR.— ¿Qué historia es ésta?

YUSUF.— Una muerta a la que violaron en su tumba y que, al parecer,  
engendró en sus entrañas...

GERBERTO.— (*Incómodo por la presencia de los MANIPULADORES.*) Una alegoría. Probablemente, sólo una alegoría que no conviene publicar en exceso. (*A YUSUF.*) Así que dejaos de historias y aflojad la taleguilla.

YUSUF.— (*Asegurándola.*) ¿La taleguilla? ¿Qué taleguilla?

GERBERTO.— ¡La faltriquera! Pero vengan acá los cuarenta maravédies que os anticipé por nada.

YUSUF.— ¡Por nada? Yo he cumplido mi parte del trato.

GERBERTO.— (*Tira de daga con facilidad y, pendenciero, le empuja con ella en la barriga.*) No os confundáis conmigo.

YUSUF.— (*Aterrado.*) No no no... no juguéis con el acero, que soy de piel blanda.

MANIPULADOR.— (*Respaldado por sus ayudantes.*) ¿Qué es lo que pasa ahí?

BEN ABI AMIR.— Tranquilos, que son bromas de amigos.

MANIPULADOR.— (*A YUSUF.*) ¿Es verdad eso que dice?

YUSUF.— (*Que no las tiene todas consigo.*) Más me valga.

BEN ABI AMIR.— (*A los MANIPULADORES.*) Vosotros seguid con lo vuestro, que ya tercio yo en esta contienda. (*A GERBERTO.*) Y vos, guardad esa daga, no sea que se nos vaya por las patas abajo.

*Los MANIPULADORES continúan recogiendo sus bártulos, si bien atentos a lo que acontece.*

GERBERTO.— (*Apartándose.*) Pues que me muestre la Cabeza del Diablo, tal como me prometió.

BEN ABI AMIR.— ¿Prometisteis tal cosa?

YUSUF.— Yo hablaba de autómatas. A saber lo que él entendería.

GERBERTO.— Puede que me equivocara el afán; pero vos me alentasteis en el error. (*Dice señalándolo con la daga antes de enfundarla.*)

BEN ABI AMIR.— (*A GERBERTO.*) Y, si no es un ingenio parlante, ¿qué cabeza es la que buscáis?

GERBERTO.— (*Apartándolos, para no ser oído por los MANIPULADORES.*) La del Diablo, la verdadera, la engendrada en el vientre de la muerte con el semen del mal.

BEN ABI AMIR.— ¡Anda ahí mi madre! Pues no es mal empeño.

YUSUF.— ¿Y en serio pensasteis que si yo supiera el modo de encontrar un prodigio así iba a seguir de mercader, pudiendo ser el amo del mundo?

GERBERTO.— ¿En pago de qué, si no, iba a daros semejante fortuna?

YUSUF.— ¡Fortuna, decís? Y apenas si alcanzó para cubrir los gastos.

BEN ABI AMIR.— No sé qué gasto pudo haceros con venir caminando desde Tarragona.

YUSUF.— ¡Lo que faltaba! ¿No estaréis de su parte? Le proporcioné el salvoconducto, que jamás hubiera cruzado las marcas de no venir



en mi caravana. Tuvo comida y fuego. (A GERBERTO.) Además, dispusisteis de los carros a vuestro antojo.

GERBERTO.— Cierto, nunca lo negué. (*Subiendo el tono para hacerse oír por los MANIPULADORES.*) Tan cierto como que holgué con las esclavas tantas veces como me vino en gana.

YUSUF.— (*Por bajo.*) ¿Queréis callar? ¿No veis que me buscáis la perdición?

BEN ABI AMIR.— ¡Holgasteis con las concubinas del Califa?

YUSUF.— No, si conseguiréis que me crucifiquen.

*Los MANIPULADORES, que han acabado de recoger, escuchan interesados.*

YUSUF.— Y vosotros, si habéis acabado de plegar, podéis marchar en buena hora.

MANIPULADOR.— Si queréis, nos quedamos.

BEN ABI AMIR.— Marchad tranquilos, que ya me encargo yo de que no llegue la sangre al río.

YUSUF.— Aunque mejor no os marchéis del todo, por si fuera necesario vuestro concurso.

MANIPULADOR.— Pues ahí nos tenéis, apostados en el adarve, para lo sea menester.

*Los MANIPULADORES salen, llevando en un carromato los utensilios de la ficción.*

BEN ABI AMIR.— (A GERBERTO.) ¿Y es cierto que las holgasteis? (A YUSUF.) Conmigo nunca tuvisteis un detalle así.

YUSUF.— Ya veis, puso su mano en ellas antes que el Califa, y aún anda quejoso.

GERBERTO.— Media Tarragona ha puesto su mano en ellas antes que el Califa. Y la otra media no sólo puso la mano.

BEN ABI AMIR.— Pues si eso llegara a saberse, los mismos que te hacen rico te harían muerto.

YUSUF.— Que un rayo me parta si no han llegado tan intactas como cuando me las confiaron.

GERBERTO.— Bien cosidas sí que están.

YUSUF.— Vírgenes o remendadas, como salieron de Tarragona, así las entregué a los eunucos de la Ruzafa. (A GERBERTO.) Salvo que abusarais de mi confianza.

GERBERTO.— Yo sólo las sodomicé, que fue lo que convinimos.

BEN ABI AMIR.— Pues si eso fue así, cosed vuestros labios como alguna buena madre debió coser a esas doncellas, o la próxima cabeza parlante que encontremos en el zoco será la de Yusuf... degollado. (*Y ríen.*)

YUSUF.— Sí, vosotros reiros.

GERBERTO.— No hará falta que nadie lo proclame. Que en cuanto las vean moverse, hasta el más necio sabrá que han sido iniciadas en las artes del harén.



YUSUF.— No sé qué malicia le veis a que sean voluptuosas. Para eso las llevan a Cataluña.

BEN ABI AMIR.— Creía que era para que aprendieran el idioma.

YUSUF.— También. En la escuela de traductores, que allí fue donde le conocí. *(Dice señalando a GERBERTO.)* Pero, sobre todo, para que las enseñen a seducir nuestros cátedros de Tarragona.

GERBERTO.— Buen oficio para un fraile huido. Que en vez de arabizarles el eslavo, más me hubiera valido sentar cátedra carnal e impartirles lujurias.

BEN ABI AMIR.— ¡Fundemos academia en las riberas del Betis!

YUSUF.— ¡Alto ahí! No os confundáis, que allí nadie las instruye en el fornicio, que tales prácticas acarrearían la pérdida del paraíso.

GERBERTO.— Pues no se me alcanza mejor paraíso que el de ser zorro guardando gallinas, y lo que es más placentero: enseñándolas a zorrear.

BEN ABI AMIR.— Oyéndoos hablar, nadie diría que sois hombre de Iglesia.

GERBERTO.— Benedictino, en el monasterio de San-Géraldo de Auriillac, pero de eso hace ya más de seis meses. Y mejor si no se advierte, que tal condición no es lo más conveniente para mis fines. *(A YUSUF.)* Pero volvamos a lo que importa, y aflojad la taleguilla.

YUSUF.— ¿En esas andamos todavía? *(A BEN ABI AMIR.)* Terciad vos y acabemos el pleito en mala hora. Que ya me arrepiento de haberle servido por tan poco.

BEN ABI AMIR.— ¿Queréis que me pronuncie como jurisconsulto?

YUSUF.— Si él se aviene...

GERBERTO.— ¿Habéis estudiado jurisprudencia?

BEN ABI AMIR.— Y literatura. Pero el saber no vale de nada si no se tienen valedores. Por eso me establecí como telero junto al palacio califal.

YUSUF.— *(Encomiándolo.)* Es proveedor de paños y brocados.

BEN ABI AMIR.— De momento. No es fácil introducirse en la corte como letrado. Aun así, ya les hice algún trabajo para la biblioteca, como copista.

YUSUF.— A la princesa Subh, esposa de al-Hakam, le ha hecho, sí, algún trabajo; aunque no sabía que a tales menesteres se les llamara copistería. *(Risas.)*

BEN ABI AMIR.— Podéis reiros, pero acabarán nombrándome cadí de alguna cora importante. La de Sevilla, que no quisiera alejarme de las riberas del Guadalquivir.

GERBERTO.— Siendo así, qué mejor juez para nuestro litigio.

BEN ABI AMIR.— *(A YUSUF.)* ¿Acataríais mi sentencia?

YUSUF.— *(Encogiéndose de hombros.)* Con tal de dar el pleito por zanjado...

BEN ABI AMIR.— *(A ambos.)* En ese caso, debéis darme un dinar.

YUSUF.— ¿Vais a ponerle precio a vuestro juicio?

BEN ABI AMIR.— La justicia hay que valorarla o no tendrá valor.

GERBERTO.— *(Con sorna.)* Esto de aseguraros el salario, a fe que os acredita como hombre de leyes. *(Y le da la moneda.)*

YUSUF.— *(Dándole también la suya de mala gana.)* Y bien, ¿cuál es vuestra sentencia?

BEN ABI AMIR.— Oídas las partes —que poco más, supongo, tendréis ya que alegar—, en las consideraciones, considero: que, si bien es cierto que os trajo al Califato, no lo es tanto que la cabeza que manipulaban esos pobres diablos sea cabeza diabólica.

YUSUF.— ¡Sobra ya la sentencia!

BEN ABI AMIR.— Y en consecuencia, dictamino que os sean devueltos treinta de los cuarenta maravedíes *(A YUSUF.)*, quedando el resto en pago del salvoconducto y de los gastos que os pueda haber ocasionado. *(A GERBERTO.)* Ahora bien, si algún día llegarais a poseer tan portentosa cabeza, deberéis volver a al-Ándalus para hacernos partícipes de vuestra fortuna.

YUSUF.— ¿Y las esclavas? ¿Es que no valoráis en nada la holganza con mujeres tan blancas y perfumadas?

BEN ABI AMIR.— ¡Ah!, eso ya... Si consideráis que debe pagar por su disfrute, que sea el Califa quien se lo reclame; puesto que son suyas.

YUSUF.— *(A BEN ABI AMIR.)* ¿Y vos sois un amigo? *(Y retira algunas monedas antes de darle la taleguilla de mala gana.)*

BEN ABI AMIR.— *(Según la recibe.)* El prestigio de un cadí se fundamenta en su imparcialidad, y si aspiro a la judicatura del Califato,

mal puedo prestarme a componendas; y menos en pleito de tan poca monta. *(Y se la da a GERBERTO)*

GERBERTO.— Por mi parte, acato la sentencia; aunque yo reclamaba los cuarenta. *(A YUSUF.)* Y alegrad esa cara, que en cuanto encuentre la Cabeza —que la encontraré—, esta sentencia aumentará vuestra fortuna.

YUSUF.— ¿En serio lo creéis?

GERBERTO.— Así me fue revelado en un sueño.

YUSUF.— ¿A cuánto no ascendería mi fortuna si diera por ciertos los beneficios que se obtienen en los sueños? Yo vivo de los negocios, y no de las quimeras.

GERBERTO.— No, no hablo de ensoñaciones, sino del éxtasis provocado con un bebedizo de eléboro negro que una madre abadesa nos trajo de los Santos Lugares. *(Afectándose con la narración.)* Un sueño místico. En él se me apareció el diablo en forma de fiera, atronándome el alma con un bramido espantoso, si bien, cuando ya me disponía a sucumbir, se transformó en hombre con cabeza de ave. Y no me había recuperado aún de la turbación cuando, con voz pausada, me ofreció la inmortalidad y el dominio del mundo.

BEN ABI AMIR.— ¿Y el dominio del mundo? Así, ¿sin más?

GERBERTO.— *(Recuperando el tono.)* Bueno, siempre que no dijera misa en Jerusalén. Condición que, como comprenderéis, no supone para mí ningún problema. Claro que, para conseguirlo, tenía

que encontrar su cabeza y pensar con ella. Y en ese empeño estoy.

BEN ABI AMIR.— *(A YUSUF.)* Y decís de mí que estoy loco porque sueño con impartir justicia en la Mezquita aljama. He aquí a un hombre que no le pone límite a su afán.

YUSUF.— *(A GERBERTO.)* Pues, de cumplirse el sueño, la sentencia os obliga a compartir vuestra fortuna con vuestros compañeros de aventura. No lo olvidéis.

GERBERTO.— Os buscaré, no tengáis cuidado.

YUSUF.— Pues aquí estaré, trayendo esclavas desde Tarragona, que somos proveedores de los palacios califales desde los tiempos de Abderramán, y no os será difícil encontrarme.

BEN ABI AMIR.— ¿Y a dónde pensáis encaminar vuestros pasos, ahora que le habéis perdido el rastro a vuestro Bafomet?

GERBERTO.— Volveré a la corte de Barcelona. Que fue allí, traduciendo unos libros en su Escuela de Traductores, donde tuve noticia de la Cabeza.

BEN ABI AMIR.— *(A GERBERTO.)* De quedaros en Córdoba, yo podría presentaros en la biblioteca del Alcázar.

GERBERTO.— ¿Haríais eso por mí?

BEN ABI AMIR.— Además, aquí se celebran muchas tertulias y reuniones secretas en las que un oído atento como el vuestro podría sacar provecho.

YUSUF.— No me lo entretengáis, no sea que llegue tarde a su cita con el diablo.

GERBERTO.— Por eso no temáis, que estaré puntual; si es que se digna llamarme. Mas, mientras llega ese momento, vayamos a la ribera en busca de compañía y hagamos algo prohibido para ganarnos su voluntad.

*Risas y OSCURO.*





ESCENA 2ª  
(Roma, 970 d. C.)

*Ramón BORRELL, conde de Barcelona, y GERBERTO de Aurillac, que lleva consigo un pequeño hato, pasean por el claustro de Letrán.*

BORRELL.— Espero no tener que arrepentirme.

GERBERTO.— No diré nada que no piense.

BORRELL.— Eso, justamente, es lo que me preocupa.

GERBERTO.— Ni pensaré en nada que no deba decir.

BORRELL.— Vuestra estancia en Roma podría ser de gran utilidad para la independencia del Condado. O al menos eso creen el abad de Ripoll y el obispo de Vic, vuestros maestros.

GERBERTO.— No les defraudaré.

BORRELL.— Necesitamos alianzas: el respaldo pontificio. Y coincido con ellos en que estáis bien dotado para la diplomacia, pero todo lo echáis por tierra cuando, dejando de lado la razón, exponéis esas ideas más propias de visionario que de hombre de ciencia.

GERBERTO.— Sabré ser lisonjero y haré uso de la impostura si fuera menester.

BORRELL.— Más os vale, que Roma es aguerrida y pendenciera.

GERBERTO.— No voy a frecuentar las tabernas sino las bibliotecas: campos de batalla en los que las refriegas se solventan con opiniones.

BORRELL.— Aun así, sed precavido, que también una opinión inconveniente puede acarrearos la muerte.

GERBERTO.— No imagino un debate a hierro y fuego.

BORRELL.— En esta santa ciudad se escancian los venenos con más generosidad que en Cataluña los vinos.

GERBERTO.— Pues seré cauto y me proveeré de antídotos, por si me fallara el paladar.

BORRELL.— ¿Habéis traído el reloj?

GERBERTO.— Aquí, en el hato.

BORRELL.— *(Apremiante.)* No olvidéis obsequiárselo.

GERBERTO.— ¿No debería ser yo quien estuviera nervioso?

*Entra JUAN XIII, acompañado por un CLÉRIGO que se mantiene a distancia.*

BORRELL.— *(Inclinándose.)* Santidad.

JUAN XIII.— Luego éste es Gerberto de Aurillac.

GERBERTO.— Santidad.

JUAN XIII.— Me hablaron de vos en términos muy elogiosos.

GERBERTO.— ¿Qué otra cosa podía esperarse de mi maestro y protector?

JUAN XIII.— Sin embargo, vos no sois catalán. ¿O me equivoco?

GERBERTO.— Soy galo, de la Auvernia.

BORRELL.— *(Con énfasis.)* Descendiente de los condes de Aquitania.

GERBERTO.— Aunque por línea bastarda.

BORRELL.— *(Incómodo por la apostilla.)* Y muy versado en música y matemáticas.

JUAN XIII.— *(Divertido por la apostilla.)* ¿Es cierto que viajasteis a al-Ándalus para aprender los números árabes?

GERBERTO.— A Córdoba. Mas no fue allí donde estudié sus matemáticas, sino en Vich, y en Ripoll. Su Santidad ya conoce a mi maestro.

BORRELL.— Merced a esos conocimientos, ha construido una máquina capaz de medir el tiempo sin necesidad de arena. *(Urge a GERBERTO.)* ¡El reloj!

GERBERTO.— Ah, sí. *(Y comienza a desatar el hato.)*

JUAN XIII.— ¿Un reloj que no necesita arena?

BORRELL.— Deseaba obsequiároslo.

GERBERTO.— Actúa en virtud de estos contrapesos. *(Lo pone a funcionar.)* El péndulo hace girar la rueda dentada y así las manillas van señalando las horas.

BORRELL.— Impresionante, ¿no?

GERBERTO.— Simple en extremo.

JUAN XIII.— *(Tras una larga pausa durante la que sólo se escucha el tic-tac del reloj.)* Curioso. *(Tras una nueva pausa.)* Viéndolo oscilar, uno siente cómo la vida escapa acompasadamente. Con los de arena, en cambio, fluye como agua. Me vendrá bien, ahora que no es mucho el tiempo que me queda, oír cómo esta máquina me advierte de su brevedad.

*JUAN XIII hace una señal al CLÉRIGO, y éste se acerca para recoger el reloj.*

BORRELL.— Lamentaría que tan humilde obsequio hubiera entristecido a Su Santidad.

JUAN XIII.— *(Jovialmente a GERBERTO, e ignorando a BORRELL.)* ¿Y es cierto lo que cuentan?

BORRELL.— ¡Infundios!

JUAN XIII.— ¿Que fuisteis hasta al-Ándalus tras la Cabeza del Diablo?

GERBERTO.— *(Reacciona divertido.)* Desvaríos de juventud.

BORRELL.— *(Descolocado.)* Eso, de juventud.

JUAN XIII.— Viéndoos aquí, me atrevo a pensar que no la encontrasteis.

GERBERTO.— Pues no. Aunque sí vi muy buenas imitaciones; ingenios fabricados con mucha pericia; que los árabes son sabios y habilidosos, tanto para construir autómatas como para otras muchas ciencias.



BORRELL.— Sí; afortunadamente, no la encontró. Aunque no faltan maledicentes que le señalan por haber ido en busca de tan enigmática entidad.

JUAN XIII.— *(A BORRELL.)* Sólo quien busca, encuentra. *(A GERBERTO.)* Aunque no siempre encuentre aquello que buscaba.

BORRELL.— También conoce a la perfección las lenguas eslavas.

JUAN XIII.— Ya, ya tengo noticia de cómo aprendió las tales lenguas.

BORRELL.— ¡Ah!

JUAN XIII.— Y contadme: ¿qué fue lo que más os impresionó de al-Ándalus?

GERBERTO.— Su unidad.

JUAN XIII.— ¿Su unidad?

GERBERTO.— Sí, y no me refiero a la unidad del territorio, sino a la ciencia política con la que los califas han sabido vincular los intereses de su Iglesia con los del Califato. Todos los esfuerzos se concitan en una sola voluntad, y eso hace grande a un pueblo.

BORRELL.— ¿Acaso no hay disidentes?

GERBERTO.— Los hay. Son muchos los omeyas descontentos por la creciente influencia de los eslavos. Aun así, no imagino una revuelta como la que aquí, en Roma, dio lugar al destierro de Su Santidad.

JUAN XIII.— Creedme, un mal menor. Cuando estuve preso en Sant'Angelo, llegué a temer incluso por mi vida; por lo que el destierro fue un gran alivio.

BORRELL.— *(Incómodo por cómo se produce la conversación.)* Lamentable.

JUAN XIII.— Y así acabó el intento de doblegar a la nobleza romana.

GERBERTO.— *(Con vehemencia.)* El error fue no actuar conjuntamente. Ya, ya sé que os respaldó el Emperador. Y que fue extremadamente severo con los Crescenzi. Pero hay que actuar al unísono; de lo contrario, tales acciones no sólo no sofocan la sedición, sino que la enardecen.

BORRELL.— *(Explotando.)* ¿Vais a darle lecciones a Su Santidad?

GERBERTO.— Yo...

JUAN XIII.— Dejadlo continuar, que no anda falto de razón. De hecho, tras los tumultos, la situación es mucho peor.

GERBERTO.— En apenas un siglo, los papas y antipapas pasan de la treintena; los más, canonizados con intrigas, y no pocos, depuestos con veneno. Pues bien, ni con revueltas ni con represiones se pondrá fin a tanta felonía.

*GERBERTO se detiene ante la mirada airada de BORRELL. JUAN XIII, en cambio, lo anima a continuar.*

GERBERTO.— Las iglesias locales han perdido la estima por el Pontificado y, de seguir así, no sólo será imposible la unidad política de

la Cristiandad, sino que hasta la Iglesia misma corre el peligro de feudalizarse.

JUAN XIII.— ¿Y cuál es vuestra propuesta? Porque tenéis una propuesta.

GERBERTO.— Conquistar los Santos Lugares.

JUAN XIII.— No veo la relación.

GERBERTO.— Hay que acometer una empresa que atañe por igual a reyes y a abades; a clérigos y a caballeros. Que germanos, borgoñeses, navarros y romanos sumen sus voluntades contra el infiel. Dos peligros se ciernen sobre la Cristiandad: su descomposición interna y el avance del Islam. Pues bien, la conquista de los Santos Lugares daría respuesta a ambas amenazas.

JUAN XIII.— Un plan muy arriesgado.

BORRELL.— Tal vez debí advertir a Su Santidad de que, entre sus muchas cualidades, no destaca la moderación.

JUAN XIII.— Sí, muy arriesgado. *(Pausa.)* Deberíais exponérselo al Emperador. *(A BORRELL.)* Ha sido un acierto que lo hayáis traído con vos. Ahora, si no tenéis inconveniente, desearía conversar en privado, pues me importan unas cuestiones que atañen a su condición de hombre de Iglesia.

BORRELL.— Si Su Santidad me lo permite. *(Apunta una reverencia.)*

JUAN XIII.— *(Al CLÉRIGO.)* Acompañadle.

*Sale Ramón BORRELL, Conde de Barcelona, seguido por el CLÉRIGO. JUAN XIII y GERBERTO de Aurillac quedan en silencio por un momento.*

JUAN XIII.— Desearía preguntaros, no en confesión, sino en confianza: *(Tras una pausa.)* ¿Seguís buscando la Cabeza del Diablo?

GERBERTO.— Incluso cuando no la busco.

JUAN XIII.— Lo suponía.

GERBERTO.— Nada excita tanto mi curiosidad como la revelación de ese misterio. Necesito alcanzar el origen del mal, desentrañar su alquimia, comprender su naturaleza.

JUAN XIII.— Os entiendo. *(Pausa.)* Y una pregunta más. *(Nueva pausa.)* ¿Creéis en la existencia de Dios?

GERBERTO.— *(Pausa larga.)* Cómo me gustaría tener una respuesta clara y concisa. *(Calla apesadumbrado y, tras una nueva pausa, añade presuroso.)* Y no creáis, no, que evito la respuesta, pero las dudas vencen a las palabras. *(Pausa.)* Tal vez mi obsesión por desentrañar los secretos del mal no sea sino un modo de buscar a Dios.

JUAN XIII.— Os entiendo. *(Y, tras una pausa.)* Os entiendo.

*OSCURO.*



### ESCENA 3ª

(Reims, 980 d. C.)

*En la Sala Capitular de la Escuela Catedralicia de Reims, GERBERTO de Aurillac y DAMIANO, elevados en sendos púlpitos, sostienen acaloradamente sus opiniones ante OTTON II “El Rojo”. El emperador sigue el debate desde el estrado, rodeado de su corte: nobles, clérigos y hombres de ciencia.*

GERBERTO.— La existencia de Dios no puede sostenerse con el argumento de que lo necesitamos. Las catástrofes que, según los agoreros, padeceremos al finalizar el milenio no pueden ser el motivo que sustente nuestra fe. El miedo no es el camino. Mientras no nos acerquemos a Dios valiéndonos de la razón, seremos como esos hechiceros que amenazan con la ira de falsas divinidades para sumir a las buenas gentes en la ignorancia y la superstición.

DAMIANO.— ¿Considera Su Reverencia que debemos desvelar los misterios de la fe mediante el uso de la gramática? ¿Hemos acaso de desentrañar la palabra de Dios aplicando las mismas reglas con que se enjuicia la palabra del hombre?

GERBERTO.— Sobre todas las criaturas que han sido creadas, el hombre posee la facultad de razonar. Un don que, no lo olvidéis, le ha sido otorgado por Dios. Aunque ya veo que a Su Reverencia tal facultad no le merece muy buena opinión.

DAMIANO.— Nada tengo en contra de esa habilidad, si bien considero que, al igual que otras artes liberales, la gramática —y por ende, la razón— es un ingenioso entretenimiento, pero nada más. Yo mismo, para pasar el rato, confieso haberme ocupado en esos menesteres. Aunque, francamente: como entretenimiento, prefiero el ajedrez.

*Risas generales.*

GERBERTO.— No conocía esos devaneos de vuestra Reverencia con la dialéctica. ¿Y... sois realista, o tal vez debo consideraros un “moderni”?

*Nuevas risas.*

DAMIANO.— Haced como os plazca. Mas, en lo que nos importa, os diré que la dialéctica, en la medida en que no se interesa por Dios ni ayuda en nada a la salvación del alma, sólo puede considerarse como una ocupación inferior. Y en cuanto a su relación con la teología, el puesto que le corresponde es el de esclava, pues si bien de forma subordinada puede ser apta para regular el orden de la discusión, difícilmente por sí sola puede definir la esencia de lo real.

GERBERTO.— ¿Niega Su Reverencia la autoridad de Platón y de Aristóteles?

DAMIANO.— ¿Vais a compararla con la de los Apóstoles, que la recibieron del Espíritu Santo? Vuestra osadía, al someter los dogmas a las reglas de la razón, atenta contra la autoridad de los Padres de la Iglesia. Es más, y oíd bien lo que os digo: con tal intento po-

déis incluso incurrir en herejía, pues estáis cuestionando la verdad revelada mediante el uso de ciencias inventadas por herejes.

GERBERTO.— Ciertamente que el empleo de la dialéctica nos aparta de los Padres de la Iglesia, mas eso no supone que nos aparte de Dios. El Creador, que es la razón suprema, nos creó a su imagen y semejanza; por tanto, someter nuestra fe a las reglas de la razón no sólo no nos aparta de Dios, sino que nos acerca a Él.

DAMIANO.— ¿Considerar a Dios como la Razón Suprema se opone a que sea Todopoderoso?

GERBERTO.— No veo contradicción en ello.

DAMIANO.— Siendo así, si a Dios Todopoderoso se le ocurriera hacer desaparecer un hecho histórico —el Imperio carolingio, por ejemplo—, ¿cómo explicaríais, desde su Razón Suprema, la desaparición de ese período? ¿A dónde iría a parar vuestro principio de no contradicción?

GERBERTO.— Dejad en paz al noble Carlomagno en su tumba de Aquisgram y no ofendáis a Dios con tales ocurrencias, más propias de juglares y encantadores. Ahora bien, si lo que pretendéis es que crucemos nuestras lanzas en un torneo dialéctico, hagámoslo en torno a otra cuestión más adecuada, sobre la que he meditado largamente y para la que confieso no tener respuesta.

DAMIANO.— Os escucho.

GERBERTO.— Estaremos de acuerdo en que el pecado original es una infección del alma por el mal.

*DAMIANO asiente.*

GERBERTO.— Admitido este principio, nos encontramos con el siguiente dilema: si cada vez que nace un niño, Dios crea un alma nueva a partir de la nada, necesariamente es Dios el responsable de esa infección; y si negamos esto, estaremos negando que Dios crea el alma de forma individual. ¿Podríais, con los argumentos de la fe, ayudarme a solucionar este dilema?

*Pausa expectante, con cruce de miradas.*

DAMIANO.— Así, al pronto... Dejádme pensar.

OTTON II.— *(Poniéndose en pie, se dirige a los reunidos.)* Mucho me temo que no tengamos tiempo para resolver tan interesante cuestión. Mañana hemos de partir hacia Rávena; pues, como sabéis, los Crescenios volvieron a expulsar de Roma al nuevo Papa; y éste y otros asuntos nos reclaman. *(Más directamente a GERBERTO.)* Acabamos de firmar el armisticio con el rey de Francia y ya hay que pertrecharse para ir contra los sarracenos. *(De nuevo a los reunidos.)* Cuánto más me gustaría poder gozar de estas veladas en las que se enriquece el espíritu, que no tener que atender los asuntos de la guerra. *(Hace un gesto de impotencia. Y según baja del estrado.)* Gracias por vuestras brillantes argumentaciones.

DAMIANO.— Majestad.

OTTON II.— ¿Sí?

DAMIANO.— Permitidme, al menos, concluir enunciando dos proposiciones que definen mi posición.

OTTON II.— Adelante.

DAMIANO.— *(Sentencia, tras una pausa.)* Los filósofos son agentes de Satanás. Y la gramática, una invención del diablo.

*Regocijo de una pequeña parte de los asistentes y perplejidad del resto.*

OTTON II.— *(A GERBERTO, con sorna.)* ¿Deseáis rebatirle?

GERBERTO.— *(Haciendo una reverencia.)* Su argumentación es irrefutable.

*Risas de los antes perplejos. DAMIANO, ofendido, se marcha en compañía de sus incondicionales. OTTON II camina hacia GERBERTO, y éste le sale al paso. El resto de los asistentes se congregan en pequeños grupos y, gradualmente, van abandonando la estancia en distintas direcciones.*

OTTON II.— Un desafortunado colofón para tan interesante velada.

GERBERTO.— Damiano es sin duda un santo varón. Sin embargo, entre sus muchas virtudes, no destaca la tolerancia.

OTTON II.— A veces dudo de su inteligencia.

GERBERTO.— Suele plantear cuestiones tan arcaicas... Aun así, la controversia siempre estimula la imaginación.

OTTON II.— Lamentaría que os hubiera enojado.

GERBERTO.— ¿Por su despropósito? Estoy acostumbrado. *(Pausa.)* Lo que realmente me preocupa son los sucesos de Roma; la actitud

de Crescenzo: su continuo hostigamiento al papado, y el desacato a vuestra autoridad.

OTTON II.— Y si al menos actuara a cara descubierta... Su mano está detrás de cada algarabía, pero no es fácil probar su implicación.

GERBERTO.— Debisteis ajusticiarlos cuando mataron a Benedicto VI, a él por asesino y al Antipapa por usurpador.

OTTON II.— Con el destierro quise evitar un enfrentamiento con la nobleza romana y ahora estamos pagando ese error.

GERBERTO.— Siempre pensé que para Crescenzo la rebelión no es más que un juego. Le aburre el gobierno de la ciudad y, con el pretexto de las reivindicaciones nacionalistas, hace lo que más le divierte, que es conspirar.

OTTON II.— Una aguda observación. Pero, ¿cómo se ataja ese mal? ¿Debo nombrarle, acaso, conspirador oficial del Imperio?

*Ambos ríen.*

GERBERTO.— Hace años traté de convencer a vuestro padre para que acometiera la conquista de Jerusalén.

OTTON II.— *(Tratando de soslayar el tema.)* Conozco vuestro propósito.

GERBERTO.— Una empresa así encauzaría el ardor de nuestros correligionarios y evitaría tanta guerra fratricida.

OTTON II.— Lo sé. Y soy de vuestra opinión. Es más, espero alcanzar un acuerdo con Hugo Capeto y con el rey de la Borgoña para combatir a los sarracenos, que nada fortalece tanto una alianza como un enemigo común.

GERBERTO.— Una buena noticia. (*Irónico.*) Que a buen seguro retrasará el Apocalipsis.

OTTON II.— Sorprendente, cómo se afianza la creencia de que los Sarracenos son los abanderados de los cuatro jinetes y del fin del mundo.

GERBERTO.— (*Señalando hacia el lugar por el que salió DAMIANO.*) El integrista, que se hace fuerte con el temor de las gentes sencillas.

OTTON II.— Lo que no significa que no sean un peligro.

GERBERTO.— Y lo son, ciertamente. Y no sólo en el sur, también en Palestina.

OTTON II.— Sin embargo, la conquista de los Santos Lugares se me hace un camino lleno de escollos.

GERBERTO.— Que ya se irían allanando, según fueran surgiendo.

OTTON II.— (*Tras meditarlo.*) No sé. (*Y zanja el tema.*) Visítadnos en Rávena y allí estudiaremos más detenidamente vuestro plan. (*Invitándole con un gesto a que le acompañe en la salida.*) Por cierto, la Reina os envía sus saludos.

GERBERTO.— ¿Continúa aún convaleciente?

OTTON II.— Un físico persa que le enviaron sus padres desde Grecia ha obrado el prodigio de su recuperación.

GERBERTO.— Algo sabía por una misiva de vuestra madre, en la que me celebraba lo despierto que es vuestro hijo.

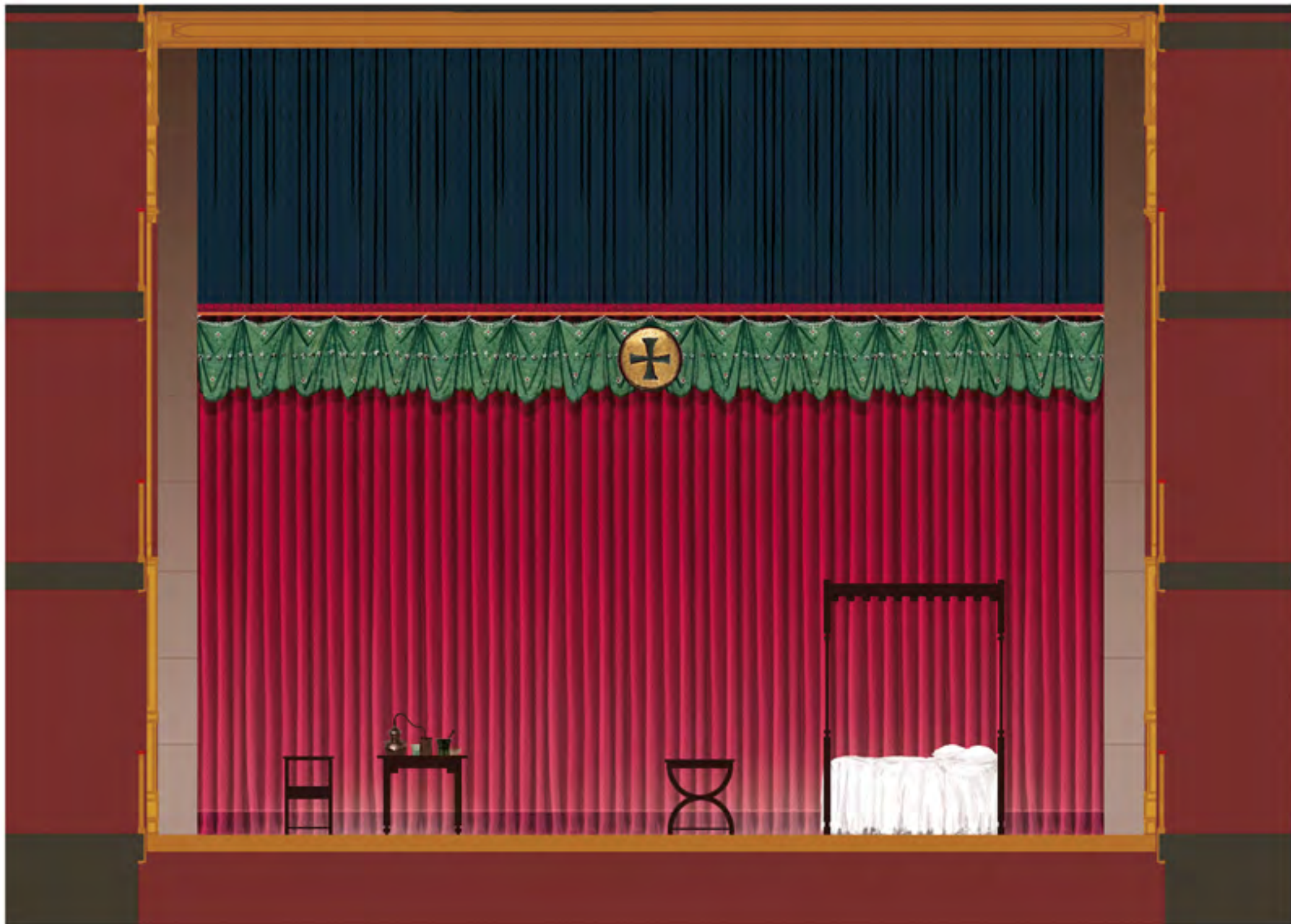
OTTON II.— (*Con orgullo.*) ¿Despierto? Nació con los ojos abiertos, que jamás se vio cosa igual. A fe que no habrá de pasar mucho tiempo sin que, ya desde la cuna, se interese por las cuestiones de gobierno.

GERBERTO.— Siempre es un alivio saber que la dinastía está asegurada.

OTTON II.— Máxime cuando, con tanta frecuencia, hay que arriesgar la vida en el campo de batalla.

*Salen y OSCURO*







## ESCENA 4ª

(Rávena, 983 d. C.)

*OTTON II “el Rojo”, echado en el lecho, es atendido por su madre, ADELAIDA de Italia, y por su esposa, TEOFANÍA de Grecia. También por el físico HAIY ABBAS de Persia, el cual destila una pócima en el alambique.*

ADELAIDA.— *(Remetiendo las ropas de la cama.)* Dejad ya de bregar, que no es bueno airearse teniendo calenturas.

OTTON II.— Por favor, madre, no me abruméis con vuestros cuidados.

ADELAIDA.— Si no hubierais sido tan imprudente, no estaríais ahora de esta guisa.

OTTON II.— *(Arrojándolas.)* Y... y apartad de mí tanta osamenta.

ADELAIDA.— Son huesos de graja, para la sanación de cólicos y alferencias.

OTTON II.— Peor me lo ponéis. Que creía que eran de santo.

ADELAIDA.— La abuela se los frotaba en el ombligo para aliviarse los flatos. Y una tía, hermana de mi madre...

OTTON II.— *(Irritado.)* Me niego a remediarme con hechizos y amuletos, por más que sea costumbre familiar. *(Incorporándose con dificultad.)* Además, ya estoy harto de tanta cama.

ADELAIDA.— *(Impidiéndoselo con mayor energía.)* Volved al lecho de inmediato, que ya veis lo que os pasa por dormir al relente.

OTTON II.— *(Malhumorado.)* Bien, vale.

HAIY ABBAS.— Majestad, el mal que aqueja a vuestro hijo no es achacable a la inclemencia, sino a las aguas de un arroyo pestilente; que eso fue, sin duda, lo que lo infeccionó.

ADELAIDA.— No es menester un físico para averiguar cómo se originan los males, sino para remediarlos.

*TEOFANÍA y HAIY ABBAS intercambian miradas de complicidad y paciencia.*

HAIY ABBAS.— Hasta donde alcanza mi farmacopea, vuestro hijo está siendo tratado con los remedios más eficaces. *(Acercándole el cuenco a OTTON II.)* Bebed de este recuelo de capuchinas que, a buen seguro, os mitigará el dolor de tripas.

OTTON II.— *(Con cara de asco.)* Harto me tenéis con tanta pócima y tanto brebaje. *(Y bebe de mala gana.)*

HAIY ABBAS.— No es agua de anís, pero, conforme discurra por los intestinos, os irá calmando los retortijones. *(Y sale llevando consigo algunos utensilios.)*

TEOFANÍA.— *(Le retira el cuenco.)* De sobra sabéis que no hay físico mejor en todo el oriente. *(Y vuelve para arroparle.)*

OTTON II.— No me abriguéis tanto, que vais a conseguir que muera de un sofoco.

ADELAIDA.— *(Disputándole la soberanía de los cobertores.)* Dejad, ya le arropo yo.

OTTON II.— *(Destapándose hasta la cintura.)* ¿Queréis dejarme en paz?

ADELAIDA.— ¡Válgame Dios, que no tenéis arreglo!

*Sin ser anunciado, entra apresuradamente GERBERTO de Aurillac.*

GERBERTO.— Majestad.

OTTON II.— ¡Al fin! Temí que no llegarais.

GERBERTO.— Me puse en camino en cuanto recibí vuestro llamado. *(Saluda a las damas.)* Majestades. *(A OTTON II.)* Y, ¿qué es lo que os sucede?

OTTON II.— *(Visiblemente afectado por la enfermedad.)* Lo que no pudieron las lanzas sarracenas lo consiguió el agua de un arroyo.

TEOFANÍA.— Algún despojo pútrido, que debió infeccionarle.

ADELAIDA.— Eso dice el galeno, aunque para mí que es una destemplanza.

OTTON II.— *(Enérgico.)* Una herida mortal, sin fierro ni enemigo, es lo que me derrota.

GERBERTO.— Tiene que haber remedios.

OTTON II.— No los hay. *(Desfallecido.)* La mano de Dios tapa los ojos del físico para que la ciencia no se oponga a sus designios.

TEOFANÍA.— Y si al menos se dejara cuidar...

ADELAIDA.— Ya sabéis cómo es de testarudo.

OTTON II.— Digno hijo de su madre. *(Y ríe solo hasta acabar jadeando. Recuperado, se dirige a las reinas con voz serena y conciliadora.)* Y ahora dejadnos, que he de hablar en privado con el Abad.

*ADELAIDA y TEOFANÍA salen en silencio.*

OTTON II.— *(Abatido.)* Es llegada mi hora.

GERBERTO.— ¿Tan mal os encontráis?

OTTON II.— Os he mandado venir porque quiero nombraros preceptor de mi hijo.

GERBERTO.— Pero ya tiene magníficos maestros.

OTTON II.— Que ellos le enseñen el trivium y el cuadrivium.

GERBERTO.— ¿Entonces?

OTTON II.— Quiero que lo forméis como gobernante. *(Tras una pausa y hablando a duras penas.)* Cuando yo no pueda hacerlo.

GERBERTO.— Os vais a recuperar. No debéis pensar así.

OTTON II.— *(Con orgullo y sobreponiéndose al desfallecimiento.)* Teníais que haberle visto en Verona cuando le nombré mi sucesor. Qué aplomo, con qué soltura se desenvolvía; y eso que sólo tiene tres años. “Mirabilia Mundi” le llaman, y no es para menos.

GERBERTO.— Será un gran emperador.

OTTON II.— Él debe ser quien consolide el imperio. Lograr la unión de la Cristiandad. Esas son las tareas para las que quisiera prepararle, y quién mejor que vos para ese cometido.

GERBERTO.— Sabéis que es algo que siempre he defendido.

OTTON II.— Lo sé. Vos convencisteis a mi padre y él, al abdicar, me lo encomendó a mí. Ahora, ironías del destino, seréis de nuevo vos... *(Se detiene para recuperar el aliento.)* quien inculque ese anhelo en el tercero de los Ottones.

GERBERTO.— ¿No estáis adelantando los acontecimientos?

OTTON II.— El cuerpo reconoce la llamada de la tierra.

*GERBERTO hace ademán de reprocharle y OTTON II le silencia con un gesto.*

OTTON II.— Tras mi muerte, todos querrán controlar al heredero, por lo que ya he dispuesto que sea mi esposa quien se haga cargo de la regencia. *(Bromea.)* Tendré que oír a mi madre cuando se abra el testamento, pues, a buen seguro, pondrá el grito en el cielo.

*Ambos ríen.*

OTTON II.— La compensaré con el gobierno de Italia. *(Se detiene.)* También me inquieta el duque de la Borgoña, aunque ya di instrucciones al Consejo de la Regencia. *(Se detiene de nuevo.)* Y nos queda Crescenzo.

GERBERTO.— ¿No se había enclaustrado?

OTTON II.— Tras el cerco de Roma, para ponerse a salvo, tuvo el cinismo de retirarse a un monasterio. Pero en cuanto tenga noticia de mi muerte, cuelga los hábitos y se pone de nuevo al frente de los nacionales.

GERBERTO.— ¡Maldición de enemigo!

OTTON II.— Tal vez una alianza con los bizantinos... pero la política ha de hacerse cada día, y lo que hoy parece oportuno, mañana pudiera resultar inconveniente.

GERBERTO.— La mudanza es parte de la condición humana. Somos tan cambiantes, que, si el destino nos jugara la treta de enfrentarnos al que fuimos en nuestra juventud, no sólo no lo reconoceríamos sino que puede incluso que lo creyéramos nuestro enemigo.

OTTON II.— A ese buen juicio vuestro deseo encomendar el cuidado de mi hijo. *(Pausa.)* Hace años que acaricio la idea de ofrecer el solio pontificio.

GERBERTO.— *(Perplejidad, sorpresa: gran perturbación.)* Yo...

OTTON II.— ¿Quién mejor que vos para llevar a cabo vuestro plan? Reconstruir el Imperio Carolingio, alcanzar la unión con Bizancio. Así deseaba culminar mi reinado. Tal vez, con vuestra ayuda, sea mi hijo quien logre lo que la muerte me niega: una sola Cristianidad con un solo Papa y un solo Emperador; ambos unidos en la Ciudad de Roma.

*OSCURO.*



## ESCENA 5ª

(Reims, 994 d. C.)

*Tras la cena, GERBERTO, Arzobispo de Reims, conversa en el refectorio con los ARZOBISPOS de SENS, TOURS y BOURGES.*

ARZB. DE SENS.— Tal vez se haya hospedado en San Remigio, al ver que anochecía.

ARZB. DE TOURS.— ¿Y si fue muerto en Roma? Pudieron tenderle una emboscada.

ARZB. DE SENS.— No adelantemos acontecimientos.

ARZB. DE BOURGES.— Pudo entretenerse.

ARZB. DE TOURS.— ¡A descansar?

GERBERTO.— Si en tres días no regresa, mandaremos a buscarle.

ARZB. DE BOURGES.— *(Con la boca llena.)* Yo no me preocuparía.

ARZB. DE TOURS.— Es manifiesto que vos no os preocupáis.

ARZB. DE BOURGES.— ¿Para qué? Sabemos de antemano cuál va a ser el resultado de su mediación.

ARZB. DE SENS.— Debimos ir personalmente y exponerle al Pontífice...

GERBERTO.— *(Levantándose de la mesa.)* Hicimos lo que teníamos que hacer; de nada vale lamentarse ahora. *(Dirigiéndose al ARZB. DE TOURS.)* En cuanto a la tardanza, estoy con vos: no me fío de Crescenzo, puede haberle tendido una emboscada.

ARZB. DE BOURGES.— *(A GERBERTO, alardeando de glotonería.)* ¿No tendréis, por ventura, de aquellos pastelillos de almendra que os enseñaron a confitar en al-Ándalus? ¿Cómo los llamabais?

GERBERTO.— *(Con fastidio.)* Alfajores.

ARZB. DE BOURGES.— Ah, sí, eso, alfajores.

GERBERTO.— Siempre suelo tener.

ARZB. DE BOURGES.— Deliciosos. *(A GERBERTO.)* Deberíais dárselos a probar.

GERBERTO.— *(Sin entusiasmo.)* Mandaré que os los sirvan. *(Sale del refectorio.)*

ARZB. DE BOURGES.— Veréis qué exquisitez.

ARZB. DE TOURS.— *(Estallando.)* ¡Por el amor de Dios! ¿Hay algo en este mundo que os haga perder el apetito?

ARZB. DE BOURGES.— *(Sin inmutarse.)* Pues ciertamente, no.

ARZB. DE TOURS.— *(Para sí.)* ¡Exasperante!

ARZB. DE BOURGES.— Y no porque en el mundo no ocurran atrocidades merecedoras de la más total inapetencia, sino por decisión propia, que mientras que la traición, que a todos nos aguarda, no me haga caer en desgracia, no pienso privarme de ningún deleite.

GERBERTO.— *(Entrando.)* Ahora os los sirven.

ARZB. DE TOURS.— ¿Y no sería más juicioso emplear esas... energías, *(Señalando su obesidad.)* que obviamente os sobran, en defenderos de vuestros enemigos?

ARZB. DE BOURGES.— Los cambios de la fortuna poco tienen que ver con nuestra voluntad. ¿Para qué esforzarme, si no puedo evitar que otros cavén mi fosa?

ARZB. DE TOURS.— Me irrita vuestra calma.

ARZB. DE BOURGES.— *(A GERBERTO.)* ¿O qué me decís, si no, de vuestro predecesor?

GERBERTO.— Penoso.

ARZB. DE SENS.— *(Cunde el desánimo.)* Lamentable.

ARZB. DE TOURS.— *(Con firmeza.)* Era nuestro enemigo.

ARZB. DE BOURGES.— Lo que no tiene por qué ser impedimento para que sintamos piedad. *(Pensativo.)* Cuando, amputado y maltrecho, le suplicaba al Rey que no le quitara la vida, me puse en su lugar y, ¿sabéis lo que pensé? ¿Eh? ¿Sabéis lo que pensé?

*Entra en la estancia un SIERVO con una bandeja de dulces.*

ARZB. DE BOURGES.— Pues pensé: *(Tomando, al paso, un alfajor.)* hasta que realmente no esté en su lugar —lo que, por otra parte, puede ocurrir en cualquier momento—, comeré todas las confituras que mis amigos tengan la amabilidad de obsequiarme. *(Y muerde el alfajor.)* ¡Uhhmm, exquisito!

ARZB. DE TOURS.— *(Para sí, según va hacia ventana.)* Pues que os aproveche.

*El SIERVO deja la bandeja sobre la mesa y sale.*

GERBERTO.— Todo es imprevisible: los amigos te traicionan, los enemigos te respaldan...

ARZB. DE SENS.— Ciertamente. ¿Quién iba a suponer que los mismos que os negaron el arzobispado, pasado el tiempo, os propondrían para la sede de Reims? *(Al ARZB. DE BOURGES.)* La verdad es que no os falta razón.

ARZB. DE BOURGES.— ¿Que no me falta razón? ¡Claro que no me falta razón! Los capetos, los carolingios, los bizantinos, los germanos, los borgoñeses...

ARZB. DE SENS.— Y los Crescenios.

ARZB. DE BOURGES.— Sí, claro, y los Crescenios. *(Pausa.)* Cualquiera puede conspirar con cualquiera, y si cualquiera no te advierte a tiempo, *(señalándose)* cualquiera puede, en cualquier momento, *(señalándolos)* ser muerto por cualquiera.

ARZB. DE SENS.— Desde que el borgoñés secuestró al heredero, no hay tributario que no sea un peligro o no peligre él mismo.

GERBERTO.— En su lecho de muerte, me lo advirtió el Emperador: “mientras no alcance la mayoría de edad, todos querrán controlarlo”. Y sí, me lo advirtió, pero ¿qué puedo hacer? Yo sólo soy su preceptor.

ARZB. DE SENS.— Enfrentarse a los consejeros es lo que habría que hacer. Alguien tendría que hacerlo, y ¿quién mejor que vos?

ARZB. DE BOURGES.— *(Con la boca llena.)* Fuisteis su maestrescuela.

GERBERTO.— ¿Cabe mayor fracaso? Condes, reyes, incluso el Emperador: todos me encomendaron la educación de sus hijos y a todos eduqué en la idea de la unidad, mas, en cuanto vuelven a sus feudos, ya veis cómo se enfrentan.

ARZB. DE SENS.— Esperemos que la coronación del heredero acabe con tanto desmán.

GERBERTO.— Cuento los días que faltan para que cumpla los dieciséis. *(Pausa.)* Añoro el sosiego de los años de estudio. Y la música. De buen grado lo dejaría todo para volver a trabajar en el órgano.

ARZB. DE SENS.— ¿Qué nuevo invento es ése?

GERBERTO.— Un ingenio a vapor, similar a la sirena que ya conocéis.

ARZB. DE TOURS.— *(Desde la ventana.)* Atended un momento.

*Se escucha cómo un carruaje se detiene frente a la puerta.*

ARZB. DE TOURS.— ¿Será él?

GERBERTO.— ¿Y quién si no, a estas horas?

ARZB. DE SENS.— Alabado sea Dios. Llegué a temer... lo peor.

ARZB. DE BOURGES.— *(Tomando otro alfajor.)* Deberíais aprender de mí. *(Se lo zampa y continúa con la boca llena.)* Los males no se evitan por temerlos, mientras que el temor ya es un mal en sí.

ARZB. DE TOURS.— *(Al ARZB. DE SENS.)* Me exaspera.

*Entra AIRARDO con gesto contrariado.*

GERBERTO.— Temíamos por vos.

AIRARDO.— Estoy bien. Seguí vuestro consejo y tomé precauciones.

GERBERTO.— ¿Algún altercado?

AIRARDO.— No les di oportunidad. Durante la estancia —tardó cuatro días en recibirme— apenas me dejé ver. Y luego, tras la audiencia, salí por sorpresa para evitar una posible emboscada.

ARZB. DE SENS.— ¿Y bien?

AIRARDO.— Excomulgados.

ARZB. DE SENS.— ¡Maldito...!

ARZB. DE BOURGES.— Era de esperar.

ARZB. DE TOURS.— ¿En qué términos?

AIRARDO.— Se ratificó en lo decretado: el rey, los arzobispos, los sufragáneos... Todos los que asistimos al concilio hemos sido excomulgados... temporalmente.

ARZB. DE SENS.— ¿Le expusisteis que estábamos dispuestos a reconsiderar nuestra actitud?

AIRARDO.— Reiteradamente. *(A GERBERTO.)* Ese era el mandato. Pero su decisión es firme.

GERBERTO.— ¿Su decisión? Crescenzo es quien nos excomulga. El Papa es un pelele que hará lo que él le ordene.

ARZB. DE BOURGES.— Y no se lo reprocho. Es más, yo en su lugar...

ARZB. DE TOURS.— ¡En su lugar? *(Enérgico.)* En vuestro lugar es donde deberíais ponerlos, en vez de pasaros la vida en el lugar de los demás.

ARZB. DE BOURGES.— No quiere acabar como sus predecesores. Y es comprensible: a Juan XIV lo estuvieron torturando en Sant' Angelo hasta que expiró; y a Bonifacio, que murió envenenado, lo abandonaron insepulto a los pies de la estatua de Constantino después de arrastrarlo desnudo por las calles de Roma.

ARZB. DE TOURS.— Bonifacio era un antipapa.

ARZB. DE BOURGES.— Aunque lo fuera. No sé, no son modales.

ARZB. DE SENS.— Antipapas o no, sobrevivir un año en la Silla de Pedro es toda una proeza.

ARZB. DE BOURGES.— *(Al ARZB. DE TOURS.)* Lo siento, pero yo *(Enfatizando.)*, en su lugar, excomulgaría tantas veces como me lo pidieran.

GERBERTO.— Huid del hereje, dicen las Escrituras y eso es lo que haré. *(Pausa.)* Nunca cuestionaría la autoridad del pontífice, pero si actúa como vicario de Crescenzo, ni le debo obediencia ni tengo por qué acatar su excomunión.

ARZB. DE BOURGES.— El solio pontificio siempre estuvo al servicio del mejor postor.

GERBERTO.— ¿Y es que no hay forma de acabar con ese mercadeo?

ARZB. DE BOURGES.— Sí. Siendo el mejor postor. ¿A qué debe Crescenzo su influencia? A su inmensa fortuna. Pues hagámonos ricos y así no sólo conseguiríamos ser Papas, sino que incluso podríamos ser nosotros quienes los nombráramos.

ARZB. DE TOURS.— Por favor, ya está bien de disparates.

GERBERTO.— *(Respondiendo al ARZB. DE BOURGES.)* A esto hemos llegado. No es que seamos mercaderes a las puertas del templo, es que es el templo lo que está a la venta.

ARZB. DE BOURGES.— Pues comprémoslo. ¿Conoce alguien el modo de encontrar un tesoro?

AIRARDO.— *(Tras una pausa, a GERBERTO, tímidamente.)* En uno de los viajes que hice a al-Ándalus para traer libros de aritmética, tuve en mis manos un legajo con varios papiros muy deteriorados, todos escritos tal como lo hacían los antiguos egipcios, y unos pergaminos -estos en mejor estado- en los que se contaba en lengua árabe cómo los papiros habían sido salvados del incendio de la Biblioteca de Alejandría, y cómo en ellos se detallaba el modo de poseer la cabeza dorada de la que, al parecer, se derivan todas las riquezas.

*GERBERTO escucha petrificado.*

ARZB. DE TOURS.— ¡Pero es que vamos a acabar la velada contando historias?

ARZB. DE BOURGES.— Pues no me parece una mala idea.

AIRARDO.— La adenda la firmaba un egipcio, y la fechaba hará unos ciento cincuenta años. Lamento haber olvidado su nombre, aunque sí creo recordar que bajo la rúbrica añadía "Señor de los peces".

GERBERTO.— *(Vivamente contrariado.)* ¿Y cómo no comprasteis el legajo?



AIRARDO.— (*Desconcertado.*) No sé, no era ése el encargo. Además, ya no estaba en venta; que acababan de adquirirlo para la biblioteca de Al-Hakam.

ARZB. DE SENS.— Pues más de uno ha debido leer ese legajo: los alquimistas. Que ellos buscan el modo de convertir los metales innobles en monedas de oro.

ARZB. DE BOURGES.— (*Interrumpiéndole.*) Cuando lo natural es convertir las monedas de oro en actos innobles.

*Risas, a excepción del ARZB. DE TOURS, adusto, y de GERBERTO, preocupado.*

GERBERTO.— (*A AIRARDO.*) ¿Pero... por qué no me dijisteis nada?

AIRARDO.— Buscaba documentación para vuestro astrolabio. “Aritmética y astrología”, fue lo que me ordenasteis, “y nada que no se atenga a esas materias”.

GERBERTO.— Aun así, debisteis informarme.

AIRARDO.— No le di importancia. Y si ahora me vino a la memoria, fue por las bromas...

GERBERTO.— ¿Y en el legajo, se hacía referencia a la diosa Isis?

ARZB. DE TOURS.— ¡Oh, no! Dioses paganos, no.

AIRARDO.— Apenas tuve tiempo, fue un momento. De haber sabido...

GERBERTO.— No importa. Es igual.

ARZB. DE SENS.— ¿Acaso pensáis que pudiera tener alguna relación con aquella Cabeza del Diablo que buscabais en vuestra juventud?

GERBERTO.— (*Según lo reflexiona.*) Pudiera ser que la Cabeza sólo fuera un libro: el pensamiento que de la Cabeza se deriva (*Reaccionando.*) ¿Pero cómo sabéis de mis andanzas?

ARZB. DE SENS.— Vos mismo me las contasteis.

ARZB. DE TOURS.— (*Poniéndose en pie.*) Si vais a continuar desvariando, me retiro.

ARZB. DE BOURGES.— Os tomáis la vida demasiado en serio.

ARZB. DE TOURS.— Totalmente en serio. (*Inicia la salida, mas se detiene junto a la puerta.*) ¿O cómo, si no, hemos de tomárnosla en esta hora de infortunio?

ARZB. DE BOURGES.— Riéndonos de nuestras desgracias.

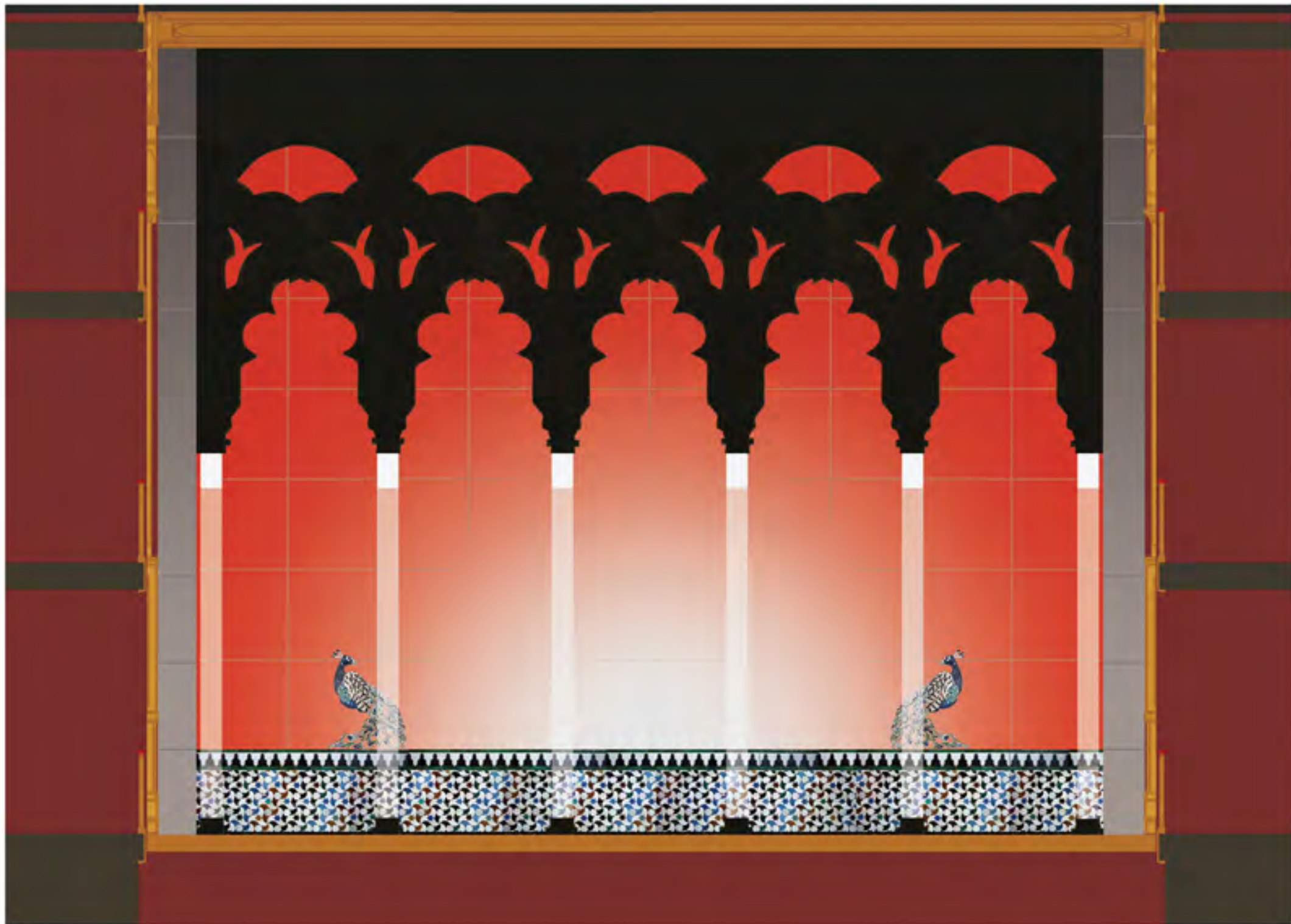
ARZB. DE TOURS.— ¿Reírnos, cuando nos han excomulgado?

ARZB. DE BOURGES.— Entre todas las criaturas, sólo al hombre le ha dado Dios la facultad de reír.

ARZB. DE TOURS.— Al hombre y a la hiena.

ARZB. DE BOURGES.— Ciertamente, y a la hiena. Sin duda el Creador, en su infinita misericordia, nos compensó así, tanto a ellas como a nosotros, de tener que vivir entre la carroña.

*OSCURO y TELÓN.*



## ACTO II

### ESCENA 1ª

(Córdoba, 997 d. C. / 381 H.)

*GERBERTO entra en el salón de recepciones de Medina al-Zahira, precedido por un MAYORDOMO.*

MAYORDOMO.— Esperadle en esta cámara, que él vendrá a vuestro encuentro.

GERBERTO.— *(Con incredulidad.)* ¿Yusuf vive aquí?

MAYORDOMO.— ¡Oh, no! Ésta es la residencia de Almanzor. El Visir tiene su palacio junto a la Ceca.

GERBERTO.— *(Para sí.)* Una ascensión meteórica.

MAYORDOMO.— ¿Cómo decís?

GERBERTO.— No, nada.

MAYORDOMO.— Informaré al Visir de vuestra llegada.

*Sale el MAYORDOMO y, al momento, llega YUSUF, ricamente ataviado.*

YUSUF.— *(Tendiéndole los brazos.)* Amigo Gerberto.

GERBERTO.— *(Asiéndole por los antebrazos.)* Os veo espléndido. Y no diré que parecéis un Visir porque ya sé que lo sois.

YUSUF.— Venís de la Galia, según me han dicho.

GERBERTO.— De Reims. Un viaje agotador. Y muy distinto de aquel que hicimos desde Tarragona. Los años, supongo.

YUSUF.— No me lo recordéis. Yo hace tiempo que tuve que dejar las caravanas. El lumbago. *(Aclarándole.)* Por el vaivén de los camellos.

*Gesto de extrañeza de GERBERTO.*

YUSUF.— Es que dejé el comercio de esclavas; y ya no viajaba a Cataluña, sino al Sahara. Muy duro lo de los camellos. Y qué calores.

GERBERTO.— ¿Y cómo fue que mudasteis para empeorar?

YUSUF.— Almanzor, que al hacerse cargo de la tutela del Califa, me encomendó el control de las rutas del oro. A mí jamás se me hubiera ocurrido, pero debía acompañar al amigo en su ascenso. Y no es que me queje, el oro da nivel *(con intención)*, aunque siempre las esclavas...

GERBERTO.— Ya veo que no habéis cambiado.

YUSUF.— *(Bromeando.)* ¿Cómo que no he cambiado? Ahora soy un Visir. Y de finanzas.

GERBERTO.— Vaya con Yusuf.

YUSUF.— Pero habladme de vos. Me llegaron noticias de que estabais en Bobbio.

GERBERTO.— Tuve que marcharme. Los italianos suelen ser muy hostiles con los extranjeros. Además, la abadía había sido esquilhada y, era tal la penuria, que pasábamos hambre. Así que volví a Reims. *(Pausa.)* Al principio, no me fueron mal las cosas. Incluso me nombraron arzobispo.

YUSUF.— Aunque huido, nunca dejasteis de ser hombre de Iglesia.

GERBERTO.— Pero duró poco: me excomulgaron.

YUSUF.— Vaya, lo siento.

GERBERTO.— Intrigas y traiciones. Nada nuevo. *(Pausa.)* Os suponía enterado. ¿No os dio noticias más un mandatario que envié a por libros?

YUSUF.— ¿Un frailecillo tímido?

GERBERTO.— El mismo. Y de él quería hablaros.

YUSUF.— Sí, claro, ahora recuerdo. ¿Y os ha creado problemas la excomuni3n?

GERBERTO.— Más de lo que suponía. Pues aunque tengo el apoyo del Emperador —no en vano fui su preceptor—, todo el mundo me hace el vacío.

YUSUF.— Aquí siempre seréis bien recibido. Almanzor está muy atareado con los preparativos de la fiesta, pero lo dejará todo para venir a saludaros. *(Pausa.)* Es que hoy es un día muy especial.

GERBERTO.— Lo sé. Rendí jornada en San Cugat, y allí me enteré de la conquista de Compostela. A punto estuve de regresar a Reims.

YUSUF.— Pero ¿por qué?

GERBERTO.— El saqueo de Santiago ha sido una afrenta a toda la Cristiandad.

YUSUF.— Imperativos de la política. Gestos necesarios para mantener el prestigio.

GERBERTO.— Pues en San Cugat aún no se han rehecho de los desmanes con los que os “prestigiasteis” hace doce años.

YUSUF.— La guerra es así, pero eso no tiene por qué afectar a nuestra amistad. Almanzor os considera un amigo.

GERBERTO.— ¿También va a humillarme con su magnanimidad?

YUSUF.— *(Señalando la suntuosidad de la estancia.)* Que no os confunda el protocolo. De puertas adentro, Almanzor es un hombre sencillo. Nada que ver con el Almanzor de las victorias. Me gustaría que lo oyerais contar cómo nos retiramos de Santiago. Con qué gracia lo cuenta.

GERBERTO.— ¿Acaso ocurrió algo digno de mención?

YUSUF.— ¿No os habéis enterado?

GERBERTO.— Pues no.

YUSUF.— Diarreas.

GERBERTO.— *(Divertido.)* ¿Diarreas?

YUSUF.— *(Riendo abiertamente.)* Diarreas. *(Tras sofocar la risa.)* La ciudad se tomó sin entablar batalla, pero durante el saqueo, los mercenarios, la mayoría cristianos, se opusieron a que entráramos en la catedral; así que no tuvimos más remedio que masacrarlos. *(Quitándole importancia.)* Ya sabéis cómo son estas cosas. *(Pausa.)* El caso es que Almanzor quería adornar la Mezquita con las campanas —precisamente es hoy cuando las cuelgan—, y entre que las bajamos y las aparejamos, con tanto cadáver, la plaza se convirtió en un pudridero; de ahí las infecciones. *(Resolviendo.)* Y así cruzamos la península: invictos y gloriosos; *(Con sorna)* aunque perdiendo la salud por las patas abajo.

GERBERTO.— *(Entre risa.)* No es, no, una imagen muy aguerrida.

YUSUF.— No le digáis nada, por si no está de humor, que ya lo sacaré él; que lo cuenta con una gracia...

GERBERTO.— Por fortuna, tengo otros asuntos que tratar. ¿Recordáis que prometí volver cuando encontrara la Cabeza del Diablo?

YUSUF.— *(Asombrado.)* No me digáis que la habéis encontrado. ¡Diablo de hombre!

GERBERTO.— Aún no.

YUSUF.— Ya me extrañaba.

GERBERTO.— Pero creo saber dónde está.

YUSUF.— *(Impaciente, pregunta con el gesto.)*

GERBERTO.— En Córdoba.

YUSUF.— *(Bromeando.)* ¿La fuente del oro manando junto a mí, y yo, Visir de Finanzas, sin enterarme?

GERBERTO.— Estoy hablando en serio.

YUSUF.— Y yo. *(Y continúa bromeando.)* Desde que el Califato Fatimí redujo su comercio en tierras del Magreb, es tanta la inflación que acabaremos acuñando los dirham de oro sin oro. Como para bromear. Un Bafomet que me ayudara a cuadrar los presupuestos no es cosa de broma.

*Entra en la estancia BEN ABI AMIR-ALMANZOR, ricamente ataviado.*

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— ¿Dónde está ese cristiano que se atreve a entrar en la Medina al-Zahira como si fuera el Califa?

GERBERTO.— *(Algo más seco, aunque afectuoso.)* Una residencia fastuosa, que haría palidecer a cuantas se alzan en las orillas del Tigris.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— Puede que desmereciera junto a los palacios de Bagdad, pero iguala o supera a la Medina al-Zahara.

GERBERTO.— Os desconocía la modestia.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— *(Ríe.)* También yo me la desconocía.

GERBERTO.— *(Refiriéndose a la estancia.)* Os felicito.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— Necesidades del poder, que nada conviene tanto al gobernante como la exposición de su fortuna. Aunque no creáis que es fácil mantener este ritmo de vida.

GERBERTO.— *(Irónico.)* Sí, la riqueza conlleva muchos sacrificios.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— Os veo algo cansado. ¿El viaje, quizás?

GERBERTO.— Y la vida.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— Estoy enterado de vuestra excomuni3n.

YUSUF.— ¿Vos sab3ais...?

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— *(A YUSUF.)* Puntualmente. *(A GERBERTO.)* Confiabais en que, al ser coronado Emperador, vuestro pupilo os nombrara Papa.

GERBERTO.— No exactamente.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— Pero al estar vos excomulgado, no se atrevió y nombró a su primo.

GERBERTO.— *(Perplejo.)* Me sorprende...

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— Bruno de Carintia es, a vuestro pesar, Gregorio V. ¿O me equivoco?

GERBERTO.— Nada tengo contra él. Ahora, no os suponía tan bien informado.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— Más informadores que armados: así es como se consiguen las victorias. Con el enemigo, importa tanto deslumbrarlo con halagos, para disuadirlo, como conocer sus flaquezas para, llegado el caso, derrotarlo. Que no hay buen gobierno sin informaci3n.

GERBERTO.— De la fastuosidad de vuestro protocolo ya tenía noticia por como recibisteis al Rey de Navarra.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— Ahora soy yo el sorprendido.

GERBERTO.— Venía a negaros el tributo, y se debió sentir tan halagado que, no sólo se ratificó como tributario, sino que, en seña de vasallaje, dejó a su hija Blanca en vuestro harén. *(A la reciproca.)* ¿O me equivoco?

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— Ya veo que también vos tenéis informadores.

GERBERTO.— Suelo preguntar a cuantos viajan por al-Ándalus. *(Con intención.)* Para aprender.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— ¿Estaréis informado, entonces, de la conquista de Compostela?

GERBERTO.— Una humillaci3n innecesaria. Una afrenta a toda la Cristiandad.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— Mantener como tributarios a todos y cada uno de los reinos de la península requiere, además de boato e informaci3n, cierto empleo de la fuerza; que son muchos los cabos de la urdimbre en la que se teje el poder.

GERBERTO.— Oyéndoos hablar, no reconozco en vos al vendedor de paños y brocados, proveedor del Alcázar; ni al copista que me introdujo en su biblioteca.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— Mal asunto si, ahora que gobierno el Califato, pensara igual que el aprendiz de jurisconsulto que aspiraba a impartir justicia...

GERBERTO.— En la Mezquita aljama. Lo recuerdo.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— Y lo logré: Cadí de la Cora de Sevilla me nombraron. Pero todo cambia. ¿O vos no habéis cambiado?

YUSUF.— ¡Cambiar? ¡Sigue buscando la Cabeza del Diablo!

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— Increíble.

YUSUF.— Qué perseverancia.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— Yo diría, más bien, obstinación.

GERBERTO.— *(Incómodo.)* En realidad, ya no la buscaba... cuando la encontré. *(Y aclara con premura.)* No es que la tenga en mi poder, pero creo saber dónde está.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— ¿Y... puede saberse dónde está?

GERBERTO.— La tenéis vos.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— *(Divertido.)* ¿Yo?

GERBERTO.— Perteneció a al-Hakam, y es lógico pensar que, a su muerte, pasara a ser propiedad de su hijo, por lo que debe estar bajo vuestro control.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— *(Con sorna.)* Explicaos. A ver si va a resultar que presumo de saber todo lo que ocurre desde Damasco hasta Normandía, y vivo ignorante de mi fortuna.

GERBERTO.— Durante mucho tiempo, ingenuamente pensé que la Cabeza del Diablo era solo eso: una cabeza; cuando tal vez se nombre así a aquello que de la cabeza se deriva, o sea, su pensamiento. Algo que sólo se podía materializar en un libro y que, finalmente, resultó ser un legajo. Unos pergaminos y algunos pa-

piros, que al parecer se custodiaban en la Biblioteca de Alejandría. Y que, por fortuna, alguien salvó del incendio. *(Pausa.)* Uno de mis mandatarios, que viajaba con el encargo de comprar libros de matemáticas y astronomía, presencié cómo un mayordomo de palacio lo adquiriría en el zoco para la biblioteca del Califa.

*ALMANZOR y YUSUF cruzan miradas significativas.*

YUSUF.— ¿Estáis seguro de eso?

GERBERTO.— A eso he venido, a cerciorarme. *(A ALMANZOR.)* Y espero contar con vuestra autorización para examinar el legajo.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— Pues mucho me temo que vuestro viaje haya sido en vano.

GERBERTO.— ¿Vais a negarme la autorización?

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— Hace unos meses mandé quemar la biblioteca.

GERBERTO.— *(Fuera de sí.)* ¿Habéis quemado la biblioteca del Alcázar?

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— Yo no es que tuviera el menor interés, pero los Alfaquíes se empeñaron en que había que deshacerse de ciertos libros si no queríamos que sus ideas corrompieran a nuestra juventud. Y ya sabéis cómo son de dogmáticos los hombres de Iglesia. Insistieron tanto que, para granjearme su simpatía —en política, cualquier apoyo puede ser necesario—, accedí.

GERBERTO.— *(Incrédulo e indignado.)* ¡Habéis quemado cuatro mil volúmenes?

*YUSUF le tira de la ropa para que se modere.*

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— No, no, todos no. Los de medicina, matemáticas y religión siguen en los anaqueles. Fue sólo un expurgo: filosofía, alquimia, astronomía...

GERBERTO.— Pero eso es un crimen, mayor aún que el de vuestras tropelías.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— *(Frío.)* ¿Habéis venido a mi casa para insultarme?

GERBERTO.— ¡Un atentado! ¡Un crimen! ¡Una felonía!

YUSUF.— *(Tirándole de la ropa.)* Conteneos.

GERBERTO.— Habéis asesinado la memoria de la humanidad. ¡Córdoba, envidia del mundo por su sabiduría, convertida en hoguera!

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— *(Impasible.)* Dais excesiva importancia a esos escritos.

GERBERTO.— ¡Excesiva importancia, cuando todo el saber ha sido aniquilado?

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— ¿Sabéis lo que dijo Omar cuando incendió la Biblioteca de Alejandría? “Si esos libros decían lo mismo que el Corán, eran innecesarios; y si decían lo contrario, eran intolerables”. *(Pausa.)* Entonces escapó de la quema, pero estaba escrito que ese legajo acabaría en el fuego. *(Indicando a YUSUF que le siga.)* Y ahora debemos acudir a la Mezquita para supervisar los últimos detalles. Espero veros con más calma antes de que os marchéis.

*ALMANZOR inicia la salida seguido de YUSUF, deteniéndose ambos al ser interceptados por GERBERTO.*

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.— ¿Sí?

GERBERTO.— Sólo quería desearos que mejorara de vuestra diarrea.

*Y aún continúan enfrentados cuando se hace el OSCURO.*





## ESCENA 2ª

(Córdoba, 997 d. C. / 381 H.)

*A la puerta de una cueva, en la Tebaida cordobesa, ABEN MASARRA y GERBERTO conversan, sentados en sendos poyetes, el uno frente al otro.*

ABEN MASARRA.— ¿Y quién fue quien os dijo que hablarais conmigo?

GERBERTO.— Cuando supe que el legajo había sido destruido, tentado estuve de volverme a Aquitania; pero pensé: si son libros que corrompen, alguien habrá sido corrompido. Se trataba, por tanto, de buscar entre quienes mantuvieran posturas contrarias al dogma. Y fue así: merodeando en torno a la Mezquita, como di con un grupo de malakíes que, ricamente ataviados, discutían sobre los dictados de la moda. Pretendían, los muy insensatos, cambiar el sistema revolucionando el modo de vestir.

*Ambos sonríen.*

ABEN MASARRA.— Manifiestan su descontento con mesura para obtener así algún favor en pago por su moderación.

GERBERTO.— Me parecieron ridículos.

ABEN MASARRA.— Y lo son; pero también peligrosos, porque pueden cambiar de bando a poco que el poder les tienda la mano. Que a estos lo que les molesta no es cómo se organiza la sociedad, sino el hecho de no ser ellos los que la organizan.

GERBERTO.— Hablé también con un grupo de conspiradores, cortesanos esclavos caídos en desgracia tras el ascenso de los bereberes. Al menos estos no engañan a nadie, pensé, aunque tampoco aquí averiguaré nada del libro. *(Pausa.)* Sin embargo, fue en una de sus tertulias donde oí hablar por primera vez de la Escuela de Pechina. Ignoraba entonces que fueran seguidores de Aben Masarra. Sus comentarios eran tan despectivos, tan viscerales, que su odio me hizo concebir esperanzas. Ya me disponía a viajar a Almería, cuando supe que también podía encontrar discípulos de Masarra en las ermitas de la sierra. Y ese es el motivo por el que he venido hasta aquí.

ABEN MASARRA.— Y no errasteis del todo el camino, pues hace años lo tuve en mis manos. Un valioso legajo.

GERBERTO.— *(Sin poder ocultar la perturbación.)* ¿Lo conocéis? ¿Lo habéis... lo habéis leído?

ABEN MASARRA.— Lo escribió Dhu'l-Nun, el Egipcio, Maestro de muchos de nosotros. O el Señor de los Peces, como también se le conoce. Un sabio: leía los jeroglíficos sin haber sido enseñado. El libro llegó a al-Ándalus en manos de un rabino, Moies ben Hanoch, quien, junto a su hijo, fue vendido como esclavo tras ser hecho cautivo en las costas de Sicilia; si bien ya en Córdoba, al ser versado en lenguas, encontró acomodo como traductor en la biblioteca de Palacio; y allí acabó sus días.

GERBERTO.— Yo estuve en esa biblioteca, luego pude conocerle.

ABEN MASARRA.— Pero el libro ya no estaba allí. En tiempos de Abderramán, el libro... se extravió *(dicho con intención)*; de hecho

estuvo en nuestro poder hasta que, hará unos años, (*gesto de resignación*) volvió a extraviarse. Ignoraba que hubiera vuelto a la biblioteca del Alcázar y, por tanto, que lo hubieran destruido en el expurgo.

GERBERTO.— ¿Mencionaba la Cabeza del Diablo?

ABEN MASARRA.— No sabría deciros. Hacía, sí, referencia a una entidad que en ocasiones describía como ‘hombre con cabeza de ave’; o ‘voladora’, quiero recordar que decía.

GERBERTO.— ¿Dorada?

ABEN MASARRA.— Resplandeciente. (*Con malicia.*) Y también mencionaba el oro.

GERBERTO.— No será un tratado de alquimia.

ABEN MASARRA.— Trataba de los tesoros que cada hombre tiene la necesidad... y la obligación de encontrar. Y contaba cómo él, con la ayuda de esos papiros, había encontrado el suyo. Lamento no haber puesto más atención en la lectura de ese pasaje. Claro que era un texto hermético al que se podía acceder por distintas entradas; así que de nada os hubieran valido las enseñanzas que yo hubiese podido obtener, pues, al ser otras vuestras preguntas, otras hubieran sido sus respuestas.

GERBERTO.— Siempre desconfié del hermetismo.

ABEN MASARRA.— Mucho esfuerzo el vuestro para encontrar un libro que no os merece confianza.

GERBERTO.— Ignoraba que fuera un libro impenetrable.

ABEN MASARRA.— (*Displicente.*) ¿Pensabais, acaso, que describiría con claridad el modo de adueñarse del mundo?

GERBERTO.— Tal vez pequé de ingenuo. Pero es que, ante los mensajes oscuros, siempre tuve la sensación de que era yo quien debía ponerlo todo; pues ellos, de por sí, tras su “misteriosa” oscuridad sólo ocultaban el vacío.

ABEN MASARRA.— Nada tiene un valor en sí; somos nosotros quienes se lo damos. ¿Qué valor tiene el oro que buscáis? Ninguno. Son los sueños que queréis alcanzar con él los que lo hacen valioso. Y es que, a la postre, todo en la vida es un espejo —más aún los metales pulimentados—, y así, en el espejo de nuestros actos es donde mejor se advierte lo que somos.

GERBERTO.— Valga que los espejos tengan tantas imágenes como miradas se contemplen en ellos; pero que un mismo escrito, dependiendo de quién lo lea, signifique lo uno y lo contrario, no me parece acorde con la razón.

ABEN MASARRA.— Pero sí con el misterio.

GERBERTO.— ¿Con el misterio? No os entiendo. ¿Fuisteis proscritos por defender la razón frente al dogma, y ahora me habláis de misterios?

ABEN MASARRA.— Existe una ciencia probatoria y una ciencia revelada. La una se alcanza con el esfuerzo; la otra, en cambio, es atributo de la bondad. Así, el santo ve naturalmente lo que el científico tarda siglos en probar. El poeta intuye el universo, el astrónomo lo demuestra; sin embargo, el universo es uno. Por eso,

frente a los que defienden una sola vía de conocimiento, nosotros oponemos la contraria; pues aunque las dos son equivalentes, sólo avanzando con ambas, igual que avanzamos con los dos pies, es posible acercarse a la verdad.

GERBERTO.— No cuestiono la fe, siempre que se la considere un acto íntimo, pero me sublevo cuando alguien la utiliza como argumento en su provecho.

ABEN MASARRA.— También hay quien comete atrocidades que luego justifica con razones, lo cual no significa que la razón sea una atrocidad.

GERBERTO.— Me está siendo tan duro ganarme el derecho a pensar ateniéndome a la razón que difícilmente puedo entender que defendáis el hermetismo.

ABEN MASARRA.— Ni defendemos ni atacamos nada. Tanto la razón como el misterio son vías de acercamiento, y lo decimos (*recalcando*), como es lógico, sin ser dogmáticos frente al dogmatismo.

GERBERTO.— (*Irónico.*) Tal vez no os falte... razón.

ABEN MASARRA.— (*Tras una pausa.*) ¿Y qué pensáis hacer, ahora que ya sabéis que no tiene sentido continuar buscando?

GERBERTO.— Continuar buscando. Alguien más pudo haberlo leído.

ABEN MASARRA.— Una actitud poco razonable, que más tiene que ver con la fe.

GERBERTO.— Puede, incluso, que el mercader que lo vendió a Palacio mandara hacer una transcripción.

ABEN MASARRA.— Pudiera ser.

GERBERTO.— Mientras exista alguna posibilidad...

ABEN MASARRA.— ¿Aun siendo un libro hermético?

GERBERTO.— ¿Lo censuráis?

ABEN MASARRA.— Al contrario. Nada tan encomiable como el esfuerzo por alcanzar un imposible.

GERBERTO.— Sea por convencimiento, o por necesidad, el deseo de poseer esa Cabeza permanece inalterable desde que tengo conocimiento de mí; que aunque la vida me fue transformando en un hombre distinto, ese empeño jamás me abandonó.

ABEN MASARRA.— Dichoso el hombre que se aferra a un sueño inalcanzable.

GERBERTO.— ¿Inalcanzable? Yo voy a alcanzarlo, ¡tengo que alcanzarlo!

ABEN MASARRA.— Justo en esa certeza, que nada tiene que ver con que lo consigáis, es donde reside su virtud.

GERBERTO.— De niño tuve un sueño en el que me prometieron la inmortalidad y el dominio del mundo, y estoy decidido a emplear toda mi vida en exigir su cumplimiento.

ABEN MASARRA.— ¿Exigir? ¿A quién se lo exigís?

GERBERTO.— (*Tras dudarlo.*) A mí.

*OSCURO.*



ESCENA 3ª

(Córdoba, 997 d. C. / 381 H.)

*GERBERTO está sentado en un poyete, junto a las tapias del Alcázar, cuando entra YUSUF.*

YUSUF.— Por fin. Os hice buscar por toda Córdoba.

GERBERTO.— *(Distante.)* Pues aquí me tenéis.

YUSUF.— Me aseguraron que estabais en Pechina, y a punto estuve de...

GERBERTO.— Tuve intención de ir, pero no fue necesario.

YUSUF.— Hicisteis bien, que no es un lugar seguro.

GERBERTO.— ¿Y eso?

YUSUF.— Desde que se declarara república independiente, allí acuden en busca de refugio todos los desalmados y descreídos del Califato.

GERBERTO.— Tenía entendido que era el feudo de los masarríes.

YUSUF.— Precisamente.

GERBERTO.— Conozco a algunos, y no me parecen gente peligrosa.

YUSUF.— ¿Ah, no? Pues practican el sexo libre.

GERBERTO.— *(Con sorna.)* ¿Y eso os parece mal?

YUSUF.— Además, son comunistas.

GERBERTO.— ¿Comunistas?

YUSUF.— Sí, no reconocen la propiedad privada.

GERBERTO.— Eso ya, entiendo que os altere.

YUSUF.— Pero dejemos a esos renegados. *(Confidencialmente.)* Tengo noticias.

GERBERTO.— *(Cambiando radicalmente de actitud.)* ¿Del libro?

YUSUF.— No podía deciros nada en presencia de Almanzor, pero creo saber dónde está.

GERBERTO.— ¿No lo quemaron?

YUSUF.— Cuando el expurgo, los Mayordomos hicieron una gran hoguera junto a la alberca de los arrayanes, y allí fueron quemando cuantos escritos les arrojaban desde la biblioteca.

GERBERTO.— ¿Entonces?

YUSUF.— Tened paciencia. *(Retomando el relato.)* Todo iba bien hasta que, al parecer, el viento empujó la humareda hacia los jardines del harén. Había que oír a las concubinas, cómo se pusieron. Almanzor, por no oírlas, propuso hacer la fogata en la otra orilla; a lo que se opusieron los Alfaquíes, no fuera que, con el traslado, se extraviara algún volumen. Finalmente, acordaron arrojarlos al pozo que hay junto al aljibe y cubrirlos con piedras y tierra. Y eso fue lo que hicieron.

GERBERTO.— ¿Pues a qué esperamos? Vayamos a desenterrarlo.

YUSUF.— Demasiado tarde. Esa misma noche estuvieron cavando en el pozo. Un empleado de Palacio sobornó a los Mayordomos y se llevó consigo unos pergaminos.

GERBERTO.— Pudo tratarse de otro escrito.

YUSUF.— ¿Iba nadie a arriesgarse a que le cortaran las manos por un legajo cualquiera?

GERBERTO.— Tal vez tengáis razón.

YUSUF.— He tratado de hacerme con el manuscrito sin infundir sospechas.

GERBERTO.— *(Sorprendido.)* ¿Sabéis quién fue quien lo desenterró?

YUSUF.— A un Visir de Finanzas no se le oculta nada.

GERBERTO.— ¿Y?

YUSUF.— No hay manera de entrar en la casa. Por más que envié buhoneros, lampistas y mercaderes, no fue posible que pasaran del zaguán. Ha debido prohibirle a su hija que, en su ausencia, le abra la puerta a nadie.

GERBERTO.—Pues habrá que encontrar un pretexto que nos permita... ¿A qué se dedica?

YUSUF.— Es rabino. Y traductor en la biblioteca de Palacio.

GERBERTO.— *(Rápido.)* ¿Moies ben Hanoch?

YUSUF.— ¿Le conocéis?

GERBERTO.— Entonces no hay duda. Según me han contado, fue su padre quien lo llevaba consigo cuando lo hicieron cautivo en las costas de Sicilia.

YUSUF.— Eso concuerda. Pero, ¿quién os lo ha contado?

GERBERTO.— El caso es que, ya en Córdoba, el legajo se extravió y fue a parar a manos de los masarríes. Ellos fueron quienes me lo contaron.

YUSUF.— ¿Veis lo que os decía?

GERBERTO.— Y estuvo en su poder hasta que, años más tarde, volvió a extraviarse. Un mandatario —el frailecillo que conocisteis— presenció cómo unos rabinos decían adquirirlo para la biblioteca del Alcázar, ¿dónde mejor?, para tenerlo a buen recaudo. Por eso parece razonable que fuera Ben Hanoch el que lo salvara de la quema.

YUSUF.— Mis sospechas resultan más fundadas de lo que yo mismo creía.

GERBERTO.— Todo concuerda. Tenemos que encontrar el modo de hacernos con el legajo.

YUSUF.— Salvo la violencia, lo he intentado todo.

GERBERTO.— Tampoco es cuestión de que lo consigamos a mano armada, que eso nos delataría. *(Pausa.)* Habéis dicho que tiene una hija, ¿no?

YUSUF.— Así es.

GERBERTO.— ¿Viven solos?

YUSUF.— Sí, que yo sepa.

GERBERTO.— Espero no haber perdido mis dotes de seductor.

YUSUF.— (*Divertido.*) ¡Voto a... que jamás se me hubiera ocurrido tal cosa!

GERBERTO.— ¿Qué edad tiene?

YUSUF.— Algo más de treinta.

GERBERTO.— Bien.

YUSUF.— Aunque os prevengo de que no es muy agraciada.

GERBERTO.— Más a nuestro favor.

YUSUF.— Seguíis tan loco como cuando teníais veinte años.

GERBERTO.— ¿Vive en la judería?

YUSUF.— En el recodo de un salsipuedes.

GERBERTO.— Llevadme, pues, hasta su casa, para que me haga con los vericuetos, por si fuera menester darse a la fuga. Que mañana, en cuanto el rabino haya salido, le pondré asedio a la plaza.

YUSUF.— Iré con vos, que no quisiera perderme ese lance.

*Gesto contrariado de GERBERTO.*

YUSUF.— Iría discretamente.

GERBERTO.— Sería preferible que no volvieran a vernos juntos.

YUSUF.— ¿No pensaréis marcharos sin cumplir nuestro trato?

GERBERTO.— Puede que exista una secta secreta vinculada al libro. Y, si es así, no conviene que nos asocien; para, llegado el caso, poder socorrernos mejor.

YUSUF.— Parece razonable.

GERBERTO.— Si, como espero, dentro de ese libro se oculta un gran tesoro, necesitaré vuestra ayuda para administrar tanta riqueza. (*Reacciona.*) Salvo que trabajar para un cristiano os suponga alguna reserva de tipo religioso.

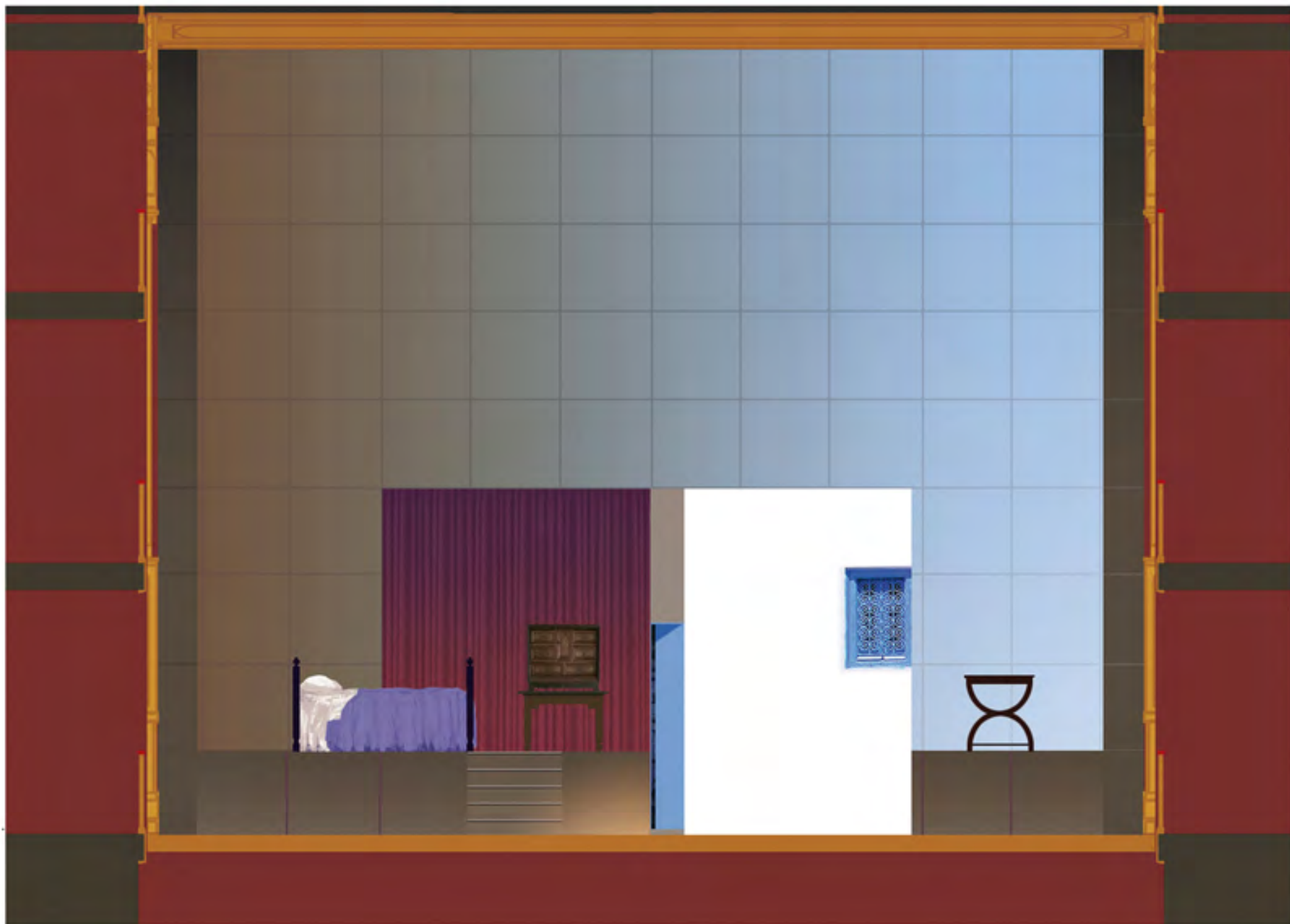
YUSUF.— Nuestra religión no se entromete en esas cuestiones. De hecho, yo nací en Barcelona, y aquí me tenéis, al servicio del Califato.

GERBERTO.— Pues si es así, en Roma nos veremos.

YUSUF.— Me coge algo cansado para viajar a Italia; pero ya encontraré a quien se ocupe de nuestros intereses; aunque, de momento, no creo que ese asunto deba preocuparnos, que contando con la ayuda y consejo de la Cabeza del Diablo, no se me alcanza mejor aliado para un financiero.

*Y riendo, GERBERTO y YUSUF inician la salida mientras se hace el OSCURO.*





#### ESCENA 4ª

(Córdoba, 997 d. C. / 381 H.)

*SARA lee un libro en una de las estancias de la casa. GERBERTO llega hasta la puerta y golpea con la aldaba. SARA baja al zaguán y, cuando cesa la música, ya ambos conversan, puerta por medio.*

GERBERTO.— ¿Y no sabéis cuándo regresará?

SARA.— No acostumbra volver hasta entrada la noche.

GERBERTO.— Os advertiría al menos de mi llegada.

SARA.— Nada me dijo.

GERBERTO.— Debió olvidarlo, qué contrariedad. Sí, debió olvidarlo, pues me mandó recado pidiéndome que pasara sin falta para recoger un legajo. Por eso vine a Córdoba.

SARA.— Sí es contrariedad, pero nada puedo hacer.

GERBERTO.— Al parecer, se trataba de unos extraños manuscritos que quería que le transcribiera. Tenéis que haberlos visto.

SARA.— Es probable que estén en su aposento, aunque no sabría decirlos.

GERBERTO.— ¿Vos no seréis, por ventura, su hija Sara?

SARA.— ¿Conocéis mi nombre?

GERBERTO.— En más de una ocasión os mencionó en sus cartas ponderando vuestras cualidades.

SARA.— Elogios de padre, más fundados en el cariño que en la verdad.

GERBERTO.— No fue esa mi impresión, que sus escritos, aunque discretos en la lisonja, eran tan sugerentes que, según caminaba hacia acá, al evocarlos, me enardecía solo con imaginar mujer de semejante porte y condición.

SARA.— De vuestras palabras concluyo que sois un joven cortesano diestro en la plática y el galanteo.

GERBERTO.— No, para mi desgracia; que soy hombre maduro y poco ducho en el arte de cortejar, por mi falta de mundo y mi timidez.

SARA.— ¿Tímido vos? No me lo parecéis.

GERBERTO.— Si no fuera por este portón, que se interpone para mi desdicha, sólo con sentir vuestra mirada, sería incapaz de articular palabra.

SARA.— Ya me gustaría presenciar semejante prodigio, que se me hace imposible que un hombre con vuestras expresiones pudiera quedar mudo por el solo motivo de que yo le mirara.

GERBERTO.— Incapaz del más mínimo requiebro. Tal es mi cortedad que hasta tartamudeo en presencia de una mujer. Cuanto más si sois vos la que me mira.

SARA.— Así será, mas no me negaréis que es cosa extraordinaria.

GERBERTO.— Lo habíais de ver si no fuera porque me es imposible aguardar a que regrese vuestro padre.

SARA.— *(Con cierta alarma.)* ¿Tenéis prisa en partir?

GERBERTO.— He de rendir jornada en la Cora de Elvira, donde han de dictarme unas encomiendas.

SARA.— *(Con fastidio.)* Pues sí es contrariedad.

GERBERTO.— Como jamás hubiera imaginado, que no concibo mayor infortunio que el de estar junto vos y no poder gozar del suplicio de vuestra mirada.

SARA.— Podría miraros desde la ventana, si tanto os gusta que os mortifiquen.

GERBERTO.— ¿Haríais eso por mí?

SARA.— Nada arriesgo con abrir el postigo. Y si con ello doy remedio a un caminante...

*SARA sube las escaleras, abre el postigo y muestra su rostro; que, tal como advirtiera YUSUF, no es muy agraciado. GERBERTO, visiblemente conmovido por su fealdad, logra sobreponerse.*

GERBERTO.— Astros del firmamento, ¿cómo es posible que, conociendo las perfecciones de esta cara, no haya habido, entre tanto destello rutilante, una estrella fugaz que me guiara para encontrarme antes con la amada?

SARA.— ¿Por amada ya me requebráis?

GERBERTO.— Tal es mi inclinación, que gustoso diera mi vida por entrar a vuestro servicio.

SARA.— ¿Y vos sois el que tartajeaba en presencia de mujer?

GERBERTO.— *(Fingiendo sorpresa.)* No sé qué pudo ocurrir. Claro que jamás había gozado de visión semejante.

SARA.— Eso puedo creerlo. *(Con intención.)* Y llamarlo visión me parece acertado.

GERBERTO.— Maravillado estoy. Y es que vuestra sonrisa ni azora ni intimida.

SARA.— *(Tras mirarlo un largo rato.)* Parecéis hombre ponderado y de buenas maneras. *(Recreando el doble sentido.)* Cierto que sois algo maduro; y aunque no estéis ya para muchas caminatas, aún se os ve capaz de dar un buen paseo. Si no al trote, al paso, que la cuestión es llegar. Ahora bien, lo que no acabo de entender es cómo habiendo proclamado defectos que no poseéis, me habéis ocultado en cambio que sois ciego.

GERBERTO.— ¿Ciego yo?

SARA.— ¿Si no, cómo se entiende que no hayáis reparado en mi fealdad? ¿O es que sois un embaucador que trata de seducirme, y es ésa la causa que os mueve a lisonja?

GERBERTO.— Bueno, yo... yo... yo...

SARA.— ¡Albricias, al fin tartajeáis! Temía no haberos gustado.

GERBERTO.— Puede que al expresarme tal como recomiendan los manuales amatorios haya cometido algún exceso, mas nada he dicho que no tenga por cierto.



SARA.— Pues no deberíais someteros a preceptiva alguna, que cuando os manifestáis según vuestro natural, aumenta vuestra galanura y con ella el peligro.

GERBERTO.— ¿Peligro? Decidme qué palabra os hizo peligrar para no dejar de repetirla.

SARA.— Peligro, sí, mas no el que imagináis; que no debiera holgarme con lances y requiebros por temor a la maledicencia de quienes pudieran vernos.

GERBERTO.— Si tal teméis, doy por acabada mi buena fortuna; que no quisiera dañar vuestra fama con mi torpeza. Y, a menos que lo impidáis, me obligo y tomo el camino de Elvira.

SARA.— ¿Y cómo podría yo, pobre de mí, impedir vuestra marcha?

GERBERTO.— Dándome ocasión para que busque el legajo que vuestro padre olvidó encomendaros.

SARA.— Siendo así, no permitiré que marchéis sin esos pergaminos, no sea que mi padre me reprenda por ello. (*Baja del ventano y le abre el portón.*) Entrad y revolved en aquello que se os antoje, a ver qué es lo que encontráis. (*Mostrando con descaro su fealdad.*) ¿No lo estaréis dudando?

GERBERTO.— ¿Ante la puerta del paraíso?

*GERBERTO entra en la casa.*

SARA.— Espero no quedar defraudada por tanto atrevimiento.

GERBERTO.— No tengáis cuidado, que no osaré atentar contra vuestro decoro.

SARA.— (*Para sí.*) Pues vaya chasco. (*Y cierra el portón.*)

GERBERTO.— ¿Y dónde creéis que debería ponerme a buscar?

SARA.— (*Divertida.*) En la cama.

GERBERTO.— (*Seco.*) ¿En la cama?

SARA.— Sí, en la cama, que bien pudiera estar entre los almohadones. Que anoche, ya en el lecho, vi cómo mi padre lo encintaba con esmero; tal vez preparándolo para vos.

GERBERTO.— Pues en tal caso, no perdamos el tiempo y vayamos a la cama.

SARA.— Dicho así, parece otra la proposición. (*Insinuación, que al no recibir la respuesta esperada, se torna en decepción.*) En fin, seguidme y buscaremos; por ver si sacamos algo en claro.

*Sube la escalera. Y GERBERTO la sigue.*

GERBERTO.— Vamos allá.

*Al llegar al lecho, SARA se recuesta y busca entre los almohadones; GERBERTO, en cambio, se mantiene en pie.*

SARA.— (*Mostrándole un legajo.*) ¿Os parece que pudiera ser éste?

GERBERTO.— (*Abalanzándose.*) Dejadme ver.

SARA.— Echaos a mi lado y así podremos leerlo juntos.

GERBERTO.— (*Apartándose sin apartarse.*) ¿Dice si fue Dhu'l-Nun quien lo escribió?

SARA.— *(Comprobándolo.)* Sí, aquí se advierte. Pero acercaos y vedlo vos mismo. *(Y se abraza a sus piernas.)*

GERBERTO.— Deberíamos mantener la distancia, o acabaré incumpliendo la promesa de respetaros.

SARA.— Si es por eso, os eximo de todo compromiso.

GERBERTO.— Me pesaría que creyeráis que traté de engañaros.

SARA.— No tengáis cuidado. Que a mí no hay quien me engañe si yo no quiero.

*SARA tira de él con fuerza y lo echa en la cama.*

GERBERTO.— *(Ya en el lecho, forcejea por hacerse con el legajo.)* Déjadmelo ver.

SARA.— Mejor lo guardo aquí *(y lo mete bajo un almohadón)*, que tiempo tendréis de disfrutarlo cuando lo llevéis con vos; en cambio, yo, el disfrute que ese legajo pueda proporcionarme, si no lo disfruto ahora, no lo disfrutaré jamás. *(Y se abalanza sobre él.)*

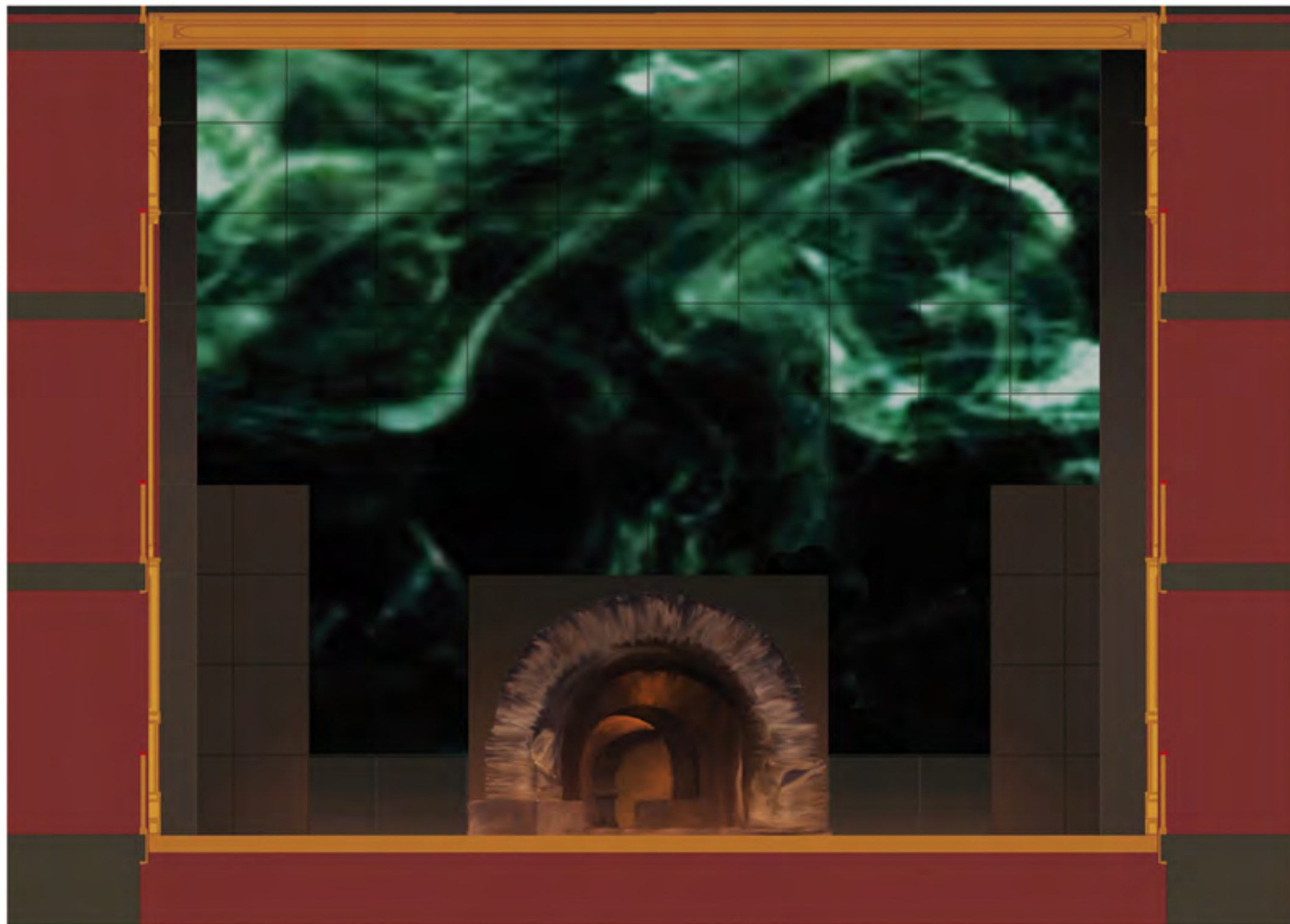
GERBERTO.— *(Forcejeando por escapar.)* Considerad que puede venir vuestro padre, y sería muy embarazoso si nos sorprendiera en una mala postura.

SARA.— No os preocupéis por él, que para cuando regrese ya habréis partido con el legajo; que no suele volver si no es caída la tarde; y de aquí a que eso ocurra, tiempo tendréis de descansar tantas veces como seáis capaz de cansaros.

GERBERTO.— *(Suplicante.)* Mirad que con estas acciones ofendemos al Altísimo.

SARA.— No tengáis reparo en ello, que Él no es ciego y conoce mis encantos, por lo que, en su infinita sabiduría, no os lo anotará con los pecados, sino junto a las obras de misericordia.

*Y mientras GERBERTO se deja hacer, se hace el OSCURO.*



## ESCENA 5ª

(Córdoba, 997 d. C. / 381 H.)

*De nuevo a la puerta de la cueva, sentados en sendos poyetes, ABEN MASARRA observa cómo GERBERTO ata con una cinta el legajo que acaba de leer.*

ABEN MASARRA.— ¿Y bien?

GERBERTO.— Teníais razón.

ABEN MASARRA.— Aunque cerrado en apariencia, el libro siempre abre una puerta a quien se acerca a él con una llave.

GERBERTO.— Conforme lo leía, llegué a pensar que era un mensaje escrito para mí.

ABEN MASARRA.— El universo espera ser descubierto, aunque necesita de nuestro esfuerzo. Y vos habéis perseverado.

GERBERTO.— Jamás imaginé que alguien, desde el pasado, pudiera responder a mis preguntas de forma tan certera.

ABEN MASARRA.— Os referis, sin duda, al cuento del tesoro, ¿o me equivoco?

GERBERTO.— Mis sueños y lo que aquí he leído se complementan como fragmentos de una misma realidad. Cierto que Dhu'l-Nun se refiere a una estatua de Thot... Y lo sabía, conocía su existencia, pero jamás pensé que pudiera ser Thot a quien veía en mis sueños.

ABEN MASARRA.— El hombre con cabeza de ave.

GERBERTO.— Justo. Y esa es la conexión. Esa es la clave. En los jardines de Tívoli hay una estatua de Mercurio...

ABEN MASARRA.— ¿Tívoli? ¿Mercurio? No recuerdo haber leído...

GERBERTO.— Porque él habla de Thot. De una estatua de Thot que había junto al Nilo. Pero, como sabéis, el hombre con cabeza de ave al que los egipcios llamaban Thot, y los griegos Hermes, en Roma era venerado como Mercurio. El hombre con cabeza voladora.

ABEN MASARRA.— ¿Y eso le da respuesta a vuestras preguntas?

GERBERTO.— También Dhu'l-Nun buscaba un gran tesoro. Es tanta la semejanza de lo que él cuenta con lo que yo he vivido... *(Pausa.)* En la antigua residencia de verano de los emperadores romanos, junto al canal que Adriano mandó construir rememorando el Nilo, hay una estatua de Mercurio en cuyo pedestal puede leerse la misma inscripción que, según Dhu'l-Nun, había grabada bajo la estatua de Thot.

ABEN MASARRA.— “Aquel que busque encontrará un tesoro”.

GERBERTO.— Sorprendente, ¿no? Y no acaban ahí las coincidencias: al igual que Thot, también Mercurio señala una colina como el lugar donde se esconde el oro.

ABEN MASARRA.— ¿También en Roma viven con la esperanza de encontrar un tesoro?



GERBERTO.— No habrá habido romano, en los últimos siglos, que no haya cavado en esa loma. Tal es así, que, de tanto remover la tierra, han cambiado la colina varias veces de sitio. Cuando al parecer no hay que buscar donde la mano indica —Dhu'l-Nun lo descubrió, descifrando unos papiros—, sino donde se proyecta su sombra a la hora en la que el sol alcanza el cenit.

ABEN MASARRA.— Un bello pasaje del que yo también obtuve grandes beneficios. (*Reforzando la intención.*) Aunque ni una moneda.

GERBERTO.— Pues contiene las claves con las que encontrar un gran tesoro. Cuando los bárbaros saquearon Roma, cuentan que Honorio huyó a su residencia de verano, y allí, en los jardines de Tívoli, enterró el oro del Imperio. La estatua de Mercurio señalando y la inscripción hermética coinciden con la argucia que relata Dhu'l-Nun y que Honorio, sin duda, conocía.

ABEN MASARRA.— No parece una idea descabellada.

GERBERTO.— Estremece pensar que, seis siglos más tarde, el oro del Imperio Romano... (*Y rectifica.*) ...del Imperio Cristiano pueda restablecer la unidad de la Cristiandad y alcanzar así el triunfo del espíritu frente al mal.

ABEN MASARRA.— Curiosa, cuanto menos, esa relación entre el oro y el espíritu. Sea como fuere, es evidente que el legajo ha sido escrito para vos. Como también fue escrito para mí.

GERBERTO.— Aunque, según decís, fueron otros los beneficios. (*Tras dudarle.*) ¿No podría yo acceder a ellos?

ABEN MASARRA.— Necesitaríais otras llaves.

GERBERTO.— ¿Otros conocimientos?

ABEN MASARRA.— Otros fines. Reparad en que el hombre de cabeza voladora, y es cuanto puedo deciros, si bien señalaba indicando que sus tesoros estaban ocultos en la lejanía, lo cierto es que los tenía muy cerca de él.

GERBERTO.— ¿Es la sabiduría, el propio conocimiento, lo que hace que resplandezca la cabeza voladora?

ABEN MASARRA.— No os precipitéis —tampoco es un acertijo—, que ya tendréis tiempo para meditar.

GERBERTO.— El manuscrito da una respuesta precisa a una pregunta concreta; sin embargo, de su lectura surgen nuevas preguntas.

ABEN MASARRA.— Cuando logréis el oro, veréis como vuestras acciones os reflejarán en él como en un espejo. Preguntaos entonces, ante vuestra imagen, qué es lo que realmente queréis, qué tesoros son los que buscáis.

GERBERTO.— ¿También vos me habláis en clave?

ABEN MASARRA.— Nada es clave de nada, aunque todo se relacione entre sí. Por eso conocer lo que nos rodea nos ayuda a conocer nuestro interior.

GERBERTO.— ¿Valdría igual en sentido inverso?

ABEN MASARRA.— Igual valdría. Y es tan fácil encontrar las conexiones para quien las quiera encontrar, como imposible para quien se niegue a establecer la relación.

GERBERTO.— Os echaré en falta. Aunque sólo sea por las preguntas que me suscitan vuestras respuestas.

ABEN MASARRA.— No creo que exista una respuesta final, solo eslabones de una interminable indagación. *(Breve pausa.)* Y ahora debéis iros. Cuando Moies advierta que le habéis arrebatado el legajo, enviará a sus gentes en vuestra busca.

GERBERTO.— No creo. No sabe quién soy.

ABEN MASARRA.— ¿Lleváis tres lunas en Córdoba preguntando a todo el mundo por el legajo, y pensáis que le habéis podido pasar inadvertido?

GERBERTO.— Tenéis razón.

ABEN MASARRA.— Además, será aquí donde primero os busque.

GERBERTO.— A su hija le dije que partía hacia Elvira.

ABEN MASARRA.— Pues que sea notorio. Dejad un rastro claro, y cuando lleguéis al puente que hay junto a la alameda, ocultaos bajo el tercer ojo. Allí los oiréis galopar sobre vuestra cabeza, mas nada podrán contra vos. A la noche, con sigilo, desandáis lo andado; y cualquier camino os llevará a Roma.

GERBERTO.— Con frecuencia suelo enviar mandatarios a al-Ándalus para que adquieran libros de diversos saberes. Tal vez a través suyo podríais asistirme con vuestro consejo.

ABEN MASARRA.— Me agradará tener noticias vuestras.

GERBERTO.— Mas ¿por quién deberán preguntar? Ignoro vuestro nombre.

ABEN MASARRA.— Aben Masarra.

GERBERTO.— *(Incrédulo.)* ¿Aben Masarra, hijo de los Masarra de Jaén?

ABEN MASARRA.— Así es.

GERBERTO.— Pero... pero Aben Masarra murió hace mucho tiempo.

ABEN MASARRA.— Ya veis que estoy aquí.

GERBERTO.— No es posible. Es más, si viviera... tendría unos cien años.

ABEN MASARRA.— Hará ciento cincuenta que murió Dhu'l-Nun y hace un momento os hablaba al oído.

GERBERTO.— No es lo mismo. Era un manuscrito.

ABEN MASARRA.— El hombre que piensa y esparce su semilla continúa viviendo en los demás. Existe una conciencia de la que todos participamos y sólo en esa conciencia se alcanza la inmortalidad.

*Por un simple cambio de luz, ABEN MASARRA –cuya visión se producía por transparencia– desaparece tras la gasa y GERBERTO queda solo e inmóvil hasta que, unos segundos después, se hace el OSCURO y baja el TELÓN.*



## ACTO III

### ESCENA 1ª

(Campamento de Otton III, 998 d. C.)

*Frente al pabellón de campaña del Emperador, GERBERTO y OTTON III, sentados en sendos sillones de cadera, hablan con el CONSEJERO, que permanece en pie.*

CONSEJERO.— Apenas opusieron resistencia. Al principio dudaron, pero enseguida alzaron el rastrillo.

OTTON III.— ¿Os alertó algún confidente?

CONSEJERO.— Fue batiendo la zona. Lo registramos todo. Mandé destacamentos a castillos, iglesias, abadías... Y a cualquier escondrijo en el que hubiera podido refugiarse. Y así fue como lo encontramos.

OTTON III.— Os felicito. (A GERBERTO.) Y bien, ya habéis oído.

GERBERTO.— Una gran noticia.

OTTON III.— Sí, lo es. Y también un problema. Porque, en vuestra opinión, ¿qué creéis que deberíamos hacer?

GERBERTO.— Merece un escarmiento. Un castigo ejemplar.

OTTON III.— No olvidéis que fue mi preceptor.

GERBERTO.— Lo sé.

OTTON III.— Y también un amigo. Alguien... muy allegado a la familia.

GERBERTO.— Razón de más para que hubiera actuado lealmente.

OTTON III.— Un duro trance.

GERBERTO.— Aun así, habría que ajusticiarlo. Vuestra madre lo entenderá.

OTTON III.— Sin duda. Ese no es el problema. Y algo habrá que hacer. Pero me preocupan más los patricios que lo nombraron.

GERBERTO.— También a ellos habría que ajusticiarlos. A Crescenzo el primero. Él fue quien desterró a vuestro primo.

CONSEJERO.— Sin su sublevación, Juan XVI nunca hubiera podido proclamarse papa.

GERBERTO.— Antipapa, deberíamos decir. (A OTTON III) Si no recibe un severo castigo se entenderá como debilidad. Hay que actuar con prontitud. Ésa fue la razón que me llevo a Germania para alertaros de la sublevación.

OTTON III.— E hicisteis bien. Pero antes deberíamos ocuparnos de los nacionales. (Al CONSEJERO.) ¿Hay tropas a vuestro mando sitiando Sant' Angelo?

CONSEJERO.— Se mantiene el asedio. Desde que supimos de vuestra venida, todo está dispuesto para cuando deis la orden de asalto.

GERBERTO.— Podríamos hacer coincidir la infamación del Antipapa con vuestra entrada en Roma.

OTTON III.— Yo me centraría en la toma de Sant' Angelo.

CONSEJERO.— Una procesión infamante en torno a las murallas, mostrando al Antipapa mutilado, rompería la moral de los sitiados.

GERBERTO.— Tal vez no sea preciso llegar a las armas.

OTTON III.—¿Y eso?

GERBERTO.— Cuento en Sant' Angelo con más de un caballo de Troya.

OTTON III.— ¿Comprasteis alguna voluntad con los tesoros que dicen que encontrasteis?

GERBERTO.— Si yo tuviera el oro que aseguran, hasta Crescenzo se habría doblegado.

*Ambos ríen. Aunque no el CONSEJERO, que no sabe muy bien de lo que va.*

GERBERTO.— A mi vuelta de al-Ándalus, tuve ocasión de conversar con distintos prohombres de la nobleza romana, y no todas las familias —los Túsculo entre ellas— aprueban el modo arbitrario con que Crescenzo ejerce el patriciado. No digo con esto que les agrade tener un Papa germano —aunque no lo expresen abiertamente, todos coinciden en reivindicar su derecho a elegir los pontífices—, pero al menos estos acatan vuestra autoridad. (*Tras un gesto ambiguo.*) En esos términos podría decirse que se estableció una cierta alianza.

OTTON III.— Espléndida noticia. (*Al CONSEJERO.*) ¿No os parece?

CONSEJERO.— Eso allana el camino.

GERBERTO.— No quisiera acuciaros, pero habrá que decidir qué hacemos con el prisionero.

OTTON III.— Sí. (*Pausa.*) El afecto por quien fue mi preceptor me inclina a la benevolencia; mas su osadía al aliarse con mis enemigos y proclamarse Papa me fuerza a ser severo. Trataré de ser justo. (*Al CONSEJERO.*) Respetaremos su vida, si bien se le infligirán algunas amputaciones. (*A GERBERTO.*) ¿Qué os parece?

GERBERTO.— Una decisión acertada.

OTTON III.— (*Al CONSEJERO.*) Vuestra idea de procesionarlo hará efecto en la plebe, mas no junto a Sant' Angelo; no sea que el anuncio de su desgracia, lejos de desmoralizar a los asediados, lo que consiga sea enardecerlos. Temo más a los que luchan desesperadamente por salvar la vida que a los que combaten convencidos de que alcanzarán la victoria.

CONSEJERO.— Y... ¿qué... amputaciones... debemos infringirle?

OTTON III.— Las que se acostumbran en casos de traición: las orejas, la nariz, los ojos. Ah, y la lengua, que se la saquen con una tenacilla y se la corten de raíz.

CONSEJERO.— ¿Las manos?

OTTON III.— No, no nos ensañemos. Y cuidado de que no se nos muera.

GERBERTO.— Que esté presente un físico para cauterizarlo.

OTTON III.— Sí, será lo mejor. (*Al CONSEJERO.*) Luego, llevadle a Roma y tenedlo todo dispuesto para la cabalgata; y así, cuando tome-

mos Sant' Angelo, podremos celebrar grandemente la infamación del Patricio y de su Antipapa.

CONSEJERO.— Se hará como decís.

OTTON III.— *(Al CONSEJERO.)* Ocupaos también de que Gregorio V pueda acompañarnos cuando entremos en Roma.

GERBERTO.— Vuestro primo ya está en camino.

*Sale el CONSEJERO tras hacer una ligera reverencia.*

OTTON III.— *(Reaccionando tras un gran silencio.)* Sí, tal vez haya sido lo mejor.

GERBERTO.— Es lo que había que hacer. No había otro remedio.

OTTON III.— Soy de vuestra opinión. Aunque...

GERBERTO.— Debemos atajar el mal de raíz.

OTTON III.— Aun así...

GERBERTO.— Si desde un principio se hubiera actuado con igual contundencia no se habrían producido las revueltas.

OTTON III.— *(Poniéndose en pie.)* Es una suerte poder contar con vuestro consejo.

GERBERTO.— *(También en pie.)* Cumplo el encargo de vuestro padre.

OTTON III.— Aun así, gracias. *(Va a entrar en el pabellón, mas antes de hacerlo se vuelve hacia GERBERTO.)* Es duro gobernar.

GERBERTO.— Sí.

OTTON III.— Jamás me tembló la mano al dar muerte a un enemigo, pero ajusticiar al amigo produce turbación. *(Pausa.)* Por lo que pudiera tener de venganza.

GERBERTO.— Entiendo vuestra pesadumbre.

OTTON III.— ¿No nos habremos excedido?

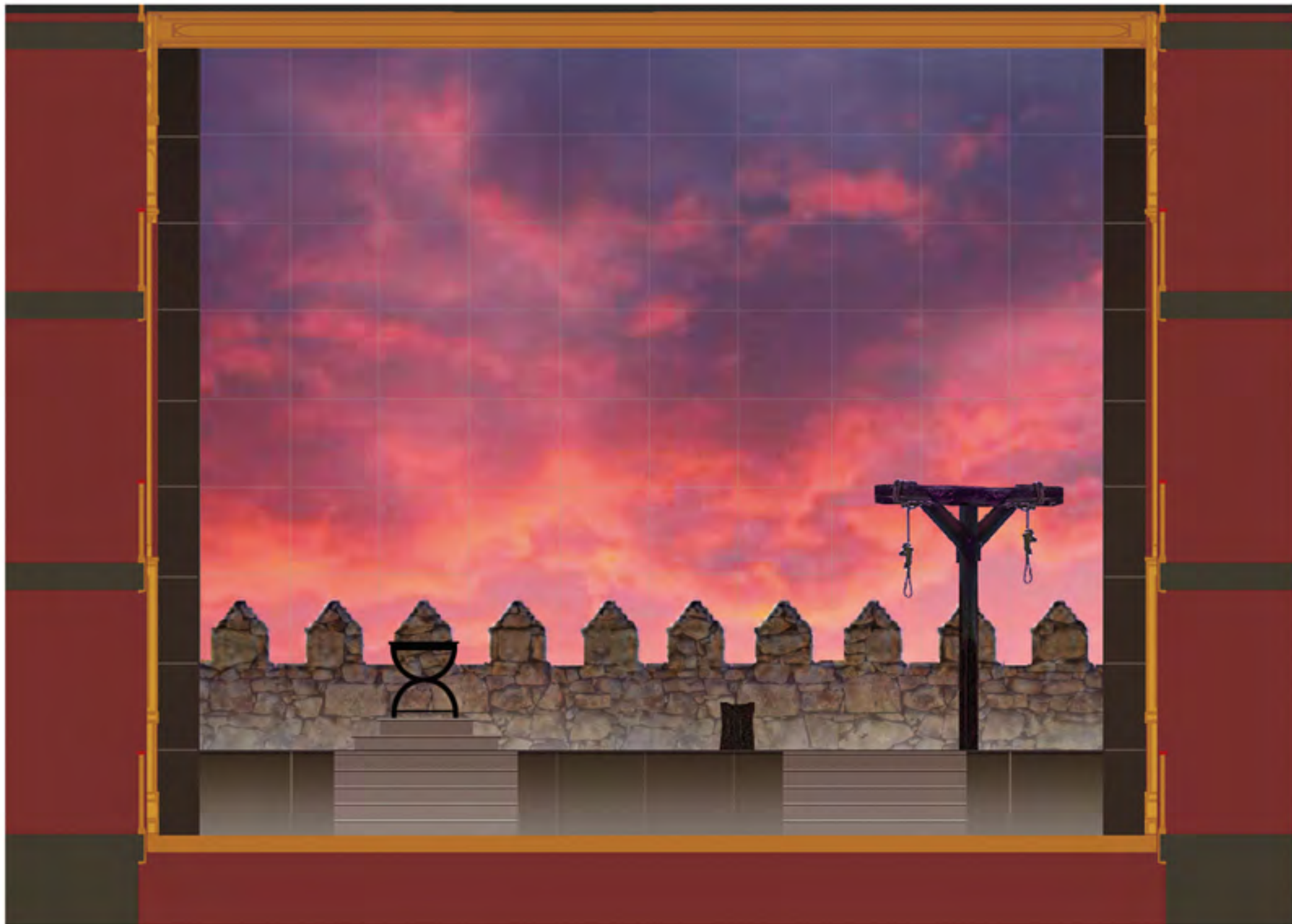
GERBERTO.— Atentó contra la Cristiandad. Y contra el Imperio. ¿Qué otra cosa podíais hacer?

OTTON III.— Tal vez tengáis razón. Pero era un amigo

GERBERTO.— Si eso os mortifica, olvidad que se alzó contra vos y pensad sólo en el ultraje que le hizo al Papado.

OTTON III.— Trataré de seguir vuestro consejo.

*OTTON III entra en el pabellón. Y cuando GERBERTO va a marcharse, entra ABEN MASARRA, y ambos quedan frente a frente mientras se hace el OSCURO.*



## ESCENA 2ª

(Roma, 998 d. C.)

*En una torre almenada del Castillo de Sant'Angelo, sobre un pequeño estrado, OTTON III preside el tribunal. Junto a él, GREGORIO V. Y a ambos lados del estrado, GERBERTO, TÚSCULO y el CONSEJERO. Frente a ellos, varios armados custodian a un grupo de prisioneros principales, entre los que se encuentra JUAN XVI, brutalmente mutilado. El Antipapa es sostenido por un FRAILE, sin cuya ayuda no podría mantenerse en pie.*

OTTON III.— (A JUAN XVI.) Ya veis a lo que os ha llevado vuestra ambición. Mi madre, la reina Teofanía, os colmó de honores y prebendas. Pero no, ni la abadía de Nonantola ni el episcopado de Piacenza eran bastante para vos; codiciabais la Cátedra de Pedro.

GREGORIO V.— ¿Actuabais, a las órdenes del Emperador de Bizancio?

JUAN XVI.— (Niega con la cabeza, al tiempo que emite un gemido.)

OTTON III.— Ya. Leí vuestro alegato. (Con sorna.) Lo hicisteis porque el Papa era huido.

GREGORIO V.— ¿Cabe mayor majadería?

JUAN XVI.— (Emite un sonido gutural corto.)

OTTON III.— Quería salvar al Vaticano de las hordas de Roma.

JUAN XVI.— (Afirma con la cabeza.)

GREGORIO V.— ¿Pretendéis hacernos creer que no sabíais quién era el traidor que me había obligado a refugiarme en la Alta Italia?

JUAN XVI.— (Gruñe y niega con la cabeza.)

OTTON III.— (Airado.) El mismo que se alzó contra el Imperio.

JUAN XVI.— (Niega desesperadamente con la cabeza, emitiendo sonidos guturales.)

OTTON III.— Habéis usurpado con intriga lo que jamás hubierais alcanzado por vuestro mérito. Debería mandar que os empalaran y dejar que os comieran los perros. (Más calmado.) No temáis: el recuerdo de los años en los que me enseñasteis la lengua griega me mueve a compasión. (Al CONSEJERO.) Que sea procesionado de Letrán al Vaticano y del Vaticano a Letrán. (A todos.) Que el camino de su vanagloria sea también el de su humillación.

GREGORIO V.— Gracias al perdón terrenal que os otorga el Emperador, después de la infamación, se os recluirá en un monasterio para que hagáis penitencia hasta que seáis llamado al Juicio Divino.

OTTON III.— Que Dios se apiade de vos.

JUAN XVI.— (Da un aullido lastimero de imprecisa significación.)

*Con la ayuda del FRAILE y de un ARMADO, JUAN XVI es arrastrado fuera de la escena.*

OTTON III.— (Al CONSEJERO.) Que suban a Crescenzo.

*El CONSEJERO desciende a un nivel inferior.*

OTTON III.— (A TÚSCULO.) ¿Dónde es costumbre situar las horcas?



TÚSCULO.— Ya están dispuestas en el Monte Mario.

OTTON III.— *(A TÚSCULO.)* Deberíais ser vos el que determine quiénes deben ser colgados del cuello, quiénes descoyuntados, y a quiénes bastará con flagelarlos. Gerberto os asistirá con su buen juicio que, aunque no como vos, él también conoce a la nobleza romana. *(A GERBERTO.)* ¿Os parece?

GERBERTO.— Se hará como gustéis.

OTTON III.— *(A GREGORIO V, en privado.)* Por cierto, recordadme que os hable del Arzobispo de Rávena.

GREGORIO V.— *(Con extrañeza.)* Pero si la diócesis de Rávena está vacante.

OTTON III.— Por eso precisamente.

*Se acerca el CONSEJERO seguido de CRESCENZIO y su mujer, escoltados por varios ARMADOS. Uno de ellos arroja a ESTEFANÍA a los pies del Emperador. Reacciona CRESCENZIO, pero es reducido por los ARMADOS.*

OTTON III.— *(Extrañado.)* ¿Quién es esta mujer?

CRESCENZIO.— Mi esposa.

OTTON III.— *(Al CONSEJERO.)* ¿Y qué es lo que hace aquí?

CONSEJERO.— Luchaba junto al Patricio.

OTTON III.— ¿Como un armado? *(A ESTEFANÍA.)* No parece el oficio más adecuado a vuestra condición.

*Y como ESTEFANÍA mantiene la cara contra el suelo, OTTON III se agacha junto a ella y, cogiéndola por el pelo, la obliga a levantarla.*

OTTON III.— Muy bella. Ya me había parecido. *(Pausa.)* ¿No pedís ninguna gracia?

ESTEFANÍA.— Vuestra muerte. *(Y le escupe a la cara.)*

OTTON III.— *(Limpiándose.)* Nunca me gustaron las mujeres en pleitos de hombres.

*Y sin perder la compostura, OTTON III vuelve a sentarse, al tiempo que ESTEFANÍA se incorpora y queda de rodillas, desafiante.*

OTTON III.— No sabe uno cómo hacer con ellas. Las galanterías están fuera de lugar. *(A TÚSCULO.)* Ahora, tampoco vamos a descoyuntarlas.

TÚSCULO.— *(Entre risas y siguiendo la broma.)* Sería una pena.

OTTON III.— *(A todos, incluido CRESCENZIO.)* Aun así, merecería un castigo ¿Se os ocurre algún modo de responder a sus modales? Sin que perdamos los nuestros.

GREGORIO V.— Podríamos recluirla en un convento.

OTTON III.— ¿Un plácido retiro? ¿No tiene nadie una idea mejor?

CONSEJERO.— Puesto que no hubo saqueo, podríamos entregársela a la tropa, como botín.

CRESCENZIO.— *(Al CONSEJERO.)* ¡¡Miserable!!

OTTON III.— *(A los ARMADOS.)* ¡Fijadlo a la garrucha!

*Con las manos atadas a la espalda, CRESCENZIO es reducido con facilidad por los ARMADOS, quienes lo enganchan por las muñecas con una cuerda que pende de una horca.*

OTTON III.— *(Enérgico.)* Una palabra más, y aquí mismo os hago descoyuntar.

ESTEFANÍA.— ¡Sois un carnicero!

OTTON III.— *(Al CONSEJERO.)* Y a ella, bajadla a las mazmorras para que la disfruten los armados.

CRESCENZIO.— *(Furioso.)* Es una patricia. No podéis tratarla como a una ramera.

OTTON III.— *(A los ARMADOS.)* Descoyuntadlo.

ESTEFANÍA.— *(Lanzándose hacia OTTON III.)* ¡Asesino!

*Dos ARMADOS la reducen, al tiempo que otros dos tiran de la cuerda descoyuntando a CRESCENZIO.*

CRESCENZIO.— *(Al cruzarle los hombros, lanza un grito desgarrador.)*  
¡¡¡Ah...!!!

ESTEFANÍA.— ¡Os mataré! ¡Juro que os mataré!

*A un gesto de OTTON III, los ARMADOS aflojan la cuerda. CRESCENZIO, aunque demudado y maltrecho, consigue mantenerse en pie.*

ESTEFANÍA.— ¡Asesino! ¡Tirano! ¡Moriréis como un perro!

OTTON III.— *(A los ARMADOS que la sujetan.)* Lleváosla.

*Los ARMADOS la arrastran con dificultad. GREGORIO V y GERBERTO muestran cierto desagrado por la situación.*

ESTEFANÍA.— *(Según es arrastrada.)* ¡Os mataré! ¡Lo juro! ¡Os mataré!

*Los ARMADOS, finalmente, consiguen llevársela.*

ESTEFANÍA.— *(Desde fuera.)* ¡Como un perro!, ¡moriréis como un perro!

*OTTON III, pausadamente, se aproxima a CRESCENZIO, que muestra en su rostro el dolor y la indignación.*

OTTON III.— Os di la oportunidad de seguir al frente de la ciudad, de gobernarla en paz, pero sois como vuestro padre: un independentista, un pendenciero. Gracias a Su Santidad *(por GREGORIO V)* os levanté el destierro, y fue irme de Italia y os faltó tiempo para expulsarlo del Vaticano. Pues aquí acaban las tropelías del Patricio de Roma. *(Según vuelve al estrado.)* Aunque, ¿qué digo?, ¿Patricio vos? La vuestra es una estirpe de traidores.

CRESCENZIO.— *(Aunque maltrecho, habla con entereza.)* Jamás reconocí la autoridad de los germanos, conque mal pude cometer traición.

OTTON III.— Desde el momento en que mi abuelo contrajo nupcias con la Emperatriz Adelaida, os guste o no, es a nuestra familia a la que corresponde el gobierno de Italia.

CRESCENZIO.— Puede que esa boda os otorgue derechos sobre Italia, pero no sobre esta ciudad, que Roma se gobierna según sus fueros, y eso me legitima como Patricio. *(A TÚSCULO.)* Vos sois el traidor, por aliaros con los germanos.

OTTON III.— Es inútil, no perdamos más tiempo. *(Al CONSEJERO.)* Que sea decapitado. *(A todos.)* Ajusticiémoslo como si fuera un noble.

CONSEJERO.— *(A los ARMADOS.)* Muerte al traidor.

CRESCENZIO.— ¡Traidor? Yo soy leal a Roma. La mía es una estirpe de hombres libres. Y siempre que un Otton nos tiranice, habrá un Crescencio que se levante en armas.

OTTON III.— *(A los ARMADOS.)* En las almenas.

*Y los ARMADOS llevan a CRESCENZIO junto al VERDUGO.*

OTTON III.— *(Dirigiéndose a los reunidos.)* ¿No pretendía decapitar el Imperio, alzando en armas la ciudad de Roma? Pues que la plebe vea desunidos su cuerpo y su cabeza, para que así considere cuán poco vale una cabeza independiente.

*El VERDUGO, con el mandoble, le corta la cabeza. Luego, con ayuda de los ARMADOS, lanza su cuerpo al Tíber, escuchándose la reacción de la plebe que presencia la ejecución.*

OTTON III.— Acabemos con esto cuanto antes. *(A TÚSCULO y GERBERTO.)* Procesad a los prisioneros. *(Al CONSEJERO.)* Y vos, aseguraos de que se cumplan las sentencias.

*Salen TÚSCULO y el CONSEJERO. Los ARMADOS comienzan a sacar a los PRISIONEROS, entre los que está ABEN MASARRA.*

OTTON III.— *(A GERBERTO.)* Tan doloroso como necesario.

GERBERTO.— *(Mirando a ABEN MASARRA, cuya presencia sólo es advertida por GERBERTO.)* Había que extirpar el mal.

OTTON III.— Ya mi padre, o tal vez mi abuelo, debieron exterminar a esta familia. *(E inicia la salida.)*

GREGORIO V.— *(A OTTON III.)* ¿Queráis hablarme del arzobispado...?

OTTON III.— Ah, sí. Quisiera proponeros a Gerberto para que ocupe la sede de Rávena. *(A GERBERTO.)* El arzobispado será un buen puesto para vos. Hay mucho que hacer allí.

GERBERTO.— Majestad.

OTTON III.— *(A GREGORIO V.)* ¿Qué os parece?

GREGORIO V.— Una excelente idea.

OTTON III.— *(A GERBERTO.)* También yo viajaré a Rávena. A enclaustrarme. Necesito tiempo para orar y hacer penitencia. *(A GREGORIO V.)* Mañana partiremos de Letrán e iremos juntos hasta el Vaticano; proclamemos la fortaleza de nuestro vínculo para que, en lo venidero, nadie ose atentar contra el Sacro Imperio.

*Sale OTTON III seguido de GREGORIO V y, cuando va a hacerlo GERBERTO, ABEN MASARRA se aparta del grupo y le retiene por el hombro.*

ABEN MASARRA.— ¿Son éstas las acciones sobre las que pensáis edificar vuestra comunidad espiritual?

*Y quedan inmóviles mientras se hace el OSCURO.*



### ESCENA 3ª

(Rávena, 999 d. C.)

*Ruido de lluvia y tormenta lejana. En una estancia de la residencia imperial, OTTON III y GERBERTO conversan sentados en torno a un brasero. ABEN MASARRA, cuya presencia sólo será advertida por GERBERTO, deambula en la penumbra.*

GERBERTO.— (A OTTON III.) Sí. Y no debería ser así, pero ¿qué otra cosa podemos hacer? El hombre se debate entre lo deseable y lo posible. Anhelamos cambiar cuanto nos rodea y se da la paradoja de que no hay modo de construir nada sin cimentarlo sobre lo que, para bien o para mal, nos ha sido legado.

*ABEN MASARRA deambula lentamente por la penumbra.*

OTTON III.— Es una dura prueba. Mi alma aspira al sosiego, pero el poder me perturba de tal modo que, cuando más debiera obrar en justicia, temo que sea la ira la que dicte mis actos. Y la sola posibilidad de que esto ocurra me aflige sobremanera y me roba la paz. (Pausa.) Creo que acabaré por aborrecer las tareas de gobierno.

GERBERTO.— ¿No será que Dios os llama a la vida monacal?

OTTON III.— También yo lo he pensado. Mas me debo a mi estirpe y, como bien sabéis, en breve he de casarme para dar al Imperio un heredero.

GERBERTO.— Espero estar en vuestros esponsales y, si Dios me da vida, conocer al “Otton” que habrá de sucederos. Os debéis al Imperio, eso está claro, mas la paz que anhelaís no la vais a encontrar gobernando el Imperio.

OTTON III.— Sin embargo, vos mismo repetís con frecuencia que nos santificamos haciendo lo que hacemos con esmero.

ABEN MASARRA.— (Con intención.) ¿Habéis dicho vos eso?

GERBERTO.— (A ambos.) Sí, eso he dicho. Perfeccionar lo que hacemos nos perfecciona.

OTTON III.— Puede que si me dedicara al estudio... ¿Pero cómo alcanzar la perfección sofocando revueltas, o ajusticiando traidores?

GERBERTO.— El mal, ciertamente, contamina.

ABEN MASARRA.— Así de contrarias son las energías que mueven el universo: el amor anima los propósitos, pero el odio infecta nuestros actos.

GERBERTO.— (A OTTON III.) También yo siento esa pugna entre lo que deseo y lo que he de hacer para conseguirlo; que lamentablemente, he ahí la paradoja, es justo hacer lo que no deseo.

OTTON III.— Aún no ha pasado un año desde que sofocamos la revuelta y ya vuelven a producirse hostigamientos, reyertas y emboscadas. Y a saber si serán los bizantinos o los Crescenzi y sus nacionales.

GERBERTO.— (Medio en broma.) Si es que no son los Túsculos, que cambiaron de bando.

OTTON III. — ¡Qué más dará! Son los demás, los otros. (*Sobreactuando su extrañeza.*) Cristianos que se oponen a la unión de la cristiandad.

GERBERTO.— Y no acierto a entender su resistencia, que nunca Europa alcanzó tanto esplendor como con Carlomagno y su Sacro Imperio.

OTTON III.— Pero Roma no quiere ser germana. No reconoce nuestra autoridad.

GERBERTO.— Aun así, deberíamos conciliarnos.

OTTON III.— ¿Conciliarnos para qué? ¿Y cómo? ¿Cómo podríamos convencer a condes y reyes de que deben renunciar a sus fueros?

GERBERTO.— Con un botín.

ABEN MASARRA.— ¿Con un botín... de guerra?

GERBERTO.— Con un botín de guerra. No hay nada que una tanto como un enemigo común. Vuestro padre me lo decía antes de partir junto a los borgoñeses para combatir a los sarracenos. Todos contra el Islam.

OTTON III.— ¿Seguís pensando en que una Guerra Santa...?

GERBERTO.— Esa podría ser nuestra causa común. La conquista de Jerusalén uniría al Imperio y fortalecería nuestra fe.

ABEN MASARRA.— ¿Eleva el espíritu combatiendo a los sarracenos?

GERBERTO.— Almanzor lo hizo. El saqueo de Santiago reforzó su autoridad y enfervorizó a los fieles.

ABEN MASARRA.— ¿La muerte de los cristianos aumentó la espiritualidad del Islam?

GERBERTO.— Yo estaba en Córdoba cuando iluminaron la Mezquita con las campanas de Compostela convertidas en lámparas, y presencié las celebraciones: qué entusiasmo, qué estallido de júbilo, cómo vibraba el pueblo al ver a su caudillo y cómo se postraban alabando a su Dios.

*Deambulando, de forma casual, ABEN MASARRA va perdiéndose en la penumbra.*

ABEN MASARRA.— ¿Predicar la oración a sangre y fuego?

OTTON III.— Proclamar una guerra es una decisión difícil de tomar para un guerrero. Deberíais hablar con Su Santidad. Gregorio os aprecia y os tiene en gran estima.

*Un SIERVO entra precipitadamente.*

SIERVO.— Majestad, llegan gentes de Roma. Y aunque apenas se les distingue, me ha parecido ver a vuestro Consejero.

OTTON III.— Que suba en cuanto llegue. (*Y le apremia.*) Venga, vamos, daos prisa.

*Sale el SIERVO, al tiempo que descarga la tormenta.*

OTTON III.— Sólo con saber de dónde viene ya me desasosiega.

GERBERTO.— ¿Teméis que se produzca de nuevo un alzamiento?

OTTON III.— No, mientras sigamos en Italia.

GERBERTO.— ¿Entonces?

OTTON III.— Pero he de partir hacia Germania, donde tampoco faltan descontentos. Y es que gobernar el Imperio es como mantener sobre la mesa el agua de un jarro... sin jarro.

GERBERTO.— Algo así viene a ser.

OTTON III.— No hay nada a lo que asirse, nada que lo contenga.

*Entra el CONSEJERO. Desencajado y sin apenas poder respirar.*

CONSEJERO.— Ha muerto.

OTTON III.— ¿Muerto? ¿Quién ha muerto?

CONSEJERO.— Su Santidad.

OTTON III.— ¿El Papa?

CONSEJERO.— Gregorio V ha muerto.

*Se oye cómo ruedan los truenos en la lejanía.*

GERBERTO.— *(Tras una pausa.)* ¿Pero cómo?

CONSEJERO.— Envenenado.

OTTON III.— ¡Pueblo de traidores! ¡Que donde haya un romano haya un veneno...!

GERBERTO.— ¿Se sabe quién lo hizo?

CONSEJERO.— No.

OTTON III.— ¿Algún siervo quizás, algún criado?

CONSEJERO.— Jamás andaba nadie en las cocinas que no gozara de su confianza.

GERBERTO.— *(Tras una nueva pausa.)* ¿Sufrió?

CONSEJERO.— Horriblemente. Más de una hora tardaría en morir entre vómitos y alaridos.

OTTON III.— ¿No había un físico que lo socorriera?

CONSEJERO.— Sí, pero no acertaron con el antídoto.

OTTON III.— ¿Y en ese tiempo no dijo nada...? Un nombre. Algo, no sé, algo que nos permita...

CONSEJERO.— No conseguía articular palabra.

OTTON III.— Pudo escribirlo. ¿No hizo una señal?

CONSEJERO.— Nada.

GERBERTO.— ¿Ni un rumor, un indicio, una sospecha?

CONSEJERO.— Por Letrán se decía que podía haber sido Estefanía, la mujer de Crescenzo.

OTTON III.— ¿Con algún fundamento?

CONSEJERO.— Por sus amenazas, supongo. ¿Recordáis que...?

OTTON III.— La recuerdo. Aunque una amenaza...

CONSEJERO.— Y también por lo extraño de su desaparición.

OTTON III.— No sabía que hubiera desaparecido.

CONSEJERO.— No se la ha vuelto a ver desde que la entregamos a la tropa. Hay quien dice que fue ella la que se arrojó al Tíber, aunque lo más probable es que fueran los armados los que, después de disfrutarla y sólo por divertirse, la tiraran al río.

GERBERTO.— ¿Y no la ha visto nadie desde entonces?

CONSEJERO.— Ni regresó a su casa, ni tampoco se encontró su cadáver.

OTTON III.— ¿Por qué no fui informado de esa circunstancia?

CONSEJERO.— Cuando ocurrió el suceso, vos ya estabais aquí, enclaustrado, y no quisimos violentar vuestro retiro. Además, tampoco se consideró necesario.

OTTON III.— *(A GERBERTO.)* Mañana partiremos hacia Roma. *(Al CONSEJERO.)* Que nos siga la tropa, por si hubiera disturbios.

CONSEJERO.— Mandaré un mensajero al campamento para que se pertrechen los armados.

OTTON III.— Que todo esté dispuesto para partir con las primeras luces.

CONSEJERO.— Siento ser portador de tales desventuras.

OTTON III.— Hicisteis bien al venir a alertarnos. Y ahora, retiraos a descansar; que nos aguarda una dura jornada.

*El CONSEJERO sale tras hacer una ligera inclinación. Y ambos permanecen en silencio.*

OTTON III.— *(Reaccionando.)* Quiero que mañana vengáis conmigo a Roma, y que me acompañéis cuando me enfrente al Patriciado, porque voy a proponeros como Papa.

GERBERTO.— ¿Yo...?

OTTON III.— Debemos darnos prisa. Cogerles por sorpresa. Tengo que proclamaros antes de que reaccionen las familias romanas.

GERBERTO.— Pero... pero no pertenezco al Colegio Cardenalicio.

OTTON III.— Tampoco mi primo era cardenal cuando lo propuse.

GERBERTO.— Además, soy galo.

OTTON III.— Tampoco él era italiano.

GERBERTO.— Pueden tomarlo como una provocación.

OTTON III.— Es una provocación. Y no es que os nombre sólo por eso; tengo otras razones. León VIII le otorgó a mi abuelo el privilegio de nombrar a los Papas, y no voy a renunciar a ese derecho.

GERBERTO.— Aun así, no sé. Me abrumáis.

OTTON III.— Haremos todo lo que hemos soñado.

GERBERTO.— ¿No deberíais pensarlo más detenidamente?

OTTON III.— Está muy meditado. *(Pausa.)* En más de una ocasión pensé si no me habría equivocado nombrando a Bruno, en vez de haberos nombrado a vos. Y sé que no debiera decirlo, lo sé, y menos en este momento. Pero lo he pensado.

GERBERTO.— Su labor como Pontífice ha sido muy encomiable.



OTTON III.— Jamás puse en duda su capacidad, o su entusiasmo. Sólo que yo quería realizar vuestro proyecto.

GERBERTO.— ¿Entonces?

OTTON III.— Creí, y ése fue mi error, que con su juventud tendría mayor empuje. Y lo tenía, pero no tenía vuestro proyecto. *(Con sorna amarga.)* Mas ya veis qué cruelmente el destino nos ofrece una nueva oportunidad. *(Pausa.)* ¿Tenéis pensado un nombre con el que ejercer el Pontificado?

GERBERTO.— No. *(Desconcierto.)* O sí. No sé. Silvestre, se me ocurre, podría ser un buen nombre.

OTTON III.— ¿En recuerdo, tal vez, de Silvestre I?

GERBERTO.— Su papado es, sin duda, un ejemplo a seguir.

OTTON III.— Me parece acertado. Ojalá yo pudiera mirarme en Constantino, y que juntos pudiéramos llevar al Sacro Imperio a su antiguo esplendor.

GERBERTO.— Espero tener tiempo para acompañaros en esa empresa; la vida de los Papas es tan efímera...

OTTON III.— Cierto, y me abruma pensar que, al proponeros, os pueda estar poniendo en peligro de muerte.

GERBERTO.— No os preocupéis por eso; con los años, se pierde el apego a la vida.

OTTON III.— Pues aferraos de nuevo, que os necesito con todo vuestro ánimo. *(Cogiéndolo por los antebrazos.)* Y a partir de mañana haremos realidad el sueño que me enseñasteis a soñar.

*OTTON III sale. Y GERBERTO queda petrificado.*

GERBERTO.— Dios. ¿Tendré al fin que creer en tu existencia?

*Descarga la tormenta violentamente, mientras sobre GERBERTO desciende una bandeja con la CABEZA DEL DIABLO.*

CABEZA.— Sírveme y te serviré. Obra según mis fines y tus ruegos serán cumplidos

*GERBERTO se tapa los oídos. Silba el viento.*

CABEZA.— Sírveme y te serviré.

*Su mirada verde recorre la oscuridad.*

GERBERTO.— ¡Fue un sueño! ¡Jamás hice trato alguno!

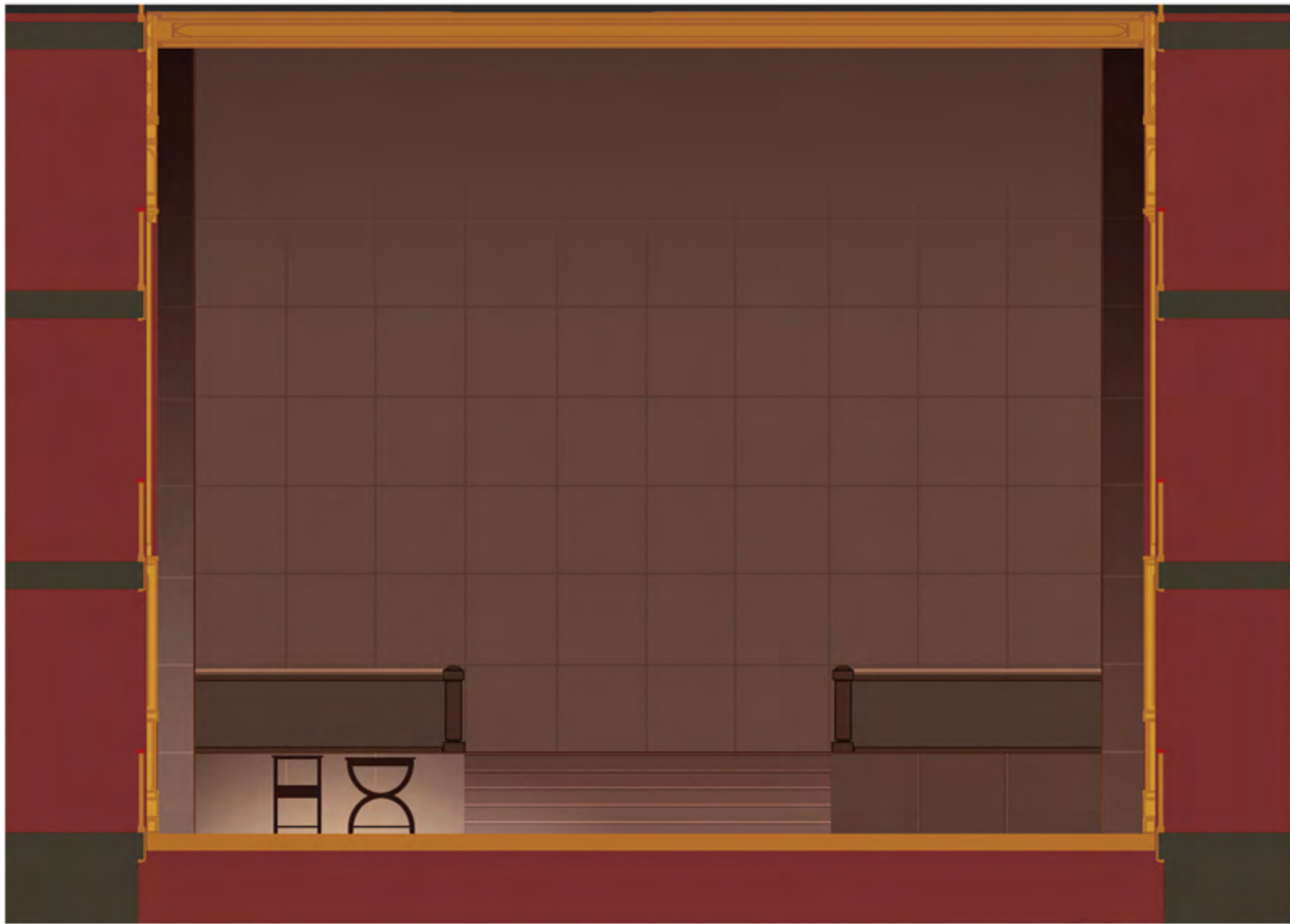
*Arrecia la tormenta.*

CABEZA.— Sométete a mi voluntad y te convertiré en el más poderoso de los mortales.

*Silba el viento.*

GERBERTO.— Fue un sueño. Fue sólo un sueño. ¡Un sueño!

*Relámpago, trueno y OSCURO.*



#### ESCENA 4ª

(Roma, 999-1002 d. C.)

*En la penumbra, sin más luz que la que penetra por una puerta entreabierta, GERBERTO-SILVESTRE II y ABEN MASARRA conversan sentados en sillones de cadera.*

GERBERTO-SILVESTRE II.— Jamás hice trato alguno.

ABEN MASARRA.— Y, si es así, ¿qué os atormenta entonces?

GERBERTO-SILVESTRE II.— De niño, os lo conté, tuve un sueño confuso.

ABEN MASARRA.— *(Irónico.)* Un sueño que os persigue como una larga sombra.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Culpa mía, lo sé, por haberme jactado. *(Y aclara.)* Más por sorprender que por convicción; que siempre me divirtió atemorizar a los ignorantes.

ABEN MASARRA.— No obstante, se ha cumplido.

GERBERTO-SILVESTRE II.— ¡Ha ocurrido! Y eso no significa que el suceso tenga nada que ver con pacto alguno.

ABEN MASARRA.— Ora teméis, ora negáis. ¿Qué es lo que os parte el ánimo?

GERBERTO-SILVESTRE II.— Que viniera a mi mente la imagen del autómeta cuando Otton me propuso el nombramiento.

ABEN MASARRA.— ¿Del autómeta?

GERBERTO-SILVESTRE II.— Una cabeza parlante que pretendieron venderme en al-Ándalus.

ABEN MASARRA.— La Cabeza del Diablo.

GERBERTO-SILVESTRE II.— ¿Del Diablo? Nada menos diabólico que aquel artificio marionetero; ingenioso, sí, pero nada más.

ABEN MASARRA.— ¿Y... había semejanzas entre ambas cabezas?

GERBERTO-SILVESTRE II.— Ninguna. O tal vez sí. No sé. En el sueño, al principio, la cabeza se manifestaba con tanta negrura que cabría pensar que se tratara del maligno, mas, conforme se iluminaba con las palabras, de inmediato se mostraba como cabeza voladora.

ABEN MASARRA.— Con el libro, quizás. ¿Había semejanza entre el sueño y el libro?

GERBERTO-SILVESTRE II.— Bien sabéis que sí. Aunque yo no sabría cuál es la semejanza. Quizá por lo que tienen de puerta impenetrable que, tras la oscuridad, muestran la luz. Y sí, encontré un tesoro, más no debía ser el que buscaba pues mi cabeza no para de buscar.

ABEN MASARRA.— No es una, sino que son dos las cabezas que os piensan, como dos han sido siempre vuestros afanes: alcanzar el espíritu y alcanzar el poder. A cuál de ellos le debéis el Pontificado es una cuestión a la que sólo vos podéis responder.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Al del espíritu, que jamás cometí acto alguno al servicio del mal.

ABEN MASARRA.— ¿No habéis puesto venenos?, ¿no habéis hecho conjuras...?

GERBERTO-SILVESTRE II.— Nunca. Puedo jurarlo.

ABEN MASARRA.— ¿Entonces, qué os angustia?

GERBERTO-SILVESTRE II.— Tal vez haya comprado alguna voluntad. Pero siempre al servicio de una causa justa.

ABEN MASARRA.— *(Con cierta ironía.)* ¿Quiere eso decir que cuando hacíais el mal era al servicio del bien?

GERBERTO.— Tal era mi propósito. Aunque, ahora que al fin lo he conseguido, me siento, más que nunca, sumido en las tinieblas.

ABEN MASARRA.— Sois el Gran Sacerdote de la Colina de los Vaticinios. Deberíais sentir os iluminado.

GERBERTO-SILVESTRE II.— ¿Iluminado? Ah, ya: el Oráculo. *(Con sorna.)* Al parecer, debo ser menos grato a la divinidad que los magos etruscos.

ABEN MASARRA.— ¿No será que la gruta que tiene la respuesta no está en el Vaticano, sino dentro de vos?

GERBERTO-SILVESTRE II.— Puede, no sé. *(Y queda pensativo.)* Siempre pensé que, con el tiempo, la vida se resolvería placenteramente, y ya veis: a cada paso, aumenta mi zozobra.

ABEN MASARRA.— Y, ¿qué es lo que os aflige?

GERBERTO-SILVESTRE II.— Añoro los años de estudio. Y el trabajo en el taller: la construcción del astrolabio, la esfera armilar, el ábaco, la sirena de vapor, el órgano, la caja de resonancias; tantas y tantas invenciones. ¡Ah! y el reloj de péndulo. Recuerdo que mientras lo construía escuchaba el trino de los pájaros. Pensaba entonces que midiendo el tiempo, encauzando su discurrir, llegaría a ser su dueño. Y he aquí que los pájaros, ajenos a su medición, son más dueños del tiempo que yo, pues mientras ellos lo viven desocupados, yo, en mi afán de poseerlo, lejos de disfrutar de aquella dicha, acabé perdiéndolo en negocios que sólo me han dado desazón.

ABEN MASARRA.— Y si era tanta la dicha que os producía andar entre invenciones, ¿por qué vuestra mudanza?

GERBERTO-SILVESTRE II.— También la enseñanza es un remanso. Volcar en otros lo que otros volcaron en ti. Aunque nada tan apasionante como la contemplación de lo creado.

ABEN MASARRA.— El estudio, la enseñanza, la contemplación; vuestro pasado fue, aunque lejano, ciertamente dichoso. Pero ya no sois vuestro pasado. Abandonasteis el silencio y ahora ya sólo os queda el gobierno del mundo.

GERBERTO-SILVESTRE II.— No, no. No es eso.

*Luz a raudales. Y, con la luz, entran departiendo: OTTON III, DAMAS, NOBLES Y CARDENALES. Mezclados entre ellos, cumpliendo sus funciones, SIERVOS, PAJES y ARMADOS.*



GERBERTO-SILVESTRE II.— *(A una DAMA.)* No es eso en absoluto.

DAMA.— No lo será, pero corre el rumor de que encontrasteis un tesoro el Campo de Marte. ¿O fue en los Jardines de Tívoli?

GERBERTO-SILVESTRE II.— Fantasías de ociosos.

DAMA.— Y eso no es todo, que si Su Santidad supiera las historias que se cuentan por cenáculos y mentideros...

GERBERTO-SILVESTRE II.— Ya, ya imagino.

DAMA.— Aseguran que Su Santidad estuvo en un harén.

GERBERTO-SILVESTRE II.— En eso no andan del todo descaminados.

DAMA.— ¡Alabado sea Cristo Nuestro Señor!

GERBERTO-SILVESTRE II.— *(Divertido.)* Sea por siempre bendito y alabado.

DAMA.— *(Vivamente interesada.)* ¿Y es cierto, como dicen, que someten a esas pobres mujeres a suplicios horribles?

GERBERTO-SILVESTRE II.— No tan horribles. Que si os contara, os sorprendería lo placenteros que pueden llegar a ser tales suplicios.

DAMA.— Ah, pues cuente, cuente Su Santidad, que soy toda oídos.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Tendréis que disculparme pero, dada mi condición, no creo que deba entrar en detalles.

DAMA.— *(Con manifiesto desencanto.)* Ah.

*Y aprovechando que se encuentra cerca de OTTON III, GERBERTO-SILVESTRE II se desprende de la DAMA.*

GERBERTO-SILVESTRE II.— *(Aparte, a OTTON III.)* ¡Me hablaba de los harenes!

OTTON III.— *(Sorprendido.)* ¿Pero cuándo estuvo esa dama en tierras sarracenas?

GERBERTO-SILVESTRE II.— Nunca. ¡Pretendía que yo la recreara!

OTTON III.— No la hacía muy discreta, pero jamás pensé que se atreviera a tanto.

GERBERTO-SILVESTRE II.— La cuestión es que, según hablábamos de al-Ándalus, pensé si no sería ésta una buena ocasión para que expusierais nuestro plan sobre el protocolo, y así conocer la opinión de estos dignatarios.

OTTON III.— Excelente idea. *(A los presentes.)* Atended un momento.

*Y la corte se dispone a escuchar.*

OTTON III.— Hace tiempo que consideramos la conveniencia de realzar el protocolo, así como de dar mayor esplendor a las celebraciones eclesiásticas. Es una antigua idea de Su Santidad. *(A GERBERTO-SILVESTRE II.)* Pero mejor exponedla vos.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Preferiría...

OTTON III.— La idea es vuestra y vos la contareis con mayor propiedad.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Como queráis. *(Y se dispone a hacerlo.)* En mis viajes a al-Ándalus tuve ocasión de conocer a sus gobernantes: visité sus palacios, asistí a sus ceremonias, disfruté de su protocolo; y, de la contemplación de tanta riqueza, deduje —y también se me confirmó— que tal ostentación no era sino un modo

de consolidar su poder. De ahí que nos preguntemos si no sería conveniente que, en lo venidero, también nuestros actos públicos se llevaran a cabo con mayor solemnidad.

CARDENAL.— Pero esas son costumbres de infieles.

GERBERTO-SILVESTRE II.— No porque los infieles beban agua, tenemos los cristianos que morir de sed.

*Risas generales.*

GERBERTO-SILVESTRE II.— (*Tras la pausa.*) Todo allí es fascinante, mas, entre tanta maravilla, destaca la Ciudad Resplandeciente: Medinat al-Zahara. Un palacio portentoso en el que reside el Califa, con cuatro mil mayordomos y más de seis mil mujeres a su servicio, entre nobles, concubinas, siervas y esclavas.

DAMA.— ¿No pretenderá Su Santidad construir harenes en Roma, para que nos recluyan a las cristianas en esos lugares de perdición?

GERBERTO-SILVESTRE II.— (*Con sorna.*) Podéis estar tranquila, que no es ése nuestro propósito. (*Y continúa.*) A Medinat Al-Zahara se accede por jardines en los que la vegetación sigue un orden geométrico. Vergeles muy sombreados en los que el agua fluye por doquier: albercas, surtidores, acequias, fuentes... Había una, sin igual, en la que un león de piedra arrojaba agua por la boca. Ah, y fieras, fieras vivas, animales extraños traídos de África: lagartos gigantes y también caballos con un cuello enorme a los que llamaban jirafas. (*Pausa.*) Y si los jardines merecían ser aposentos por lo cuidado de su geometría, al entrar en palacio las columnas convertían las estancias en bosque de palmeras. Era tanta la se-

mejanza que estancias y jardines se sucedían como perlas de un collar. Todo el palacio estaba engalanado con sedas y brocados, y era frecuente ver en sus salones aves de orfebrería que aleteaban al son de un campanil. Todo era tan sorprendente... Recuerdo un pabellón de cristal que flotaba en el agua, de forma que los peces nadaban bajo nuestros pies. Y el Salón de Plata, con una fuente de mercurio que fluía en espiral. Prodigioso, el ingenio era prodigioso, porque, cuando el sol alcanzaba el cenit, un rayo de luz penetraba en la estancia y, en la penumbra, los reflejos eran tales que creías ver las estrellas girando en armonía como si asistieras a la creación del Universo; mas, cuando se agitaban los metales, se producía tal conmoción que, entre relámpagos y truenos, veías cómo el firmamento se precipitaba y era llegada la hora del Juicio Final. (*Pausa.*) También visité otros palacios: el de la Ruzafa, el del Alcázar, el de al-Zahira, el de la Noria y otro pequeño, construido sobre el río, cuyo nombre olvidé. Si me he detenido en este es para que imaginéis mejor cómo debió sentirse Sancho de Navarra cuando fue a negociar con el Califa su condición de tributario. Cuentan que el cortejo de nobles que le recibió era precedido por músicos y danzarinas, y escoltado por mayordomos ricamente ataviados; y que todos marchaban con gran sosiego, deteniéndose junto a las fuentes, de forma que, durante las paradas, eran los pajes quienes le obsequiaban con dátiles y leche, mientras que cuando caminaban eran las esclavas las que le arrojaban flores a su paso. Fue tal el desconcierto que le produjo la recepción, que, iba decidido a negarle el tributo, y no sólo le rindió vasallaje sino que, seducido por tanta fastuosidad, le ofreció como esposa a su hija Blanca. Y es que tales maravillas, además de de-

leitar a sus poseedores, hacen daño en el ánimo de los adversarios.

OTTON III.— Mi madre, la Reina Teofanía —que, como sabéis, vivió un tiempo en Bizancio—, me hablaba del boato con que se celebraban allí las ceremonias.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Y en Persia, y en Egipto. Basta con mirar las ruinas monumentales que aún se mantienen en pie y, sin salir de Roma, tenemos testimonios de cómo se consolida un imperio. (*Y cierra tras una pausa.*) Lo que nos proponemos es que la ciudad, tantas veces saqueada, recupere su antiguo esplendor, para mayor gloria de la Cristiandad.

OTTON III.— Debemos superar el fatalismo que nos atenazaba. No hubo Apocalipsis. Acabó el año mil sin que nos destruyeran. Ni los sarracenos son invencibles, ni Almanzor es el Anticristo, como algunos quisieron hacernos creer. Si ellos son fuertes es porque somos débiles. Es nuestro miedo lo que afianza su poder. Aprendamos de ellos y seamos nosotros los temidos.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Cuando elegí el nombre con el que ejercería mi pontificado lo hice en memoria de Silvestre I, quien, junto a Constantino, dio al Sacro Imperio su mayor esplendor. Y ése es nuestro propósito, el ejemplo a seguir. Unir la Iglesia y el Imperio, para así proclamar al mundo con más fuerza la palabra del único Dios verdadero.

*La escena queda súbitamente en penumbra y desaparecen los cortesanos, al tiempo que GERBERTO-SILVESTRE II se sienta frente a ABEN MASARRA.*

ABEN MASARRA.— ¿Proclamar la palabra de Dios por boca de diablo?

GERBERTO-SILVESTRE II.— Defendernos de nuestros enemigos.

ABEN MASARRA.— El bien y el mal: ésa es la enemistad que enfrenta al mundo. Y sus dominios jamás se corresponden con el de los imperios, o el de sus religiones.

GERBERTO-SILVESTRE II.— La Cristiandad ha sido humillada. Y lo que pretendemos, al obrar de este modo, es que sea consciente de su valía.

ABEN MASARRA.— La valía de la iglesia está en su espíritu. Ahí radica su fuerza.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Lo sé. Por eso me ocupé de cuanto convenía al cuidado del alma: reformé las comunidades religiosas, dicté decretales contra la corrupción en las diócesis. Pero eso no basta ¿Cómo recogerse en la oración?, ¿cómo alcanzar la santidad bajo la amenaza del Islam? La Cristiandad está atemorizada, y el mejor modo de que pierda el miedo es lograr que ellos sean los que nos teman.

ABEN MASARRA.— ¿Pretendéis, acaso, ser santo y que os teman?

GERBERTO-SILVESTRE II.— No ser arrasados por el Islam. Eso es lo que queremos.

ABEN MASARRA.— Pero el Islam no es vuestro enemigo. No los hombres santos del Islam. Vuestro enemigo es Almanzor.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Y para vencerle, levantaremos templos y palacios que harán palidecer al Califato. Y conquistaremos Jerusa-



lén, una Guerra santa; conquistaremos Jerusalén igual que él conquistó Compostela.

ABEN MASARRA.— Si hacéis lo que él hace, seréis lo que él es.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Desde muy joven, antes incluso de conocer vuestros libros, que eso fue en Tarragona, yo ya intuía que la religión no servía para nada si no nos conducía a la experiencia espiritual. Por eso, al advertir las miserias de la vida conventual, colgué los hábitos y me eché al mundo convencido de que Dios esperaba de mí grandes hazañas: devolverle a la Iglesia su espiritualidad, me atrevía a pensar. Pues bien, desde entonces, todos mis propósitos, todos mis esfuerzos forman parte de un plan para alcanzar ese fin.

ABEN MASARRA.— ¿También el pacto con el diablo?

GERBERTO-SILVESTRE II.— ¡Jamás hice pacto alguno! Mi único fin es el de acercar el pueblo de Dios a la experiencia espiritual. Pero no puedo hacerlo si no tengo el poder para poder hacerlo.

ABEN MASARRA.— Y para conseguir ese poder, abandonasteis, a cambio, vuestra espiritualidad. ¿No es eso un pacto con el diablo?

GERBERTO-SILVESTRE II.— Es la mano de Dios la que me guía. ¿Cómo podéis explicar, si no, los acontecimientos fortuitos que me llevaron desde el convento benedictino de Aurillac a la cumbre Vaticana? Mis estudios en Cataluña, el viaje con Borrell a Roma, mi introducción en la corte germana, la tutoría de dos emperadores y de condes y reyes. ¿No veis en ello la mano de Dios?

ABEN MASARRA.— Veo, y me sorprende sobremanera oíroslo decir, a un defensor acérrimo de la razón utilizando la casualidad como argumento. Y no todas las casualidades, sólo las que os resultan convenientes. ¿O qué me decís, si no, de la ejecución de Crescenzo, o del asesinato de Gregorio V? ¿También veis en eso la mano de Dios?

GERBERTO-SILVESTRE II.— Nada tuve que ver con esas muertes. Mi vida estuvo siempre al servicio de Dios.

ABEN MASARRA.— Y, pese a todo, al ofreceros el Papado, lo primero que os vino a la mente fue el pacto con el diablo.

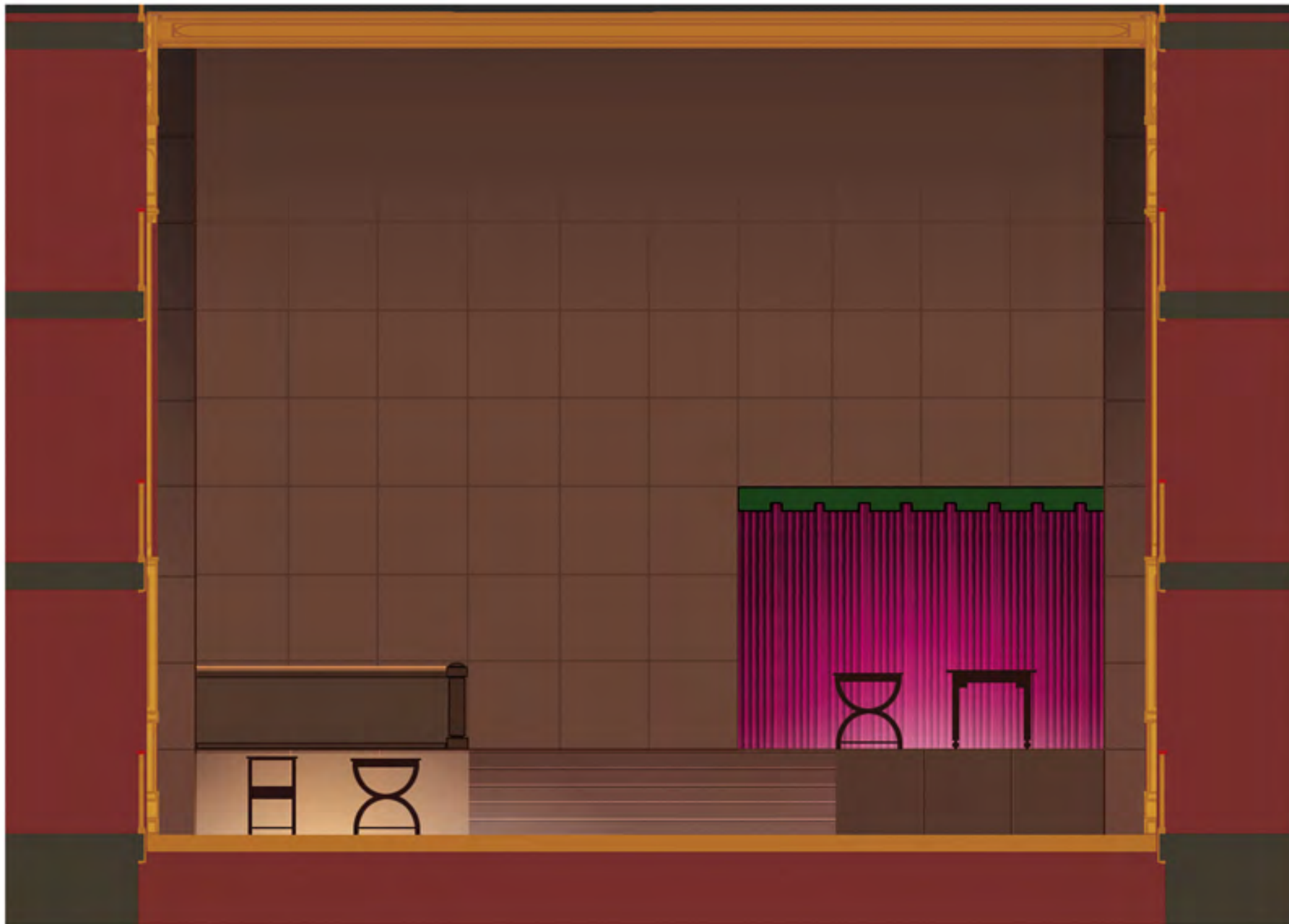
*En otro plano, un aposento del castillo de Paterno en el que ESTEFANÍA le hace una felación a OTTON III.*

GERBERTO-SILVESTRE II.— Así son de confusos los actos del maligno. Mas, por mucho que me tiente y me perturbe, no conseguirá hacerme dudar de la rectitud de mis fines.

ABEN MASARRA.— Poco importa la rectitud de los fines si para lograrlos nos mancillamos. Son los actos, y no las intenciones, lo que engrandece nuestro espíritu.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Jamás ambicioné poder alguno que obrase en mi provecho, que todo cuanto hice fue al servicio de Dios. Y así espero ser juzgado cuando acuda a su presencia.

ABEN MASARRA.— No será preciso esperar hasta el día del juicio, que nuestras acciones se juzgan a sí mismas, y en ellas esta nuestro castigo. *(Y señala a OTTON III.)*



GERBERTO-SILVESTRE II.— *(Al advertir lo que ocurre.)* ¿Y a qué esta visión?

ABEN MASARRA.— El Emperador, que se divierte.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Pero si partió hacia el Adriático para recibir a la futura reina, que viene a los esponsales.

ABEN MASARRA.— Pues ahí le tenéis.

GERBERTO-SILVESTRE II.— No... no... no es posible; no puede ser ella. Más parece que se hubiera detenido en una posada.

ABEN MASARRA.— Hace noche, sí, mas no en una posada, sino en el castillo de Paterno.

GERBERTO-SILVESTRE II.— *(Comprensivo y nostálgico.)* Dulces pecados de juventud.

*ESTEFANÍA, al acabar la felación, se incorpora y, dándole la espalda a OTTON III, se limpia con asco.*

ESTEFANÍA.— *(Volviéndose solícita.)* ¿Os gustó?

OTTON III.— *(Riendo.)* A fe que llegué a temer que me sorbierais la espina dorsal.

ESTEFANÍA.— Pues si me empleáis al servicio de vuestra futura esposa, siempre estaré a vuestra merced para todo aquello que a las reinas no les corresponde hacer.

OTTON III.— Una previsión muy tentadora.

*ESTEFANÍA va hacia una mesa, sobre la que hay una jarra y un par de copas; situándose frente a GERBERTO-SILVESTRE II.*

GERBERTO-SILVESTRE II.— *(Aterrado.)* Pero si es la mujer de Crescenzio.

ABEN MASARRA.— Así parece.

GERBERTO-SILVESTRE II.— ¿Y no la reconoce? ¿No sabe quién es?

ABEN MASARRA.— El deseo, que ciega tanto como el odio. Que si entonces fue la ira, ahora es la lascivia lo que enturbia su mente y nubla su mirada.

*ESTEFANÍA, que se ha servido de la jarra mientras OTTON III ordena sus ropajes, se enjuaga con el vino y lo escupe.*

OTTON III.— ¿No lo bebéis? Es un caldo excelente.

ESTEFANÍA.— Antes quería enjuagarme.

*Vuelve a llenar la copa y camina hacia él, insinuándose. Luego se sienta en sus rodillas, bebe y le ofrece.*

ESTEFANÍA.— ¿Queréis vos?

OTTON III.— *(Con asco.)* Servidme en otra copa.

*ESTEFANÍA va a hacerlo, pero OTTON III la retiene.*

OTTON III.— El caso es que vuestra cara...

ESTEFANÍA.— Pensé que os había pasado inadvertida.

OTTON III.— ¿Nos habíamos visto antes?

ESTEFANÍA.— Yo a vos sí.

OTTON III.— ¿Y... tenía que haberos visto?

ESTEFANÍA.— En más de una ocasión, que hace años que estoy al servicio de los condes de Paterno, y siempre estuve atenta cuando hicisteis parada en el castillo. Aunque nunca, hasta hoy, conseguí atraer vuestra atención. Por más que me lo propuse.

OTTON III.— Iría cansado y con la mente en los asuntos del Imperio.

ESTEFANÍA.— Mientras que ahora es la llegada de vuestra futura esposa lo que os tiene embravecido.

OTTON III.— *(Ríe.)* Vista vuestra desenvoltura, lamento las ocasiones perdidas.

ESTEFANÍA.— De vos depende que me tengáis a vuestro servicio para cuando os plazca.

OTTON III.— ¿Lo deseáis vos?

ESTEFANÍA.— Siempre será preferible estar amancebada con el Emperador, que no ser la esposa de un rufián.

OTTON III.— Pues ya se verá, que pudiera ser que esta noche os hubierais ganado el sustento de por vida. *(Señalando la jarra.)* Pero ponedme vino.

*ESTEFANÍA se acerca a la mesa y, cubriéndose con el cuerpo, vierte un frasco en la copa antes de echar el vino, y luego se la ofrece. Mientras esto ocurre:*

GERBERTO-SILVESTRE II.— Va a matarlo.

ABEN MASARRA.— Así es.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Pero... pero haced algo.

ABEN MASARRA.— ¿Qué queréis que haga?

GERBERTO-SILVESTRE II.— No puede morir. No ahora. No en este momento.

ABEN MASARRA.— Sólo cabe mirar. Estar presente. Como en las otras muertes que “casualmente” abrieron el camino.

GERBERTO-SILVESTRE II.— ¡Tiene que vivir! Necesito que viva para lograr mis fines.

ABEN MASARRA.— Pues ya veis con qué facilidad se despeña “casualmente” vuestro plan.

*ESTEFANÍA le entrega la copa a OTTON III y aguarda a su lado mientras la apura. Tras beberla, OTTON III queda un momento inmóvil. Presiente lo que ocurre. Y va a abalanzarse sobre ella cuando cae traspasado por el dolor.*

OTTON III.— *(Con esfuerzo.)* ¡Asesina! *(Se sobrepone.)* ¡A mí! ¡Favor! ¡Ayuda!

*OTTON III intenta incorporarse, pero ESTEFANÍA, tras arrebatárle la daga, de un puntapié vuelve a tirarlo al suelo.*

ESTEFANÍA.— Como un perro. Así vais a morir, como un perro.

OTTON III.— ¡A mí la guardia! ¡Ayuda! *(Y grita hasta que no puede articular palabra.)*

ESTEFANÍA.— *(Agachada junto a él.)* ¿Sabéis quién soy? Decid. ¿Sabéis quién soy?

*La mira sin comprender.*

ESTEFANÍA.— ¿Os dice algo el nombre de Crescenzio?

*OTTO III intenta incorporarse, pero ESTEFANÍA le coge por el pelo y tira de su cabeza hacia atrás, inmovilizándolo.*

ESTEFANÍA.— Muy bello, el doncel. Se lo daremos a los gusanos para que lo disfruten.

*OTTO III se deshace de ella, la golpea y la hace rodar. Durante la refriega, ESTEFANÍA pierde la daga.*

OTTO III.— ¡Ayuda! ¡Favor! ¡Ayuda!

*Pero ESTEFANÍA se levanta rápidamente y le golpea en el estómago. OTTO III queda retorciéndose. ESTEFANÍA recupera la daga y, apoyándose en el cuello, le habla a la cara.*

ESTEFANÍA.— Tres años esperando este momento, y ahora quisiera que no murierais nunca. Que nunca dejarais de sufrir.

*Sin cesar de gemir y dar arcadas, OTTO III se echa sobre ESTEFANÍA e intenta hincarse la daga, pero ella se aparta.*

ESTEFANÍA.— Aunque muerto sois. Y, con vos, se extingue para siempre vuestra estirpe. Ya no habrá más Ottones en el suelo de Roma. Muerte a los emperadores germanos. El heredero que esperabais tener tras vuestros esponsales, esa cría de alacrán, está en mi boca. ¡Muerto! (*Hiriente.*) ¿Os dio placer? (*Con odio.*) Pues mirad, (*le escupe*) ahí tenéis su cadáver.

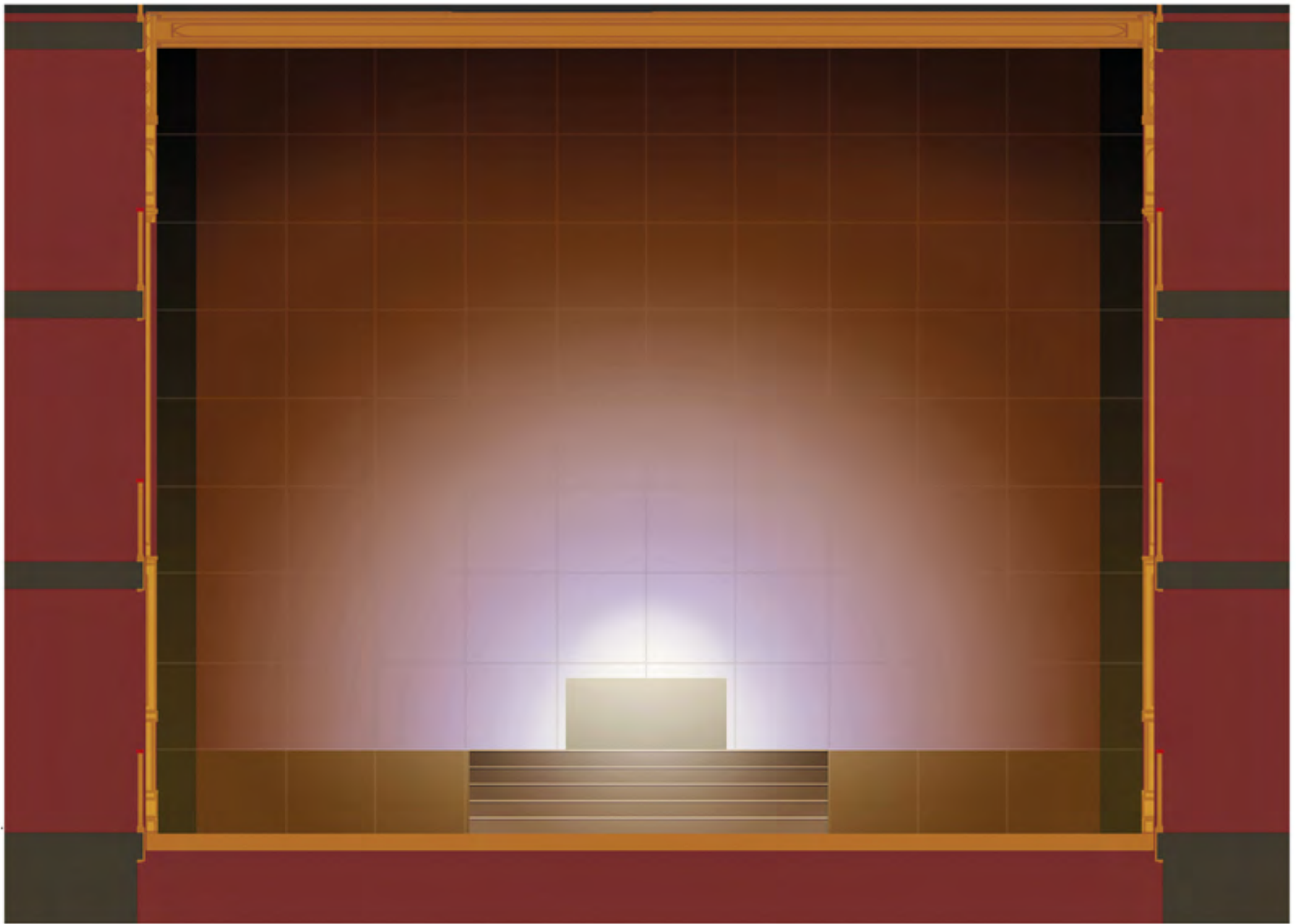
*La luz de la escena posterior se amortigua gradualmente.*

ABEN MASARRA.— ¿Oísteis eso? No habrá heredero. Nadie culminará lo que apenas si habéis comenzado.

GERBERTO-SILVESTRE II.— (*Muy bajo.*) ¡Dios, Dios, Dios!

ABEN MASARRA.— (*Algo irónico.*) ¿Otro hecho casual propiciado por Dios para que la Iglesia alcance la espiritualidad? ¡Las burlas de un diablo!, es lo que parecen.

*Y también la luz que los ilumina se va amortiguando, de forma que ambas escenas acaban en un mismo OSCURO.*



## ESCENA 5ª

(Entre Roma y Jerusalén, 1003 d. C.)

*La escena comienza en total oscuridad.*

ABEN MASARRA.— *(A modo de eco.)* Las burlas de un diablo.

GERBERTO-SILVESTRE II.— No, no. No sé. ¿Cómo voy a saberlo? Yo sólo soy un hombre, y nada puedo hacer contra el destino.

ABEN MASARRA.— El destino lo hacemos día a día, que nada nos viene impuesto. *(Algo burlesco.)* Salvo la casualidad.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Yo hice cuanto pude, hasta que absurdamente una absurda venganza ha tirado por tierra la obra de mi vida.

*Una luz muy tenue, según aumenta lentamente su intensidad, nos irá mostrando un cubo de piedra en el centro del escenario.*

ABEN MASARRA.— Murió el Emperador: el destino que él mismo se había escrito le costó la vida; pero vos seguís siendo el Papa de Roma.

GERBERTO-SILVESTRE II.— ¿Y de qué me vale? La nobleza romana lucha por el control del patriciado; y el nuevo Emperador —que no me distingue con su amistad— se marchó a la Borgoña, dejando la ciudad amotinada. Decid: ¿qué puedo hacer sin nadie que me asista ni me valga?

ABEN MASARRA.— Predicar la palabra de Dios.

GERBERTO-SILVESTRE II.— No os burléis de mí. Si predicara su palabra, según mi convencimiento, mañana mismo asistiría a mi entierro. Ya no tengo la fuerza con la que sostenía mis creencias. Con la muerte de Otton he perdido el poder. Y lo sabéis.

ABEN MASARRA.— En ese caso, podríais romper el pacto; dado su incumplimiento.

GERBERTO-SILVESTRE II.— ¿El pacto? ¿Qué pacto?

ABEN MASARRA.— El que os concedía el poder y la inmortalidad.

GERBERTO-SILVESTRE II.— No, no no no; no fue un pacto, fue un sueño.

ABEN MASARRA.— El sueño, el pacto, son ecos del pasado. Y ahora estáis al fin frente al espejo. ¿Recordáis que hace tiempo os anuncié un espejo? Pues ya estáis frente a él. Gracias al oro llegasteis hasta aquí, y lo que veis en él es el reflejo de lo que el oro os ha exigido a cambio. Entiendo que no os guste, pero son vuestros actos los que hicieron de vos lo que ahora sois.

*Aumenta ligeramente la luz, si bien GERBERTO-SILVESTRE II y ABEN MASARRA continúan en la oscuridad.*

GERBERTO-SILVESTRE II.— Yo soy quien siempre fui. Y en ese empeño estoy.

ABEN MASARRA.— Para ser el que fuisteis, tendríais que desdeciros.

GERBERTO-SILVESTRE II.— ¿Desdecirme? Pero... desdecirme, ¿de qué?

ABEN MASARRA.— ¿Seguís pensando en ir a Tierra Santa?

GERBERTO-SILVESTRE II.— Sí.

ABEN MASARRA.— A conquistar Jerusalén.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Sí, pero... no entiendo.

ABEN MASARRA.— Pues cambiad la espada por el báculo e id de peregrino.

GERBERTO-SILVESTRE II.— (*Titubeante.*) ¿De peregrino?

ABEN MASARRA.— A decir una misa.

*GERBERTO-SILVESTRE II entra en la zona de luz.*

GERBERTO-SILVESTRE II.— (*Debatiéndose.*) ¿Una misa? ¿Cómo una misa?

ABEN MASARRA.— Sí, una misa en Jerusalén.

GERBERTO-SILVESTRE II.— No. No es posible.

*GERBERTO-SILVESTRE II sale de la zona de luz.*

ABEN MASARRA.— ¿El Papa de Roma puede ir a Tierra Santa para conquistarla a sangre y fuego, y no puede decir una misa en Jerusalén?

GERBERTO-SILVESTRE II.— Pero, ¿para qué?

ABEN MASARRA.— Para romper el pacto.

GERBERTO-SILVESTRE II.— ¿Cómo sabéis...?

ABEN MASARRA.— Queréis romper el pacto, ¿no?

GERBERTO-SILVESTRE II.— Pero, ¡qué pacto?

ABEN MASARRA.— Aquel por el que se os concedía el poder y la inmortalidad a cambio de no decir misa en Jerusalén.

*GERBERTO-SILVESTRE II entra en la zona de luz.*

GERBERTO-SILVESTRE II.— Pero, ¿cómo sabéis...? ¡No podéis saberlo!

ABEN MASARRA.— Lo sé.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Pero... ¿Pero cómo, si nunca os lo dije?

ABEN MASARRA.— Porque soy el diablo.

GERBERTO-SILVESTRE II.— ¿Vos?

ABEN MASARRA.— O eso dirán de mí.

GERBERTO-SILVESTRE II.— ¿Pero cómo podéis decir que sois el diablo?

ABEN MASARRA.— Por el mismo motivo que podría decir que no lo soy.

*GERBERTO-SILVESTRE II sale de la zona de luz.*

GERBERTO-SILVESTRE II.— Ángel o demonio, tened piedad de mí, y no juguéis conmigo en mi desgracia.

ABEN MASARRA.— Todo está en vuestra mente. Yo estoy en vuestra mente. Como Dios y el diablo están en vuestra mente. Somos vuestra mente. Así que conciliaros con vuestro propio ánimo, puesto que es vuestra mente la que juega con vos.

*GERBERTO-SILVESTRE II entra en la zona de luz.*



GERBERTO-SILVESTRE II.— ¡Luz, más luz!

*Y la luz se incrementa lentamente.*

ABEN MASARRA.— Queráis el oro para alcanzar la luz, y el oro os ha traído oscuridad.

GERBERTO-SILVESTRE II.— ¿Pero no era bruñendo los propios metales como se alcanzaba la cabeza dorada, la cabeza resplandeciente, la cabeza voladora?

ABEN MASARRA.— No confundáis los pactos con los sueños. La bestia negra que, según os hablaba, se convertía en hombre con cabeza de ave, pertenece a los sueños. Que así se os indicaba cómo, con vuestro esfuerzo, podríais convertir la ignorancia en sabiduría. Pero hicisteis un pacto. Un pacto que no precisa firmas, como no necesita ni cabeza parlante, ni Bafomet, ni nada que asemeje la forma del diablo; un pacto con vos mismo. Un pacto que firmasteis con vos en vuestra mente y cuyo cumplimiento os habéis exigido ante vos mismo.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Son cosas que se dicen...

ABEN MASARRA.— Y que se cumplen.

GERBERTO-SILVESTRE II.— ¡Una broma!

ABEN MASARRA.— Gobernar el mundo desde Roma a cambio de no decir misa en Jerusalén. Y se cumplió. Habéis alcanzado el lugar del Imperio a cambio de renunciar al lugar del espíritu.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Pero yo siempre quise ir a Jerusalén.

ABEN MASARRA.— Para conquistarlo. El vuestro no era un viaje de veneración, sino de profanación.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Quería reconquistarlo para Cristo.

ABEN MASARRA.— No sabía que Cristo se hubiera alzado en armas contra Alá.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Antes de que naciera, que no es invención mía esta guerra entre dioses.

ABEN MASARRA.— Dios, de existir, es uno, o infinitos, que viene a ser lo mismo. Y el modo de servirlo no es matar en su nombre. (*Pausa.*) Vuestros sueños os conducían a la santidad, pero la pasión por alcanzar el poder os sumió en las tinieblas. Y ésa es la imagen que os devuelve el espejo: la de un Papa aterrado en esta gusana vaticana.

*La luz se concentra sobre el bloque de piedra, convertido en altar. Al fondo se vislumbra a alguien de rodillas.*

GERBERTO-SILVESTRE II.— Tal vez tengáis razón, y el deseo de acercarme a la luz me haya cegado. Pero, ¿qué puedo hacer?

ABEN MASARRA.— Partid de peregrino.

GERBERTO-SILVESTRE II.— No podría. No es posible.

ABEN MASARRA.— Salid de madrugada, como cuando escapasteis del convento.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Entonces era un monje.

ABEN MASARRA.— Podríais volver a serlo.

GERBERTO-SILVESTRE II.— Soy el Papa de Roma.

ABEN MASARRA.— Abandonad para siempre el Vaticano. Dad la espalda al poder.

*Luz sobre la MUERTE, que reza de rodillas.*

GERBERTO-SILVESTRE II.— Pero... pero eso sería el fin de la Iglesia.

ABEN MASARRA.— El fin, sí, de su poder terrenal. Y la resurrección de su espíritu.

*La MUERTE toca la campanilla. GERBERTO-SILVESTRE II permanece en silencio frente al altar. La MUERTE vuelve a tocar. GERBERTO-SILVESTRE II se despoja de la tiara y alza los brazos, al tiempo que la luz —concentrada— aumenta al máximo su intensidad.*

GERBERTOSILVESTRE II.— La paz sea con vosotros.

MUERTE.— Y con tu espíritu.

*Y repican las campanas a gloria, mientras se hace el OSCURO y cae el TELÓN.*

## NOTA DEL AUTOR QUE SE INCLUIRÁ EN EL PROGRAMA DE MANO

### (EL CUAL DEBERÁ REPARTIRSE A LA SALIDA)

Gerberto de Aurillac (h. 945-1003), sin duda un hombre brillante, nos ha llegado ensombrecido por su época, ciertamente oscura. Razón por la que fabular a expensas de su biografía fue para mí una necesidad. Mas no quisiera con mi atrevimiento añadir mayor confusión al maremágnum de fuentes contradictorias que nos dan noticia de su vida. Y con tal fin, a quienes acaban de conocerlo a través de mi obra, les aclaro:

Es histórico que fue monje benedictino en Aurillac, y que estudió matemáticas y árabe en Vich. No hay acuerdo sobre sus viajes a Córdoba. Es fabulación la caravana de eslavas y su amistad con Ben Abi Amir, si bien las costumbres y la cronología lo hacen verosímil. Pertenece a la leyenda —no podría ser de otro modo— su pacto con el diablo, que le impedía decir misa en Jerusalén. También es histórico que viaja a Roma con el Conde de Barcelona, y que es el Papa Juan XIII quien le introduce en la corte germana, en la que fue preceptor de Otton II y de Otton III; así como que después de estudiar lógica en Reims, dirigió su escuela catedralicia. Como maestrescuela, impartió el trivium y el cuadrivium, y fabricó numerosos aparatos —el ábaco, el astrolabio, la caja de resonancias, la sirena, el órgano de vapor, etc.— que utilizaba como material docente. Es generalmente admitido que es él quien, desde aquí, introducirá la numeración árabe en la Europa Occidental.

Párrafo aparte merece el debate (Act. I, esc. 3). Lo ortodoxo hubiera sido escenificar su enfrentamiento con Otrico de Magdeburgo (combate dialéctico de gran resonancia en la época, pero de nulo interés teatral). En su lugar, he preferido fabular un torneo con San Pedro Damiano, que si bien es insostenible históricamente (Damiano vivió del 1007 al 1072), resulta más útil al drama, pues me permite mostrar el enfrentamiento entre los pre-

escolásticos y los defensores del dogma; pugna en cuyo fragor se fraguaron, sin duda, las leyendas diabólicas con las que estos últimos trataron de desprestigiar a Gerberto. Y es que a los integristas la inteligencia siempre les pareció diabólica.

En consecuencia, es legendaria la Cabeza del Diablo, como es legendario que Gerberto se la robara a un sabio judío. Es histórico, en cambio, que en esos años se introduce en Europa la alquimia (la cabeza dorada). También el sufismo (la cabeza voladora). Y de Silvestre II se dirá que fue un Papa sufí. Lo que me ha dado pie para el otro gran anacronismo de la obra: sus diálogos con Aben Masarra (filósofo, sufí, agnóstico (?)) y máximo representante del panteísmo islámico; cuyos seguidores fundarían la república libertaria de Pechina), pues éste vivió unos cincuenta años antes; si bien, en esta ocasión, la licencia está dramáticamente justificada, ya que son sus ideas, que sin duda conoció, las que dialogan con él.

Las campañas de Almanzor son históricas; las diarreas, legendarias.

El tesoro que, se dice, encontró en el Campo de Marte, lo sitúo Tívoli (en los Jardines de Villa Adriana.); y fabulo que fue Honorio quien lo escondiera allí, tras el saqueo de Roma, para ponerlo a salvo de los bárbaros. Pretendo, con tal licencia, meter la historia en razón; que la leyenda, según qué versiones, es mucho más fabulosa, y a todas luces inverosímil.

Como hombre político y de Iglesia, Gerberto desarrolla una gran actividad, imposible de pormenorizar dentro de los límites del drama. Así, quedó en el tintero su doble juego con la corona gala y el imperio germano. De ahí que atribuir la excomunión únicamente a la arbitrariedad de Crescenzo es una simplificación impuesta por estos límites. Las referencias a sus cargos como abad de Bobbio y arzobispo de Reims y Rávena (cargos todos ellos históricos, que culminarían con el Pontificado) sirven para, de algún modo, significar su incansable actividad política.

Los venenos, los antipapas, las amputaciones, las intrigas, las excomuniones, las decapitaciones; la gusanera humana que agita Roma durante el fin del milenio, histórica. Puede que algún veneno sea discutible; pero eso, incluso hoy en día, sería difícil de demostrar, ya que a los papas no se les hace la autopsia.

Es generalmente admitido que Silvestre II fue el primer pontífice que propuso conquistar los Santos Lugares. Sin embargo, parece ser que no viajó nunca a Jerusalén. Aunque la leyenda asegura que confesó su pacto con el diablo, al ver llegada su hora, tras decir misa en la iglesia romana de la Santa Cruz de Jerusalén. Los diablos suelen usar de estos trucos; porque claro, es que si no, no se moriría nadie.

Finalmente, quiero hacer hincapié en que, cuando las fuentes me proporcionaron informaciones contradictorias, no utilicé los datos más contrastados, sino aquellos que demandaba la fabulación. Que a la postre, el Drama tiene razones a las que la Historia no alcanza.

*Jesús Campos García*

## BIBLIOGRAFÍA

### Sobre Gerberto de Aurillac

CASTELLA, Gastón, *Historia de los Papas*, Madrid, Espasa Calpe, 1970.

GELMI, Josef, *Los Papas: retratos y semblanzas*, Barcelona, Herder, 1986.

HERGENRÖETHER, Josep, (trad. y ed. José Vallet y Piquer), *Álbum de los Papas, con los retratos de todos los Soberanos Pontífices, desde San Pedro hasta León XIII, y un resumen histórico de cada uno de ellos*, Barcelona, Casa Editorial La Aurora, 1889.

RICHE, Pierre, *Gerberto. El Papa del año mil*, Madrid, Nerea, 1990.

SABA-CASTIGLIONI, *Historia de los Papas*, Barcelona, Labor, 1964.

SCHELLHORN OSB, Maurus, (trad. Manuel Blancafort), *San Pedro y sus sucesores*, Barcelona, Ediciones G.P., 1967.

### Sobre Aben Masarra

ASÍN PALACIOS, Miguel, "Ibn Masarra y su escuela", en: *Tres estudios sobre pensamiento y mística hipanomusulmanes*, Madrid, Hiperión, 1992.

CRUZ HERNÁNDEZ, Miguel, *Historia del pensamiento en Al-Ándalus*, Granada, Biblioteca de Cultura Andaluza, 1985.

CRUZ HERNÁNDEZ, Miguel, *Historia del pensamiento en el mundo islámico*, Vol. II: "El pensamiento en al-Ándalus (siglos IX-XIV)", Madrid, Alianza Editorial, col. Alianza Universidad Textos, 1996.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, "El panteísmo semítico", en: *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, Editorial Católica, col. Biblioteca de Autores Cristianos, 1987.

SHAH, Idries, *Los sufís*, Barcelona, Kairós, 1994.

### Sobre la época

ARJONA CASTRO, Antonio, *Anales de Córdoba musulmana (711-1008)*, Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1982.

CHEJNE, Anwar G., *Historia de España musulmana*, Madrid, Cátedra, 1980.

CHEVALIER, Jacques, *Historia del pensamiento*, Tomo II: "El pensamiento cristiano", Madrid, Aguilar, col. "Cultura e Historia", 1967.

COPELSTON, Frederick, *Historia de la filosofía*, Vol. II: "De San Agustín a Escoto", Barcelona, Ariel, 1983.

FLICHE / MARTÍN, *Historia de la Iglesia*, Vol. VII: "El orden feudal" (A cargo de Emile Amann y Auguste Dumas), Valencia, Edicep, 1975.

GOETZ, Walter (et al.), *Historia Universal*, Tomo III: *La Edad Media (Hasta el final de los Staufen: 400-1250)*, Madrid, Espasa Calpe, 1975<sup>9</sup>.

PICHON, Charles, *El Vaticano*, Madrid, Ediciones Cid, 1962.

PREVITÉ-ORTON, C. W. (Coord.), *Historia del mundo en la Edad Media*, Vol. I: "Desde el Bajo Imperio Romano hasta el siglo XII", Cambridge University Press, Barcelona, Ed. Ramón Sopena, 1978.

RUBIERA, María Jesús, *La arquitectura en la literatura árabe. Datos para una estética del placer*, Madrid, Editora Nacional, 1981.

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Claudio, *La España musulmana*, Madrid, Espasa-Calpe, 1982.

SÁNCHEZ DRAGÓ, Fernando, *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*, Barcelona, Argos Vergara, 1982.

VV.AA., *Enciclopedia de Andalucía, "El Califato de Córdoba"*, Barcelona, Planeta, 1980.

VV.AA., *Enciclopedia Universal Ilustrada*, Madrid, Espasa Calpe, 1968.